

BOOKISS

**AMBER LAKE**

**SOLO PARA  
ELLAS**

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2021  
info@edicioneskiwi.com  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, junio 2021

© 2021 Amber Lake  
© de la cubierta: Borja Puig  
© de la fotografía de cubierta: shutterstock  
© Ediciones Kiwi S.L.  
Corrección: Ana María Benítez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

¿Y qué necesidad hay de sentirse encadenado a otras sensaciones distintas a las del placer?

**Marqués de Sade**

# CAPÍTULO 1

Una cosa bella es un goce eterno.

**John Keats**

Una sonrisa de satisfacción curvó la sensual boca de Tania al repasar el informe del contable que gestionaba los asuntos económicos de su empresa. El balance del último trimestre era positivo, como esperaba, y podría hacerle frente al préstamo que pensaba solicitar. Lo mandó imprimir para llevar una copia cuando fuese al banco. Ese informe demostraba que la agencia era solvente y pagaría los plazos con desahogo. No tendrían razones para negárselo.

Tania era la propietaria de un negocio muy peculiar. En 2010, después de acabar los estudios de Dirección y Administración de Empresas y un máster en Recursos Humanos en la prestigiosa Universidad de Yale, en Estados Unidos, regresó a Barcelona, su ciudad natal, con muchas ilusiones y un brillante currículum bajo el brazo.

Tras pasar por algunos trabajos ingratos y mal remunerados, una noticia aparecida en un periódico financiero le dio la idea: crear una agencia que se dedicase a ofrecer los servicios de hombres de compañía para compromisos profesionales o de ocio a las personas y empresas que lo solicitasen; algo que se hacía en otros países con mucho éxito, según destacaba el diario.

Hizo un estudio de mercado y de las pocas agencias similares que existían en la ciudad y comprendió que el proyecto podría tener éxito —a pesar de la crisis económica que asolaba el país en esos momentos— si incluía una mayor gama de ofertas y un catálogo de personal amplio, variado y selecto.

Y así surgió «A su servicio», su floreciente agencia y la mejor de la ciudad en su especialidad por la amplitud de actividades que ofrecía y la profesionalidad de sus empleados y colaboradores.

El secreto de su éxito era la rigurosa selección de su personal. Procuraba que fueran hombres inteligentes, cultos, elegantes... No tenían que ser necesariamente guapos. Con poseer un físico aceptable y gusto en el vestir era suficiente. Su atractivo derivaba de la seguridad en sí mismos, de su carácter afable, su simpatía y, en especial, de su corrección y esfuerzo, cualidades que los convertían en unos auténticos caballeros.

A la hora de seleccionarlos, valoraba que estuviesen acostumbrados a moverse con soltura en ambientes sofisticados y dispusiesen de recursos suficientes para resolver cualquier imprevisto que pudiera surgir, como sacar de apuros a sus acompañantes en caso de necesidad. Y de forma discreta, otra de las máximas de su empresa; como había ocurrido en algunas ocasiones con personajes famosos de visita en la ciudad que habían recurrido a su agencia para procurarse un poco de recreo. A todo ello, había que sumar —aunque no era requisito imprescindible— que fueran amantes generosos y experimentados por si la mujer que los contrataba deseaba ampliar sus servicios en ese aspecto.

Cuando fundó la empresa, Tania no se planteó incluir esas prestaciones especiales, como ella las llamaba. Por desgracia, gran parte de sus clientas acababan solicitando ese extra, y ella comprendió que no podía ponerlas en manos de amantes inexpertos o de brutos sin conciencia, que acabarían desprestigiando la imagen de calidad que pretendía dar.

Su clientela era variopinta. Desde empresas que organizaban eventos y necesitaban personal para atender a los asistentes, o para hacer de «relleno» en ellos, a fiestas privadas que requerían acompañantes para los invitados sin pareja. Incluso se había dado el caso de personas que deseaban hacer un regalo especial a algún amigo o familiar.

Con todo, la mayoría de clientes que acudían a la agencia eran mujeres, por lo general ejecutivas o empresarias de alto poder adquisitivo, que necesitaban un acompañante para acudir a algún compromiso laboral o social. También las que, al carecer de pareja y de tiempo para las relaciones sociales, deseaban un compañero agradable con el que disfrutar los momentos de ocio, o turistas de alto *standing* que requerían un guía discreto y amable para conocer a fondo la ciudad y sus posibilidades de diversión...

Tania no ignoraba, ni cuestionaba, que muchas de sus clientas lo que buscaban era un hombre para llevarse a la cama, pero les daba más garantías contratar a uno de sus colaboradores que contactar con algún gigoló de los que se ofrecían en la sección de anuncios de los periódicos.

Confiaban en su buen criterio para ofrecerles un amante a su medida y libre de riesgos. Ella se ocupaba de que su personal fuese capaz de realizar esa tarea con la misma pericia y entrega que exigía en el resto de actividades. «Es esencial dejar complacido al cliente y dispuesto a recomendar la agencia a sus conocidos», advertía a sus empleados. Y esa era una de las razones por las que, en el último año, los usuarios habían aumentado de forma extraordinaria. El «boca a oreja» funcionaba muy bien, y eso le había llevado a verse desbordada de trabajo en los últimos meses.

De todas formas, indicaba a los interesados que la prestación extra era un tema que debían gestionar con el contratado. El suyo no era un negocio de prostitución e insistía en dejarlo bien claro, tanto a los clientes como a sus trabajadores. Lo que ocurriese de mutuo acuerdo entre ellos no era de su incumbencia. Por desgracia, no podía impedir que muchos creyesen que la agencia no era más que un prostíbulo de lujo.

Tania tenía la conciencia tranquila. Pensaba que con su empresa desarrollaba una buena labor social, al aconsejar y facilitar profesionales a las personas que acudían a ella, con lo que evitaba que se pusiesen en manos de oportunistas y desalmados.

Tampoco las juzgaba. Ella nunca contrataría a un hombre para que saciara sus necesidades sexuales, era cierto; pero comprendía que había personas que, por las circunstancias que fuesen, se veían abocadas a hacerlo y merecían la misma consideración que el resto de sus clientes.

En la actualidad disponía de un abultado catálogo de hombres de distinta edad y carácter para ofrecer a las personas interesadas, si bien la creciente demanda requería aumentar los recursos. Además, y debido a que sus empleados no se dedicaban en exclusiva a esa tarea —aun estando muy bien pagada—, no solían durar mucho tiempo en la agencia.

Algunos acababan abandonando por diversas razones: encontraban pareja que se oponía a que continuasen con ese empleo, conseguían un empleo más acorde a sus expectativas de futuro... O por enfermedad, agotamiento... La profesión de acompañante solía ser de corta duración y solo unos pocos llegaban a mantenerse hasta una edad avanzada, sobre todo por la feroz competencia. Incluso se había visto forzada a despedir a alguno que no cumplía con las normas establecidas de discreción y confidencialidad. Todo ello le obligaba a tener que reemplazarlos con frecuencia; lo que le ocasionaba mucho tiempo, esfuerzo e inconvenientes.

La mayoría de sus empleados habían llegado a la agencia tras consultar la publicidad que aparecía en los principales periódicos y en la página web. Asimismo, los había que acudían recomendados por alguno de sus empleados o por los que habían dejado de serlo.

Tania los entrevistaba en persona para determinar si respondían a las exigencias que su distinguida clientela demandaba y no solía equivocarse en sus dictámenes.

Se había encontrado con hombres de todo tipo: muchos extraordinarios y otros solo correctos, pero también ignorantes, groseros o arrogantes que se delataban con solo escucharlos por teléfono, o los que confundían el auténtico sentido de esa profesión y creían que solo se trataba de tener citas sexuales. A estos los descartaba de inmediato, sin darles opción a pasar a la segunda fase en la selección.

Debido al auge económico que la ciudad llevaba experimentando desde hacía años, que atraía a grandes directivos y empresarios —incluyendo a la cada vez mayor incorporación de las mujeres a esos puestos de responsabilidad—, la demanda había aumentado y se veía en la necesidad de incorporar nuevos empleados. Y en ello estaba.

Tania miró el reloj que llevaba en la muñeca. Pasaban unos minutos de las diez de la noche y aún no había cenado. Al ser un negocio que llevaba personalmente, con la única ayuda de Anna, su secretaria, la jornada laboral era extenuante y solía prolongarse hasta casi casi la medianoche; más aún, cuando tenía una evaluación en marcha.

Esa noche decidió regalarse unas horas de descanso extra. Cenaría, vería alguna película en el canal de pago y se acostaría pronto. Tenía que estar despejada al día siguiente. A primera hora de la mañana, pensaba llamar al director del banco para concertar una cita con él. No podía demorar más la solicitud del préstamo.

El negocio iba bien y tenía unos ahorros, aunque no eran suficientes para los proyectos que tenía en mente. Quería ampliar la agencia y ello requería una fuerte inversión. En primer lugar, necesitaba alquilar un espacio en el sector de negocios más sobresaliente de la ciudad para ubicar allí las oficinas. Ahora ocupaban parte de su vivienda, un amplio piso en la zona más tranquila del barrio de Gràcia; lo que resultaba muy práctico, pero era poco profesional. Ya había visto unas magníficas oficinas en la Gran Vía de Carles III, en el distrito de Les Corts, con lo que atraería más clientes y de mejor calidad.

Podría haberle pedido ayuda a su padre, consciente de que no se negaría a financiar ese proyecto, pero no quería involucrarlo otra vez. Ya le había ayudado en una ocasión y, aunque tardó menos de tres años en devolverle lo que le había prestado, consideraba que era hora de cortar esa dependencia paterna.

Sabía que se disgustaría con ella cuando se enterase de que no había recurrido a él. Como todo padre con sus hijos, y más si era el único que tenía, quería y consideraba su deber ayudarla y protegerla; pero, de aceptar, acabaría creándole conflictos con su nueva esposa.

Mónica, con la que su padre se había casado hacía un par de años, era mucho más joven que él y había aportado al matrimonio dos hijos adolescentes. Tania sabía que no iba a admitir de buen grado que invirtiese dinero en un negocio que calificaba de deshonroso para la familia, y que ya había causado varias discusiones entre la pareja; razón por la que dejó de visitarles meses antes. La felicidad de su padre era su prioridad, y no quería que se malograra por su culpa.

## CAPÍTULO 2

La excitación es el fundamento del erotismo, su enigma más profundo, su palabra clave.

**Milan Kundera**

Jana miró el reloj de pulsera y una mueca de disgusto se formó en su rostro. La persona que estaba esperando se retrasaba y eso, aparte de ponerla de malhumor, decía muy poco en su favor.

Abrió el minibar y miró el surtido de botellitas. Sacó una de ginebra y un bote de soda; al menos, amenizaría la espera con algo refrescante.

Encendió un cigarrillo y se sentó en uno de los confortables sillones. Le era indiferente que esa persona no se presentara; a ella le iban a pagar igual y, mientras, disfrutaría de las comodidades de aquella lujosa habitación del hotel de cinco estrellas, que le abonarían igualmente.

Diez minutos más tarde, escuchó unos urgentes golpes en la puerta. Sin apresurarse, se levantó y se miró en el espejo que ocupaba toda una pared frente a la cama. La imagen que le devolvió era impecable. El favorecedor maquillaje destacaba sus mejores rasgos: unos ojos grandes de largas pestañas y una boca jugosa. El vestido moldeaba su cuerpo escultural y dejaba al descubierto gran parte de las largas y bien torneadas piernas, que ella resaltaba con unos altos *stiletos*. La cuidada melena, peinada en uno de los mejores salones de belleza de la ciudad, remataba el soberbio conjunto que muchas mujeres envidiaban y todos los hombres deseaban.

Satisfecha, fue a abrir.

El hombre, de unos veintipocos años y de atractivo rostro, respiraba con dificultad. Parecía que acababa de batir el récord de los cien metros lisos.

—¿La señora Valdés? —preguntó, cuando fue capaz de recuperar el aliento.

—Sí —respondió Jana, observándolo con ojo crítico y gesto serio.

Aparte de la edad, le sorprendió el informal atuendo que llevaba: pantalón vaquero desgastado, cazadora de cuero negra sobre una camiseta blanca y zapatillas de deporte; una indumentaria adecuada a su edad y constitución, pero le resultaba difícil imaginarlo con traje y corbata, prendas más acordes con el trabajo que pretendía desempeñar.

Con todo, tenía su encanto. El aspecto aniñado del rostro, acentuado por el rizado cabello rubio, despertaría instintos maternales en algunas mujeres; la razón más probable de que Tania lo hubiese preseleccionado, cuando no se equiparaba a los aspirantes que le solía enviar.

—Encantado, señora Valdés. Soy Jordi Oliva. —Sonrió nervioso.

—Jana, por favor. Señora Valdés es demasiado serio.

—Claro, Jana. Un nombre muy bonito. He venido a... a... —titubeó. No acertaba con la palabra adecuada para describir lo que había ido a hacer allí.

Jana tiró de la mano que le tendía y lo introdujo en la habitación.

—Ya sé a lo que has venido, Jordi, aunque con considerable retraso.

El evidente reproche alteró aún más al joven, que intentó justificarse.

—Lo siento. Es que no encontraba dónde aparcar —dijo de forma atropellada.

—Esa es una contrariedad con la que se debe contar; por ello, es necesario tomar tiempo. Y un recurso muy socorrido es el *parking* del hotel, si lo tiene.



—Sí..., el *parking*. No he caído. —Enrojeció y bajó los ojos. Le abochornaba su estupidez, pero con las prisas...

Jana refunfuñó por lo bajo. La torpeza del joven la irritaba. No cabía duda de que el chico había empezado con mal pie. Esperaba que consiguiera enmendar sus errores o la valoración iba a ser muy negativa.

Se dirigió al ordenador portátil, que había dejado sobre la mesa escritorio, y cliqueó en el reproductor de música.

—Ya que has llegado tarde, no perdamos más tiempo. A ver cómo se te da un *striptease* —le indicó. Se sentó en el sillón con el vaso en la mano y lo observó con interés.

Jordi obedeció de inmediato y comenzó a sacudir las caderas, intentando acompañarlas al ritmo que Hot Chocolate marcaba con su *You Sexy Thing*. Al mismo tiempo, se iba desprendiendo de la ropa con movimientos apresurados y carentes de sensualidad.

Jana no podía disimular su desaprobación por la deslucida representación que se desarrollaba ante ella. Dos cosas le quedaron claras: que era la primera vez que Jordi hacía algo por el estilo y que tenía escaso sentido del ritmo. Mal asunto.

Por el informe que Tania le había enviado, sabía que trabajaba de camarero en un club donde organizaban espectáculos de *boys* para pagarse los estudios universitarios. Era obvio que el pobrecillo estaba tratando de imitar, con poca fortuna, lo que veía hacer a los profesionales.

—¿Has terminado? —le preguntó Jana, al ver que dejaba de moverse y aún llevaba puesto el *slip*.

Jordi parecía reacio a desprenderse de la prenda. Ella sospechó que era a causa del tamaño o de la poca firmeza de su miembro, que se adivinaba por el escaso abultamiento que presentaba aquella zona. Se había mostrado demasiado severa con él y ese no era el mejor estímulo para conseguir una erección, sobre todo en un joven inexperto como el que tenía delante.

—Acércate —le pidió con voz suave, la que solía utilizar con sus clientes más tímidos. Se sentía enternecida por la mirada apurada de aquellos bonitos ojos claros.

Él acortó la distancia con pasos lentos. Cuando estuvo frente a ella, Jana lo acarició con delicadeza por encima de la ropa hasta que observó que su respiración se agitaba y el blando músculo crecía en tamaño y adquiría dureza.

De pronto, Jordi emitió un leve gruñido y su rostro se contrajo en un gesto en el que la consternación le ganaba la batalla al placer.

Jana sintió humedad en su mano. Lo miró y comprobó que estaba rojo como la grana y con los ojos vidriosos.

—Lo... lo siento —se disculpó Jordi entre balbuceos.

Jana reprimió la risa. No quería turbarlo más de lo que ya estaba.

—Tranquilo. Es algo que suele pasar. Ahora, ve al baño y lávate —le indicó con una sonrisa consoladora.

Encendió un cigarrillo y se quedó mirando cómo desaparecía tras la puerta que le había indicado. Reflexionó. El candidato reunía escasas condiciones para el empleo. Era tosco y parecía novato en temas sexuales. Ambas cosas se podían corregir con varias clases prácticas, pero ¿sería rentable? Lo que no tenía tan buena solución era su timidez; que podría atraer a algunas personas, aunque molestaría a la mayoría; una gran desventaja en esa profesión.

Calculó que se necesitaría demasiado tiempo y dedicación hasta que adquiriera las aptitudes que requería el empleo, lo que no garantizaba que al final fuese capaz de realizarlo con el suficiente esmero que Tania exigía a todos sus empleados. Si de ella dependiera, acabaría en ese

mismo momento; pero estaba obligada a llegar hasta el final y hacer el informe completo, como se le había solicitado.

Jordi salió del baño con una toalla alrededor de la cintura.

—Vamos, no seas vergonzoso. Déjame verte —le pidió en tono animoso. Quería hacerle olvidar la afrenta que había sufrido.

Él obedeció y, al advertir dónde se dirigía la mirada de ella, el rubor volvió a cubrir su rostro.

Jana observó la flacidez de su sexo, apenas visible entre el nido de rizado vello cobrizo. Su cuerpo delgado y pálido parecía el de un adolescente y suscitaba ambigüedad, una gran ventaja para los que sentían preferencia por los jovencitos. Ese no era su caso, si bien no representaba ningún problema porque ella estaba allí para trabajar y no por placer.

—No te preocupes, ya se alzaré a su debido tiempo —lo alentó.

Jana apagó el cigarrillo, dio un sorbo a su bebida y se levantó del sillón para dirigirse a la amplia cama. Acomodó las almohadas y se recostó en ellas con la espalda apoyada en el cabecero.

—Ahora, desnúdame —le pidió.

Jordi se alegró. Eso ya lo había hecho con anterioridad y no le resultó difícil.

Deseoso de reparar la penosa imagen que había dado, se acercó e intentó desvestirla con apresuramiento.

Jana suspiró. Las bruscas maniobras estaban exentas de gracia, y corría el riesgo de que rompiera la cremallera del vestido. Se armó de paciencia y lo apartó.

—Tranquilo, cariño; no tenemos que coger un avión. Vas muy rápido y en la dirección equivocada.

Jordi se sintió confuso ante la orden. No había otra forma de desnudar a una persona, que él supiera.

—En esta posición, se debe comenzar de abajo hacia arriba: zapatos, medias, falda, blusa o vestido, si lo hay... Todo muy lento y sensual. Masajeando los pies, acariciando los muslos... —le explicó con calma.

Jana advirtió desconcierto en su rostro e intentó animarle.

—Venga, seguro que lo haces muy bien.

Él se sentó en la cama y le quitó los zapatos con gesto desmañado, que pretendió pasar por voluptuoso, y los lanzó contra la pared.

—Cuidado, cielo. Esos Jimmy Choo no son baratos.

—Lo siento —se disculpó azorado.

Jana disimuló su desagrado.

—Continúa, por favor. Ibas bien —mintió.

Jordi, alentado por sus palabras, procedió a masajearle los pies como le había pedido.

—Primero debes quitarme las medias —le sugirió ella.

Cuando vio que él le manoseaba los muslos en busca de la liga, Jana no pudo contenerse más.

—¡Quieto!... Yo te dirigiré. Y presta atención, por favor, porque no voy a repetirlo.

Jordi asintió, apesadumbrado. Estaba quedando como un ignorante. No era la primera vez que estaba con una mujer; pero, ahora, comprendía que había una gran diferencia entre follar con una chica en el asiento trasero del coche, o en la pared del callejón de la discoteca, y hacerlo con una dama en una cara habitación de hotel. Y más cuando esta lo estaba examinando.

Además, esa mujer le intimidaba. Aparte de que debía doblarle la edad, su porte majestuoso y la mirada inquisitiva de aquellos ojos tan oscuros le hacían sentir un adolescente ante la profesora de lengua del instituto. Aunque ya le hubiera gustado a él que alguna de sus profesoras se pareciera a ella. Era más alta que él, tal vez por los tacones que llevaba, y tenía un cuerpo de infarto, por lo que había podido apreciar, con esos grandes pechos y las piernas kilométricas.

Jana comenzó a darle instrucciones, que él iba siguiendo con mayor o menor acierto.

—Arrodíllate encima de la cama. Ahora, apoya uno de mis pies en tu pecho y, sin dejar de mirarme a la cara, ve subiendo tus manos por mis mulos lentamente... Bien... Hasta llegar a la liga de las medias... Eso es... Ve enrollándola muy poco a poco... Sácala de los pies y déjala en el suelo... Sí, muy bien... Y no olvides mirarme. Es importante que vea cómo disfrutas con lo que estás haciendo. Ahora, alza un poco mi pierna.

Jordi agarró la pierna con ambas manos y tiró de ella hacia arriba, lo que le provocó a Jana un pequeño tirón muscular.

«Torpe, muy torpe», pensó, irritada.

—No, así no, deja que te lo muestre —dijo algo exasperada. Ese chico era un zoquete—. Debes poner una mano en la pantorrilla y la otra abarcando el empeine, e ir alzándola con lentitud. De esa manera, evitarás causarle una lesión a tu pareja y mandar a paseo la velada romántica que tenías entre manos —le corrigió con toda la paciencia que pudo reunir.

## CAPÍTULO 3

El sexo masculino es de lo más liviano que hay en el mundo. Un pensamiento lo levanta.

**Frédéric Dard**

A Jordi le costaba un gran esfuerzo seguir las instrucciones que Jana le iba dando. ¡Era todo tan complicado! No imaginaba que satisfacer a una mujer resultase tan difícil, o no habría pensado en solicitar ese trabajo. Se animó porque uno de los *boys* no dejaba de hablar del dinero que se ganaba de esa forma y él necesitaba otra fuente de ingresos. La matrícula en la universidad había subido mucho ese año y no podría costearla con su sueldo de camarero, que le daba para pagar el alquiler del piso que compartía con unos compañeros de estudios y para hacer un par de parcas comidas al día.

—Eso está mejor. Aprendes rápido, cariño —le animó Jana—. Pasa el pie por tu torso para que yo sienta los músculos bajo la planta. Ahora es cuando puedes masajearlo con movimientos lentos y rotatorios... No, más suave —volvió a corregirle—. Bien... Lleva el pie hasta tu boca y lame cada dedo muy despacio. Métete el dedo gordo en la boca y chúpalo como si fuera un jugoso glande. ¿Lo has hecho alguna vez, cariño? —Imaginaba que no le era ajeno. Desde luego, con los pies no demostraba mucha práctica.

—Yo... Bueno, sí. En una..., en alguna ocasión —admitió Jordi a regañadientes.

—No te avergüences por ello. Ya sabrás que en este oficio es necesario ser versátil. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Jordi asintió con la cabeza mientras chupaba el dedo con regular destreza.

Jana estaba convencida de que sería más adecuado para compañía masculina, a pesar de que había indicado en la solicitud su preferencia por las mujeres. El chico no quería admitir sus tendencias sexuales o aún no lo tenía claro, pensó. Tania lo habría advertido; sin embargo, no estaría de más comentárselo e incluirlo en el informe.

—Debes moderar tu energía a no ser que te pidan que actúes de forma impetuosa. Por lo general, a las mujeres nos apetece la fogosidad en el momento justo; durante el resto del tiempo, preferimos que nos traten con ternura y suavidad. Hay que amoldarse a los gustos del cliente porque es el que paga, ¿comprendes?

Él volvió a asentir y emitió una respuesta en forma de gruñido.

—Con más delicadeza, cariño. Los lametones de bulldog no quedan muy elegantes —corrigió. Jana pensó que esa evaluación le iba a llevar más tiempo del que calculó en un principio.

Jordi cesó de inmediato y se quedó quieto, a la espera de nuevas indicaciones.

—Bien, haz lo mismo con la otra pierna —continuó ella—. Este proceso tiene que ser lento y sensual, un precalentamiento para el verdadero partido. Deberías lograr que me fuese excitando poco a poco, atizando el fuego con leves gemidos, profundos suspiros y palabras incitantes y halagadoras que me hiciesen creer que me deseas y no que me haces el amor porque te he pagado. Tienes que conseguir que me sienta bella y maravillosa, destacar todo lo que te gusta de mí y explicar lo que te hago sentir.

A pesar de su desconcierto, Jordi comenzó a poner en práctica lo que Jana le decía. El laxo

miembro, que hasta ese momento le colgaba entre las piernas, adquirió grosor y rigidez.

«Al fin se está animando», se dijo. Había llegado a pensar que no iba a ocurrir después de la precoz eyaculación. Tampoco su actitud autoritaria, que intentaba moderar, y la situación en sí eran las más propicias para estimular la libido de su compañero.

Pero era necesario ser dura. La mayoría de mujeres con las que se encontraría, en caso de que lo aceptasen en la agencia, serían de fuerte carácter, exigentes, acostumbradas a imponer su voluntad y poco dadas a perdonar la incompetencia. Nada en común con las chicas fáciles y benévolas que acostumbraba a tirarse en los lavabos de la universidad o durante los fines de semana en las discotecas.

—Muy bien, cielo; cada vez lo haces mejor. Ya le vas cogiendo el truquillo al asunto.

Jordi, con la respiración agitada, se inclinó con la intención de besarla. Jana le puso una mano en el pecho para frenar el gesto.

—Los besos en la boca, excepto si la clienta te los pide, son algo que debes evitar en esos encuentros. Puedes besar cualquier parte del cuerpo menos los labios. Es un acto demasiado íntimo.

—¿Más que follar? —preguntó él con inocente asombro.

—Mucho más, encanto.

Jordi aceptó la explicación con reservas.

—Ahora, súbeme el vestido hasta la cintura y quítame las braguitas.

Jordi, muy excitado, se lanzó a la tarea con entusiasmo.

—Tranquilo. Ya te he dicho que debes moderar tu energía —volvió a corregirle con paciencia—. Coloca tus manos sobre mis muslos y ve subiéndolas con lentitud, arrastrando la falda con ellas... Así está bien... Perfecto. Engancha con tus dedos la braguita y la bajas con suavidad, hasta llegar a los pies... Despacio. Sácala y llévatela a la nariz. ¿Te gusta su olor? —Él asintió, con los ojos brillantes de deseo, y Jana continuó—: Pues dímelo, cielo; estoy deseando oírlo.

—Huelen muy bien —dijo Jordi con una sonrisita.

—No seas tan poco creativo, por favor. Di algo así como «tu olor enajena mis sentidos», o «estoy deseando probar ese exquisito néctar»; algo más elaborado que un simple «huelen muy bien».

Jana vio confusión en su rostro y comprendió que no era hábil con las palabras. Otro punto negativo.

—Aunque me conformaría con un «nunca he olido algo tan delicioso» —continuó con acento resignado. «Un auténtico zoquete, no cabe duda».

Se deslizó en la cama hasta quedar tendida en ella y miró a Jordi con una sonrisa alentadora.

—A ver si la siguiente fase se te da mejor —comentó con escasas expectativas—. Deja las bragas y ábreme las piernas.

Él se lanzó a obedecer de buena gana.

—¡No tanto! —exclamó Jana con viveza ante la fogosidad con la que había actuado—. No me apetece tener una luxación de cadera.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño? —preguntó Jordi con alarma.

—No, tranquilo. Vamos a continuar. Mírame y dime si te gusta lo que ves —le pidió, con una sonrisita de suficiencia, previendo la respuesta.

Jordi se quedó mudo ante el espectáculo que tenía delante de los ojos.

Por su reacción, Jana pensó que no había visto una vulva en su vida, y menos como aquella:

rasurada y con un *piercing* en el clítoris.

—Ya veo que te gusta. Pero no debes darlo a entender de esa forma o pensarán que eres un bisoño.

La recomendación no estuvo exenta de ironía y, durante unos segundos, se regodeó con la turbación que manifestaba el rostro del chico y la sobreexcitación que mostraba su cuerpo. La rígida lanza en la que se había convertido su verga supuraba lágrimas de deseo, y ella comprendió que se moría por follarla. Otra muestra de su inexperiencia en las artes amatorias que debería corregir si quería dedicarse a una profesión tan especial y delicada.

Jana cogió uno de los preservativos que había dejado sobre la mesilla de noche y se lo dio.

—Ponte esto. Debes estar preparado para cuando llegue el momento. Pero, antes, quiero que pruebes lo que miras con tanta ansia. ¿Te gustaría?

Jordi asintió y procedió a colocarse el preservativo con urgencia.

—Pues adelante, cielo. Me gustaría oírte decir cuánto me deseas y cómo vas a hacerme gozar. No debes estar tan calladito o esto será muy aburrido.

—Sí..., lo siento. Es que yo no acostumbro...

—Lo entiendo, pero debes esforzarte. A la mayoría de las mujeres, nos gusta escuchar la voz ronca de deseo de nuestra pareja cuando nos hace el amor. El sexo en silencio y con la luz apagada es cosa del pasado; a no ser que la clienta te lo pida, claro está. —Decidió dejar de lado las correcciones. El pobre acabaría enfriándose y no le serviría de nada—. Ahora, demuéstreme lo que sabes hacer con esa boquita tan encantadora que tienes.

Jordi no esperó a que terminara de hablar para lanzarse de cabeza entre sus piernas y comenzar a lamer como un poseso.

Jana se sacudió de la risa.

—¡Basta! —le ordenó con energía.

Lo cogió del pelo y, con gran esfuerzo, consiguió levantarle el rostro. Sus iris estaban negros de pasión y tenía la mirada perdida. Le concedió unos segundos para que se calmase.

—No puedes actuar como un oso ante un bote de miel, cariño; de ese modo, solo me harás cosquillas. Y eso no es lo que estoy buscando en este momento. Debes contener tus impulsos y proceder casi con pereza, ¿comprendes?

Jordi se ruborizó y asintió con la cabeza.

—Lo primero que debes hacer es admirarlo, como si fuera la cosa más bonita que has visto en tu vida. Y puedes tocarlo con delicadeza para apreciar su tacto. Así...

Jana deslizó una mano por su liso pubis hasta llegar a la sensible protuberancia atravesada por un pequeño anillo. Tiró de él, pinzándolo entre dos de sus dedos, para ir bajándolo, contorneando los labios, hasta introducirlos en la vagina con un suspiro de placer.

Jordi jadeó de deseo. No creía que pudiera contenerse mucho más. La extrema excitación que sentía le resultaba dolorosa y se temía que iba a acabar igual de rápido que la vez anterior.

—Vamos a probar de nuevo, ¿de acuerdo? —continuó ella—. Inclínate y ve siguiendo mi dedo con la lengua.

Jana fue deslizado el índice de su mano derecha desde la rodilla, y por la parte interior del muslo, hasta llegar a la ingle. Luego repitió el mismo camino en el muslo izquierdo.

—Quiero que me des pequeños mordisquitos aquí... —Señaló el monte de Venus—. Muy suaves, solo para avivar el fuego... ¡Ummm, qué gusto!... —exclamó—. Ya puedes bajar un poco y jugar con mi botoncito anillado. Despacio, con leves golpes de la lengua, como si lo estuvieras tanteando. Así, bien... Ve bajando sin prisa, recorriendo el camino que antes me has

visto trazar con los dedos... Eso es. Lo haces de maravilla, cielo. Prueba mi sabor. ¿Te gusta? — Jana sonrió ante los repetidos gruñidos del chico como respuesta a su pregunta—. Seguro que sí. Ahora, vuelve a subir. Coge el anillo con los dientes y tira de él con suavidad... ¡Sííí...! ¡Qué bien lo haces! Sigue, por favor, me estás haciendo disfrutar.

Jana le daba instrucciones y lo animaba con fingidos gemidos de placer y frases alentadoras. Estimaba el empeño que ponía en aprender, pero le quedaba un largo camino por delante para convertirse en un buen amante, que era lo que aquel trabajo requería.

Imaginó que sus parejas sexuales habían sido poco exigentes. Esos polvos rápidos, que a ellas les habrían complacido, resultarían insatisfactorios y hasta deprimentes para mujeres más experimentadas.

En los últimos años se había encontrado muchas veces en similar situación, aunque este era uno de los más difíciles que se le habían presentado. Pero Jana, que tenía una arraigada vocación docente, se resignó a pasar la próxima hora corrigiendo al chico, aunque al final no acabase engrosando el catálogo de la agencia; algo que presentía, porque no llegaba ni a la media del listón con el que Tania tasaba a sus aspirantes.

También estaban los que preferían jóvenes inexpertos y ahí podría tener éxito. En cuestiones de sexo, los gustos eran muy variados; ella lo sabía bien. Lo que no cabía duda era de que nunca se convertiría en un semental vigoroso; al menos, con las mujeres. No estaba en su naturaleza.

Una vez sola en la habitación, se levantó de la cama y fue hacia el ordenador, que había captado con la *webcam* todo lo sucedido. Lo apagó y se dirigió al baño. Necesitaba darse una ducha. Cuando descansara un rato, le enviaría a Tania el informe que estaba esperando.

# CAPÍTULO 4

Otro sentido, nunca presentido,  
cubre hasta el deseo realizado;  
de modo que el placer aún disfrutado,  
jamás podrá igualar al inventado.

**Reinaldo Arenas**

*Sonetos desde el infierno (fragmento)*

Tania miró la pantalla de su móvil, que sonaba con insistencia, y comprobó que era Jana quien llamaba.

—Hola, Jana. ¿Cómo estás?

—Muy bien, preciosa. ¿Y tú?

—Bien, pero con mucho trabajo.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí, lo es —reconoció Tania. A pesar del estrés de las últimas semanas, no dejaba de alegrarle que el negocio estuviese creciendo—. ¿Has evaluado al candidato que te envié?

—Acabo de hacerlo. Te he remitido por *mail* el informe más el vídeo, como siempre. Pero quería comentar los pormenores contigo, ya que imaginaba que te encontraría despierta aún.

—Lo siento, Jana; estaba ultimando unos asuntos y no he mirado el correo —se disculpó—. Pero, por tu tono de voz y, sobre todo, por el hecho de que me llames, deduzco que es negativo —presagió, y un gesto de fastidio asomó a su rostro.

—En efecto. Me ha causado una pésima impresión. Como leerás en el informe y comprobarás por ti misma en el vídeo, es un chico con escasa experiencia sexual y con un físico que deja mucho que desear, para lo que suele demandar la clientela. Con todo, puede tener cabida por esas peculiaridades. Hay mujeres que buscan un tipo aniñado para determinados roles; que gustos hay muchos y algunos muy excéntricos, ya lo sabes.

—Cierto, aunque no sea lo más usual —opinó. A ella no se le había presentado ningún pedido de ese tipo.

—Aun así, podrías sacarle rendimiento. Es educado, se le notan ganas de agradar y ha admitido experiencias homosexuales; lo que le capacita para clientes masculinos, en caso de que te animes a aceptarlos en un futuro. Pienso que con algunas clases llegaría a desempeñar un trabajo decente, pero tú eres la que debe tomar esa decisión.

Tania se sintió frustrada. No se había hecho demasiadas ilusiones con Jordi, pero no esperaba que el resultado fuese tan negativo. En la entrevista que mantuvo con él días antes —a petición de uno de sus colaboradores más antiguos y al que le debía un favor—, le pareció un chico con un buen nivel cultural y presencia aceptable, aunque tímido y poco desenvuelto: dos grandes desventajas para esa profesión que habría compensado de destacar como amante.

De no ser porque le conmovió la necesidad que tenía de encontrar un trabajo, lo habría rechazado desde el primer momento. Ella, en su época de estudiante, había estado en una situación similar y hubiese agradecido que le echaran una mano; de ahí que decidiera darle una oportunidad. Era obvio que el chico no se ajustaba al patrón que buscaba y el adiestrarlo le



supondría un gran desembolso, con el riesgo de que al final no llegase a amortizar lo que hubiese gastado en él. Pero se le podría sacar partido a ese aspecto añorado al que Jana hacía referencia y al candor que rezumaba, cualidades poco frecuentes en el mundillo en el que quería integrarse. Nunca se sabía lo que el cliente podía demandar.

—Lo pensaré. Si va a requerir mucho tiempo y esfuerzo, creo que no merece la pena; y ya sabes que tiempo no me sobra. La demanda va en aumento y necesito personal formado, no una masa de arcilla a la que deba dar forma —dijo con desaliento.

—Te entiendo, Tania. Si decides formarlo, me lo dices para que le haga un hueco. Yo también tengo mucho trabajo últimamente. Parece que la crisis solo afecta a los pobres. Los ricos ni la huelen y continúan derrochando en sus caros caprichos; y que lo sigan haciendo, por supuesto —apuntó con sarcasmo.

—Lo mejor que puedo hacer con él es inscribirlo en un curso de protocolo y eventos y, si lo supera, le buscaré algunas galas de menor importancia. En caso de que muestre aptitudes con el tiempo, te avisaría para que le dieras algunas clases.

Tania no quería descartarlo sin antes facilitarle una posibilidad de demostrar su potencial, siendo consciente de lo necesitado que estaba. Lo colocaría en la lista de suplentes para eventos generales, en los que incluía figurantes, modelos o acompañantes ocasionales, cuya demanda había aumentado. Pero no le servía para servicios especiales. Y, como eso era lo que necesitaba, debería continuar buscando.

—Me parece correcto. Como te digo, se desempeñaría bien como acompañante si aprende a desenvolverse y supera esa timidez que acarrea; para gigoló está muy verde.

Tania confiaba en el buen criterio de Jana, una profesional del sexo inteligente y muy discreta, a la que tuvo que recurrir tras recibir varias quejas de clientas y perder alguna por la baja calidad en los servicios extra que el *escort* le había prestado. El solicitar la ayuda de una experta que se encargara de valorar las habilidades sexuales de sus colaboradores había sido una gran idea, porque ella no quería ni debía implicarse en esa tarea. Era consciente de que una relación íntima con ellos, aunque fuese con carácter profesional, suscitaría problemas si era malinterpretada por parte de estos.

Ahora, tras varios años de relación profesional con Jana, les unía una buena amistad. En realidad, casi podía afirmar que era la única amiga que tenía, aparte de Anna, su ayudante. El resto de sus amistades le habían dado la espalda cuando se enteraron del carácter de su empresa. Incluso algunos familiares le recriminaban que se dedicase a un trabajo tan poco respetable, según su opinión.

En cambio, su padre, la persona que más le importaba, lo aceptaba sin reparos pese a que le creaba más de una discusión con su nueva esposa. Él nunca dejaba de alentarla para que continuase en todo lo que había emprendido y le proporcionaba su valiosa ayuda profesional, ya que era uno de los abogados más brillantes de Barcelona.

—Muchas gracias, Jana. Esta misma noche te hago el ingreso en la cuenta.

—Gracias a ti, preciosa. Buenas noches.

—Que descanses.

Tania cortó la llamada con patente desánimo. Abrió el correo electrónico y guardó el informe en la carpeta que le había abierto a Jordi. Pulsó en el archivo de vídeo adjunto al mensaje y sonrió ante las primeras escenas. Jana tenía razón, ese chico era un desastre y necesitaría mucha instrucción para cumplir con los requisitos que exigía a su personal para los trabajos extra, algo que ya había desechado por el desembolso económico y el tiempo que emplearía.

A pesar de la torpeza de Jordi y de que su apariencia no le resultaba atractiva, Tania se excitó con lo que estaba viendo y, durante unos minutos, no apartó sus ojos castaños de las imágenes.

Con un sentimiento de íntima vergüenza, borró el vídeo y apagó el ordenador. A pesar de que poseía un carácter liberal y una actitud desinhibida en cuestiones sexuales, le incomodaba ver a personas que conocía realizando actos tan íntimos. Tampoco era muy digno admitir que se excitaba al ver a su amiga follando con un hombre. Lo consideraba una deslealtad y, al mismo tiempo, le causaba envidia.

Su vida sexual, aparte de las habituales autosatisfacciones, era inexistente. Hacía casi un año que no tenía relaciones sexuales, y no porque no hubiesen surgido ocasiones. Pero la última relación de pareja terminó siendo un fracaso que la dejó marcada y sin ánimo para volver a intentarlo.

El hombre por el que había comenzado a sentir algo más que atracción física resultó ser toda una decepción, puesto que salió corriendo al descubrir la clase de negocio que tenía.

«¡Eres una *madame*! ¿Cómo has sido capaz de engañarme de esa forma? ¡Y yo que quería que fueras la madre de mis hijos!», la acusó injuriado. Y no le importó que hubiese varios conocidos delante, que ya no volvieron a dirigirle la palabra.

Tras esa mala experiencia, se volvió desconfiada con los hombres. No quería correr el riesgo de fracasar otra vez. Aunque fuese un triste paliativo, prefería saciar ella misma sus necesidades sexuales y evitarse problemas y desengaños que la desilusionarían aún más.

Apartó de su mente los aciagos recuerdos y dejó el ordenador.

Como sabía que le iba a costar dormirse con la excitación que le había provocado el vídeo de Jana, decidió tomar un baño que la relajara y aliviara su ansiedad. Entró en el cuarto de baño y encendió unas velas. Abrió el grifo para llenar la bañera con agua templada y agregó una buena cantidad de las sales de baño con aroma a azahar que había comprado esa misma tarde en The Body Shop, y cuyo olor dulzón le cautivó desde el primer momento.

Se desnudó, recogió el largo cabello en una coleta alta y comprobó el agua de la bañera. Estaba en su punto, caliente, espumosa, con un penetrante olor a azahar que impregnaba el pequeño recinto.

Un hondo suspiro de puro deleite escapó de sus labios cuando su cuerpo se sumergió en el cálido líquido. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera, cerró los ojos y deslizó las manos por la húmeda superficie de su cuerpo, frotando, rozando, mimándolo...

Mañana los problemas volverían, ahora era tiempo de disfrutar.

# CAPÍTULO 5

¿Que no era libre? Ah, gracias a Dios, no lo era. Pero se sentía ligera, una diosa sobre las nubes, un pez en el agua, colmada de felicidad.

**Pauline Réage**  
*Historia de O (fragmento)*

A la mañana siguiente, cuando las primeras luces del alba comenzaban a brillar, Tania se levantó de excelente humor y pletórica de energía. Tras enfundarse unos cómodos *leggings* y una sudadera y atarse las zapatillas de *running*, abandonó la vivienda dispuesta a recorrer los cuatro kilómetros diarios que tenía por costumbre.

Con el *I Want To Break Free* de Queen sonando por los auriculares de su móvil, enfiló la larga calle arbolada sin advertir que, en la acera de enfrente, una persona sentada en un discreto automóvil blanco enfocaba el teleobjetivo de su cámara hacia ella y disparaba sin parar hasta que Tania se perdió en la distancia.

Cuando regresó una hora más tarde, se duchó, tomó un ligero desayuno, se enfundó un sobrio traje de pantalón en color gris marengo, combinado con una blusa mostaza de Gucci, y se dirigió a las oficinas de su empresa, que ocupaban un par de dependencias de la misma vivienda. Aún faltaba casi una hora para que llegara Montse, la secretaria que sustituía a Anna, pero ella tenía mucho trabajo por hacer.

Como los clientes aumentaban y estaba escasa de personal, le urgía contratar a nuevos colaboradores. Una vez descartado el último, tenía que continuar con la búsqueda; una tarea laboriosa y que requería reflexión.

Revisó las solicitudes que le habían llegado a través de la página web y ninguna le convenció. Con todo, anotó un par de teléfonos por si tenía que recurrir a ellos en el futuro. Recordó que el día anterior habían llamado interesándose por el trabajo; pero, en ese momento, estaba ocupada hablando con una clienta e indicó a Montse que le pidiera el teléfono para llamarle en cuanto tuviera un hueco.

Buscó en la mesa de la secretaria, ubicada en una sala contigua y comunicada con la suya por una puerta corredera, y no lo encontró. «¿Dónde lo habrá metido?», se preguntó crispada. Regresó a su escritorio. Se lo pediría en cuanto llegase. Esa noche no tenía ningún compromiso y, si el solicitante no tenía inconveniente, quería conocerlo.

A las nueve y media, y con un creciente malhumor, Tania continuaba esperando que Montse apareciera por la oficina. No había llegado ningún día a su hora desde que trabajaba allí, y eso era algo que no continuaría tolerando.

Pocos minutos después, oyó un fuerte sonido —el de la puerta del piso al cerrarse con estruendo— y unos pasos acelerados que se acercaban.

La pequeña figura femenina, vestida con un atuendo que parecía haber heredado de un antepasado *hippie* y coronada por una abundante melena de rizos rojizos, entró como una tromba en la oficina. Su rostro redondo y salpicado de pecas presentaba una tímida sonrisa y sus ojos, de un tono avellana, se mostraban huidizos.

—Buenos días, jefa. Siento llegar tarde. Se me ha escapado el autobús por unos segundos

—saludó Montse casi sin aliento.

«El mismo cuento de todas las mañanas», bufó Tania.

—Intenta salir unos minutos antes de casa y así no se te escapará; porque esta no es la primera vez que ocurre y tendrás que poner una solución, si quieres continuar haciendo las prácticas de empresa en esta agencia —le indicó irritada.

Montse sabía que estaba incumpliendo el acuerdo, pero siempre surgía algún contratiempo que la retrasaba.

—Lo haré. Mañana estaré aquí antes de las nueve —respondió con su voz cantarina, mientras se dirigía a la cafetera.

—Con que llegues a tu hora, me conformo.

—OK, jefa. ¿Te preparo un café?

—No, gracias, ya he tomado varios mientras tú llegabas —apostilló con rostro serio—. Cuando tengas un minuto libre, entre sorbo y sorbo de café, busca el teléfono del chico que llamó ayer preguntando por el empleo.

La velada recriminación no pareció afectar a Montse, que le sonrió con candidez.

—Creo que lo dejé en un pósito azul encima de tu escritorio. —Señaló con el dedo hacia un lugar indeterminado, mientras la miraba por encima de la taza.

Tania escudriñó concienzudamente la superficie de la amplia mesa cubierta de papeles hasta que divisó una puntita azul. Apartó los que la cubrían y despegó la nota. En ella solo había un número de teléfono.

—¿Recuerdas cómo se llama? No aparece el nombre. —Intentaba que su voz no revelara la exasperación que sentía.

—¿No lo he puesto? ¡Qué despiste! Lo siento, jefa. Me lo dijo y ahora no lo recuerdo. Creo que dijo Joan..., ¿o fue Josep? —El gesto de incertidumbre formó imperceptibles arrugas en su tersa frente.

Tania hizo una mueca de resignación. Esa chica era una calamidad y con tendencia a empeorar. ¡Ni siquiera sabía coger un recado telefónico! Tendría que llamar a una agencia de colocación para que le envasen una secretaria en condiciones o no podría aguantar los tres meses que aún le quedaban a Anna, su eficaz ayudante, de baja maternal.

¡Cómo la echaba en falta! Anna llevaba en la empresa desde que Tania la fundó y le había ayudado a ponerla en marcha sin que hubiese tenido nunca el menor problema con ella. Su labor había sido crucial para sacar la agencia adelante. Era una persona inteligente, trabajadora y en la que se podía confiar, pero su bebé acababa de nacer y debía dedicarle toda su atención durante los primeros meses.

Había intentado sustituirla con estudiantes en prácticas. Un tremendo error. Era evidente que no podían hacer el trabajo con la aplicación que ella requería, sobre todo Montse, la última que le habían enviado.

—Jefa, se me olvidó decirte ayer que llamó una tal señora Ibáñez —dijo Montse de improviso.

Tania levantó la cabeza y le dirigió una mirada acuchilladora.

—Un olvido muy grave. Cuando llame un cliente, debes informarme de inmediato. Y, si no estoy en ese momento en la oficina, me dejas un mensaje bien visible en la mesa. ¿Serás capaz? —la reprendió sin poder contener su enfado.

—Lo siento mucho —se excusó con voz apesadumbrada—. Es que fue a última hora, cuando ya me marchaba, y con las prisas se me olvidó. Me estaba esperando mi novio, ya que

habíamos quedado con unos amigos para tomar unas cañas, y no quería llegar tarde porque...

—¡Está bien! —la cortó con destemplanza. Inspiró con fuerza para serenarse o acabaría estrangulándola en ese mismo momento—. ¿Te dijo lo que deseaba? —preguntó más sosegada. No tenía sentido alterarse de ese modo. La chica no iba a cambiar.

—Sí. Preguntó por Alex. Si estaba libre mañana por la noche... Bueno, esta noche; porque ya te he dicho que fue ayer tarde, sobre las ocho. Creo que dijo que quería contratar sus servicios en los mismos términos de la vez anterior, o algo así. No me explicó cuáles eran esos términos, solo que usted los conocía. Y me dejó un teléfono..., creo.

Revolvió los papeles que tenía sobre el escritorio con ansiedad y, cuando Tania comenzaba a olvidar la recomendación que se había hecho de no asesinarla y esperar a otro día, encontró la nota con el teléfono y se la acercó con una sonrisa de orgullo.

Tania le dirigió una mirada en la que se leían muchas emociones y ninguna halagüeña, y cogió el trozo de papel que le alargaba.

—Cierra la puerta cuando salgas, por favor —le ordenó. Necesitaba perderla de vista unos minutos, hasta que recobrara su natural medida.

La joven se apresuró a obedecer y salió con aire abatido. Sabía que había metido la pata y eso podía ocasionar que la despidiera. Allí estaba muy bien. Tania era una jefa estupenda, menos cuando se alteraba como ahora, y no le apetecía probar suerte en otra empresa, en la que serían más estrictos con los horarios y el trabajo resultaría agobiante o aburrido. Porque este era relajado y no tenía nada de aburrido; con la ventaja de que le daba la posibilidad de recrearse la vista con chicos estupendos y muy simpáticos. ¡Ojalá decidiera contratarla cuando acabase los estudios!

Tania miró el número escrito en la nota. La clienta estaría esperando su llamada. La señora Ibáñez era una asidua de su agencia y no tenía problemas en pagar las altas tarifas de los acompañantes que contrataba. Lo malo era que casi siempre hacía los encargos con pocas horas de antelación, lo que le ocasionaba muchos problemas. Y, si a ello se sumaba una secretaria inepta a la que se le olvidaba mencionarlo, esos problemas aumentaban.

Buscó en la agenda el teléfono de Alex, el acompañante por el que la señora Ibáñez tenía preferencia, y le llamó. Antes de hablar con ella, debía averiguar si Alex estaba disponible.

—Hola, Tania. ¿Qué hay? —respondió Alex al reconocer el número que lo llamaba.

—Hola, Alex —saludó ella, y fue directa al grano—: ¿Estás libre esta noche? La señora Ibáñez quiere contratar tus servicios.

—Ufff... Ya podría avisar con algo más de tiempo —se quejó—. Había quedado con unos amigos para jugar un partidillo de fútbol, pero lo cancelaré. Dime hora y lugar del encuentro.

—Cuando lo confirme con ella, te lo digo y te envío el contrato por correo electrónico.

—OK. Espero tu llamada entonces.

Tania colgó y llamó al número que Montse le había dado.

—¿Señora Ibáñez? —preguntó a la voz que contestó a la llamada.

—Sí, dígame.

—Soy Tania Castell, de la agencia «A su servicio». Le llamo para confirmar la cita con Alex para esta noche.

—Me alegro de que esté libre. Dígame que pase a recogerme por mi hotel a las once y media de la noche.

—Allí estará. Y, por favor, le ruego que la próxima vez nos avise con más antelación si quiere contratar a un acompañante en concreto. Ya sabe que nuestros empleados suelen tener

mucho trabajo.

—Lo entiendo, señorita Castell. Resulta que no he podido decidirlo hasta última hora, de ahí el escaso margen.

—Deme los datos del hotel, por favor.

Tania tomó nota. Cuando acabó de hablar con la clienta, llamó a Alex para confirmar la cita y recordarle que debía imprimir y firmar el contrato, y enviarlo a su oficina antes de realizar el trabajo.

Abrió la agenda y apuntó para el día siguiente: «Contratar secretaria». Ya estaba bien de aguantar a aprendices. Si todo marchaba como esperaba, le concederían el préstamo que iba a solicitar y podría alquilar las oficinas que ya había reservado en el distrito financiero.

Aquel espacio en su propia vivienda no era lo más acorde con la imagen de elegancia y prosperidad que quería transmitir. Aunque la mayor parte del trabajo se realizaba vía telefónica o por internet, en ocasiones los clientes iban por la agencia, probablemente para cerciorarse de la calidad y respetabilidad de esta. Tania era consciente de que la imagen lo era todo, y más para la transformación que tenía en mente, y que requería un mayor espacio y accesibilidad.

# CAPÍTULO 6

El arte del sexo es el arte de controlar el descontrol.

**Paulo Coelho**

Una vez tomada la decisión de reemplazar a Montse, Tania se dedicó al otro tema que le urgía. Descolgó el teléfono y llamó al número que había apuntado en el pósit, el Joan o Josep que aspiraba a trabajar de acompañante. Tras unos segundos de espera, contestó una voz varonil.

—¿Dígame?

—Buenos días. Soy Tania Castell, responsable de la agencia «A su servicio». Tengo entendido que llamó ayer para concertar una cita. ¿Puede decirme su nombre, por favor? Mi secretaria no lo ha anotado —admitió, pese a lo embarazoso que le resultaba. En ese momento, no encontró una excusa que darle.

—Buenos días, señora Castell, me llamo Max Sabater.

«Ni Joan ni Josep. Esta chica no es capaz ni de recordar un nombre», se dijo Tania indignada.

—Señorita Castell, aunque prefiero que me llames Tania —indicó.

—Encantado, Tania. Y sí, llamé porque estoy muy interesado en trabajar en la agencia.

—Bien, Max. En primer lugar, gracias por ponerte en contacto con nosotros. ¿Podrías decirme cómo conociste la empresa? Deduzco que no ha sido a través de la página web; porque, en ese caso, habrías cumplimentado el formulario de solicitud, que sería lo más rápido y sencillo para todos —le reconvinó con sutileza—. Verás, nosotros preferimos ese medio porque nos facilita una serie de datos muy valiosos para determinar si reúnes las condiciones mínimas para este trabajo y nos ahorra mucho tiempo. Sin el formulario no puedo comprobarlo, ¿comprendes?

Max carraspeó antes de contestar:

—Disculpa, Tania. La verdad es que me lo comentó un amigo que conoce a uno de tus chicos. Él me dio el teléfono y decidí llamar. Ni siquiera he mirado en internet para informarme sobre la agencia; de haberlo hecho, habría seguido los pasos que indican.

—Entiendo. No representa ningún problema, aunque deberás rellenar la solicitud lo antes posible. Ese es el primer paso para conseguir colaborar con nosotros. También será necesario que nos reunamos para charlar en persona. Si no tienes inconveniente, me gustaría quedar esta noche.

—Las prisas por encontrar un colaborador aceptable le movían a adelantar la entrevista presencial sin conocer más datos que su nombre, algo que en situaciones normales no pasaría por alto. No obstante, su intuición le decía que Max cumplía con los requisitos que exigía a sus colaboradores. De momento, tenía una voz melodiosa y una correcta dicción, lo que no carecía de importancia en ese trabajo.

Max permaneció mudo durante largos segundos. Tania imaginó que estaría consultando su agenda.

—Te parecerá muy precipitada la reunión de esta noche, pero la demanda crece y estamos faltos de personal. El trabajo de evaluación y formación lleva su tiempo, por lo que no podemos permitirnos demorarlo mucho —continuó ella a modo de presión.

En fechas próximas se celebraría un evento importante en la ciudad y le habían solicitado

varios empleados, más los que irían surgiendo conforme se acercara el día.

—No hay problema. Dime hora y lugar del encuentro.

—Estupendo, Max. A las siete en la galería de arte Expresiones, en la calle Sierra. ¿Te viene bien? De esa forma, podremos charlar un poco antes de cenar.

Tania era partidaria de examinar a los candidatos sobre la marcha, como ella decía. La mejor forma de saber si servían para ese puesto era viéndoles actuar sobre el terreno y en múltiples circunstancias, por lo que quedaba con ellos en algún acto social y observaba cómo se desenvolvían: su comportamiento en la mesa, si eran capaces de aguantar una velada de ópera sin dormirse, o si tenían un buen nivel cultural que les permitiera comportarse como verdaderos acompañantes y no como bonitos floreros andantes. Por lo general, la valoración completa le llevaba tres o cuatro sesiones, en diferentes ambientes y situaciones, que abarcaban buena parte de las actividades para las que se les requeriría en el futuro.

—Me parece bien. Y ¿cómo te reconoceré? ¿Llevarás una rosa roja o un determinado libro en la mano?

A Tania le molestó ese tonillo chistoso, pero no quería formarse una idea negativa antes de conocerle.

—Si hubieses rellenado el cuestionario y adjuntado la fotografía que solicitamos, yo no tendría problemas para reconocerte. Si estás interesado en el empleo, no deberías demorarte en realizar ese trámite con el fin de poder completar tu ficha. El que nos hayas conocido a través de uno de nuestros trabajadores, no te exime de la obligación de cumplir con todos los requisitos.

Tania no dejó pasar la ocasión de amonestarle por el olvido, que le hacía perder tiempo. El hecho de que lo hubiese dejado pasar en esta ocasión solo obedecía a la urgencia del momento, no como algo rutinario. Sin conocer las respuestas al completo cuestionario que se le exigía en la solicitud, no podía juzgar si era idóneo para el puesto. En cuanto a la fotografía, se dejaba llevar por la primera impresión, que le había dado muy buenos resultados hasta ese momento. Era capaz de leer en un rostro indicios de su carácter, y le ayudaba a formarse una opinión de esa persona antes de hablar con ella por teléfono.

—En todo caso —continuó Tania en el mismo tono—, mi imagen aparece en nuestra web. Busca en la pestaña «contacto» y la encontrarás. Te será fácil reconocerme.

La voz masculina volvió a enmudecer unos segundos. Tania supuso que estaría buscando la web para cerciorarse de lo que le había dicho. «Mal inicio», pensó. El tal Max parecía poco previsor, y esa era una grave carencia en aquel trabajo. Comenzaba a arrepentirse de su primer impulso.

—Es cierto, hay una bonita fotografía. Seguro que no te hace justicia. —Emitió una risita que tampoco agradó a Tania.

—Bien, ya sabes cómo soy. No creo que tengas problemas en localizarme. Allí nos vemos. Y no olvides rellenar el formulario lo antes posible y adjuntar la fotografía, por favor.

—Descuida, me pongo a ello de inmediato. Y, dime, ¿compruebas lo que se pone en él? ¿No temes que se aporten datos falsos y, al final, resulte no ser lo que esperabas? —Tal y como estaba la sociedad, lo consideraba una imprudencia. Debería pedir referencias penales, cuando menos.

—Cualquier persona con un mínimo de inteligencia sabe que no es prudente mentir en algo que se puede comprobar, cosa que hacemos antes de incluir a esa persona en el catálogo de nuestra agencia y de firmar el contrato de representación. Tenemos un buen asesor legal.

—¡Un contrato! —exclamó Max asombrado—. Pensaba que todo iba un poco por libre,



podríamos decir.

—Somos una empresa legalmente constituida y respetamos la normativa vigente. Si lo que te preocupa es que pueda interferir en tus otras ocupaciones, te diré que lo que se firma en un principio es un acuerdo de representación. Y, con posterioridad, un contrato por cada servicio, que puede durar entre dos horas o varios días, según la actividad a desarrollar o las necesidades de los clientes. Si lo que buscas es un trabajo camuflado que te aporte ingresos no declarables, no tenemos nada más que hablar; nosotros no pagamos en «negro» —respondió ofendida.

—No es esa mi intención, desde luego. Lo que pasa es que me ha sorprendido. Me parece muy bien que todo sea legal; de hecho, no lo haría de otra forma. No soy partidario de defraudar a Hacienda —se apresuró a aclarar.

—En ese caso, te espero a la hora y en el lugar acordado. Buenos días.

—Allí estaré.

Tania colgó y se quedó pensativa. No acababa de convencerle el nuevo aspirante y temía fracasar también con él. Esperaba equivocarse y que solo se tratase de suspicacia por su parte, fruto de la ansiedad.

Decidió llamar a Jana. Cuando habló con ella la noche anterior, no imaginaba que fuera a volver a hacerlo tan pronto; pero la necesitaría en los próximos días y quería asegurarse de que dispondría de un par de horas. Además, llevaba tiempo queriendo hablar con ella sobre sus proyectos y no debía demorarlo más. Pretendía hacerle una proposición de negocios y esperaba que ella accediera.

Marcó el número que tenía memorizado en su teléfono móvil y esperó la respuesta.

—Hola, Tania, ¿qué ocurre? ¿Algún problema con el informe que te envié anoche? —preguntó Jana con recelo.

—No, tranquila; no se trata de nada de eso. El informe es muy detallado, como acostumbras; aunque no es necesario que me adjuntes el vídeo de la sesión, te lo he dicho en repetidas ocasiones.

—Sabes que soy muy meticulosa en mi trabajo. Por otra parte, si no quieres verlo, solo tienes que borrarlo antes. —La divertida entonación que acompañaba sus palabras provocó el sonrojo de Tania.

—Es lo que hago —respondió. Se alegró de que Jana no pudiera verla en ese momento. Sabría que estaba mintiéndole.

—Entonces problema solucionado. ¿A qué debo tu llamada, preciosa?, aparte de para felicitarme por mi trabajo.

—Me gustaría quedar para comer mañana. Tengo que hablar contigo sobre un asunto que estoy tramitando y me gustaría conocer tu opinión. ¿Te viene bien? —propuso Tania.

—Imposible. Tengo una comida de trabajo de esas que se alargan varias horas, ya me entiendes. ¿Qué tal pasado mañana?

No era difícil adivinar de qué se trataba y Tania no continuó indagando.

—Entonces quedamos a las dos en el italiano de la calle Montseny, donde comimos la última vez. ¿Te parece bien? Yo invito.

—Perfecto. ¿Me puedes adelantar de qué se trata? —preguntó Jana curiosa. No le gustaban las sorpresas. Por su experiencia, sabía que en la mayoría de las ocasiones acababan defraudándole.

—Mejor lo comentamos con una copa de vino en la mano —soslayó. Quería hablar primero con el director del banco para saber si el proyecto era viable o tenía que recurrir a otros medios.

—Como quieras. Allí nos vemos, preciosa. Y no trabajes demasiado —le aconsejó en tono guasón.

—Lo mismo te digo —respondió Tania. Se le escapó una risita que fue respondida por Jana en el mismo tono.

# CAPÍTULO 7

También es mi primera vez.  
Siente cómo tiemblo, ya ves.  
Tuve sexo mil veces,  
pero nunca hice el amor.

**Ricardo Arjona**  
*Mi primera vez (fragmento)*

Jana colgó el teléfono y se apresuró. Un cliente la esperaba y no era cuestión de llegar tarde. Entró al impresionante vestíbulo del céntrico hotel y saludó con un gesto al recepcionista, que ya conocía. Se dirigió de inmediato hacia los ascensores. Pulsó el botón del décimo piso y, mientras esperaba, sacó del bolso la barra de labios y se retocó ante el espejo que ocupaba la pared del fondo. Le gustó la imagen que le devolvía.

A punto de cumplir los cuarenta y tres años, Jana había mejorado en presencia y en saber estar. Su rostro, con algún pequeño retoque, lucía igual de lozano que veinticinco años atrás, cuando abandonó su pueblo natal en la Alpujarra Granadina para trasladarse a la gran ciudad, atraída por la prosperidad que había alcanzado. Y, sobre todo, huyendo de ese pasado que no había dejado de perseguirla; al menos, en sus sueños.

Cuando llegó a la planta y las puertas se abrieron, caminó por el alfombrado pasillo hacia la habitación indicada. Llamó y esperó. A los pocos segundos, la puerta se abrió. Una mujer de edad similar a la suya, bella y elegante, apareció ante ella.

—Hola, soy Jana —se presentó con una sonrisa.

La mujer se hizo a un lado para dejarla pasar sin pronunciar palabra. Jana entró en la espaciosa habitación y esperó a que ella cerrara la puerta. La observó con atención. Parecía nerviosa y el fuerte rubor que mostraba su rostro revelaba que estaba muy avergonzada.

—Creo... creo que ha sido un error llamarla. Discúlpeme —dijo, tras unos segundos y sin levantar la cabeza—. Será mejor que se marche.

La mujer abrió el bolso, un exclusivo modelo de Chanel, y extrajo de él varios billetes de cien euros. Jana los cogió y los guardó en el suyo. Estuvo tentada de marcharse, pero ella era una profesional y no le gustaba dejar un trabajo sin hacer.

—Si te apetece, solo hablaremos; no es necesario hacer nada más. Tenemos dos horas por delante —propuso.

Jana observó su indecisión y continuó:

—Sentémonos, por favor. —Se acomodó en uno de los sillones y esperó que ella lo hiciera en el otro—. Me has dicho que te llamas Clara, ¿es así?

La mujer asintió. Jana sabía que ese no era su nombre. Casi ninguno de sus clientes daba el auténtico. Tampoco le importaba que le mintieran.

—¿Es la primera vez?

Clara asintió. Se había sentado en un sillón frente al suyo y retorció con nerviosismo las manos, de largos dedos y manicura perfecta, evitando mirarla.

—¿Desde cuándo sientes el deseo de hacer el amor con una mujer? —le preguntó Jana con

una sonrisa alentadora.

Clara se tensó ante esa pregunta y no contestó de inmediato. Al poco, con un suspiro de aceptación, comenzó a hablar:

—Desde jovencita, al darme cuenta de que me sentía atraída por mi compañera de cuarto en el internado. Me gustaba verla desnuda y... me acariciaba imaginando... cosas. Me turbaba tener esos pensamientos, esas fantasías. Luchaba contra ello, pero no podía evitarlo. El sentimiento de culpa me corroía por dentro. Me sentía sucia, corrompida, despreciable y me autocastigaba por ser una depravada. —Las palabras salieron de su boca como un torrente desbordado, liberadas de la férrea presa que las había contenido durante años.

Jana entendía su conflicto moral, que era mucho más común de lo que pudiera imaginar; en especial a esa edad de grandes transformaciones, tanto físicas como psicológicas.

—¿Nunca se lo dijiste a ella? ¿No intentaste un acercamiento?

El rostro de Clara se contrajo en un gesto de dolor. Se llevó las manos a la cara para ocultar su humillación y siguió hablando:

—Una noche, cuando estábamos acostadas, escuché unos suaves gemidos procedentes del otro lado de la habitación. Comprendí que se trataba de ella, que se estaba masturbando. Al principio, me horroricé y estuve a punto de llamarle la atención. Esas cosas se hacían en privado, no en la misma habitación y a voz en grito; sin embargo, decidí no darme por enterada y hacerme la dormida. Pero sus continuos jadeos y los movimientos que los acompañaban terminaron por alterarme. No sé cómo llegué a la conclusión de que ella trataba de decirme algo, de invitarme a su cama o algo así. —Negó varias veces con la cabeza y ahogó un lamento desesperado ante los amargos recuerdos—. Solo era fruto de mi imaginación y de la excitación que sentía; aunque, en esos momentos, no me lo pareció. Fui una estúpida.

Clara quedó en silencio durante unos segundos, como reuniendo valor para continuar hablando.

—El caso es que me levanté y me acerqué a su cama, retiré las mantas y me acosté a su lado. Ella debía de estar en pleno clímax y no advirtió lo que hacía hasta que la abracé y la besé en la boca. Entonces se asustó y me empujó con fuerza. Me tiró de la cama y comenzó a gritar y a insultarme. Yo me refugié en el baño y estuve allí toda la noche. No sabía qué decirle, no tenía una excusa para justificar esa conducta tan... tan... —Emitió un casi inaudible sollozo y parpadeó con rapidez para ahuyentar las lágrimas que acudían en torrente a sus ojos.

Clara suspiró y miró a Jana a la cara por primera vez, con valentía, y continuó:

—Al día siguiente, hablé con la directora y esta llamó a mis padres. Entre todos decidieron que abandonara el internado y regresara a casa. No se volvió a hablar de ese tema, como si no hubiese ocurrido; pero no fue así. Algo cambió. Mis padres me miraban de forma distinta, sin poder creer que su perfecta hija escondiese en su interior tanta inmundicia, que fuese una viciada. —Se mordió los labios, que temblaban próximos al sollozo, y prosiguió con decisión—: Unos años después me casé y, durante un tiempo, disfruté haciendo el amor con mi marido; o eso era lo que quería creer, porque ese insano deseo nunca me ha abandonado. —Volvió a callar. Buscó un pañuelo en su bolso y se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Me he esforzado en borrar de mi mente esas quimeras y mantener a raya mis deseos durante muchos años; no lo he conseguido. Siguen ahí, amargándome la vida, impidiéndome descansar por las noches, obligándome a rechazar a mi marido cuando me propone un acercamiento, cuando me suplica que le deje hacerme el amor. Temo volverme loca y acabar cometiendo la misma locura de aquella noche en el internado. Por eso me decidí a contratarla, para intentar aplacar esa lujuria

que me domina. Ahora comprendo que ha sido un error. No quiero, ni puedo permitirme, poner en peligro mi matrimonio.

Clara inclinó la cabeza en una actitud de derrota que conmovió a Jana.

—No ha sido un error. El hacer realidad esas fantasías te ayudará a reconciliarte con tu naturaleza, que no es depravada ni viciosa como piensas, y que cada vez es más aceptada por la sociedad. Si lo aceptas, te sentirás mejor contigo misma y te ayudará a recibir las caricias de tu marido con agrado. Incluso sería aconsejable que compartieras esa experiencia con él. Os beneficiaría a ambos.

Clara levantó el rostro y la miró con auténtico pánico.

—No podría hacer tal cosa. ¡Se separaría de mí! —exclamó.

—Si te ama, no lo hará. Querrá que seas feliz. Y no lo serás por completo mientras continúes reprimiendo tus apetitos.

Jana conocía el tema porque no era el primer caso que se le presentaba. Aparte de que casi nadie sabía que tenía una licenciatura en Psicología, lo que le ayudaba a conocer e interpretar el carácter de las personas y actuar en consecuencia.

Se levantó de su asiento y se acercó a Clara. La cogió de la barbilla y le elevó el rostro para que la mirara.

Clara se alarmó ante ese gesto, pero no retrocedió.

—No debes avergonzarte de tus sentimientos. No eres una degenerada por desear a otra mujer, debes desechar esa arcaica idea. —Le acarició el rostro y se inclinó para susurrarle al oído —: Ni debería avergonzarte tampoco que otra mujer se sienta atraída por ti. Eres muy hermosa, Clara. Déjame demostrarte cuánto me gustas.

A Clara le palpité el corazón ante la cercanía y las palabras de Jana. Le atraía aquella mujer, bella, elegante y comprensiva. Advirtió que comenzaba a excitarse. Lo notaba en el cosquilleo de su vientre y en la humedad entre las piernas. El brillo especial que descubrió en aquellos hermosos ojos oscuros aumentó su deseo.

Jana percibió el cambio que se operaba en ella y se alegró. No le había mentado, la atracción era sincera. Le rozó los labios con su boca y se tragó el jadeo de conmoción que salió de ellos. Le cogió la mano y la ayudó a levantarse. Clara no se opuso cuando la condujo hasta el lecho.

—Quiero desnudarte. ¿Me dejas? —le preguntó Jana muy cerca de su boca.

Los cuerpos estaban muy próximos. Eran casi de la misma altura y los pechos se rozaban. Clara sintió los duros pezones de Jana presionando contra sus senos y eso avivó más su deseo.

Jana le desabrochó los botones de la blusa sin dejar de mirarla a los ojos. Tenía que proceder con lentitud para no asustarla, para darle tiempo a que se relajara, que desterrara sus escrúpulos de conciencia y disfrutara del momento.

Le retiró la blusa y le desabrochó la falda. Cuando esta se deslizó, le ayudó a deshacerse de ella. Clara se ruborizó al quedar en ropa interior e hizo intento de cubrirse. Jana le sujetó las manos y negó con la cabeza.

—Ahora te toca a ti —invitó. Se giró para mostrarle la espalda.

Clara dudó unos segundos, pero pronto tomó una decisión. Le retiró la larga melena rubia y le bajó la cremallera del vestido, que se deslizó hasta el suelo. Jana se dio la vuelta y se quedó frente a ella. No llevaba sujetador y a Clara se le aceleró el pulso al contemplar los voluptuosos pechos de grandes pezones oscuros.

Jana le tanteó la espalda. Encontró el cierre del sujetador y lo desabrochó. Los pequeños pechos de Clara, de rosados pezones, surgieron temblorosos.

—Igualdad de condiciones —dijo con pícaro gesto, al que Clara respondió con una sonrisa, la primera que Jana le veía. Le gustó. Estaba muy bonita. Le iluminaba el rostro.

La empujó con suavidad hasta tenderla en la cama y se quedó mirándola un momento, acariciándole el cuerpo con los ojos. Clara se sonrojó ante ese escrutinio, pero se quedó quieta. Jana se tendió a su lado, rozándole el costado, y acercó su rostro para besarla en la boca mientras le recorría el cuerpo con la mano.

Clara se estremeció ante el suave contacto, parecido al roce de la seda. Nunca imaginó que pudiera ser tan placentero. Los dedos eran como mariposas aleteando sobre su piel. Una dulce tortura a la que nunca había sido sometida y de la que no quería escapar.

—Eres muy bella. Imagino que te lo dirán a menudo —confesó Jana casi en un susurro.

Clara se emocionó al advertir sinceridad en sus palabras y en la expresión de deseo en su rostro, por lo que decidió olvidarse de sus prejuicios y vivir la fantasía con la que llevaba años soñando en silencio.

Jana observaba sus reacciones con atención para no cometer ningún error. Debía proceder paso a paso hasta ganarse su confianza. Cuando consideró que estaba preparada, deslizó la mano por su vientre hasta llegar a su pubis. La introdujo dentro de la braga y jugueteó unos segundos con su vello púbico. Enredó los dedos en él y los deslizó a continuación más abajo, tanteando su húmedo sexo.

Escuchó el profundo jadeo y la convulsión que experimentó el cuerpo de Clara ante ese contacto y volvió a besarla. Fue un beso largo y profundo, seductor, explorando con lentitud la boca con su lengua, chupando y mordiendo los labios, absorbiendo su aliento dulce y cálido, sin dejar de estimular su punto más sensible con movimientos circulares, que Clara acompañaba con sus propias caderas en rítmica armonía. El orgasmo le llegó entre largos gemidos de placer.

Jana le liberó la boca para observar las emociones que expresaba su rostro. Clara, que se había quedado débil y soñolienta tras el éxtasis, tuvo fuerzas para mirarla. Aquellos enormes ojos color turquesa expresaban multitud de emociones.

—Gracias.

—No me las des aún. Nos queda mucho por disfrutar —respondió Jana con una traviesa sonrisa.

# CAPÍTULO 8

Hay pasiones que la prudencia enciende y que no existirían sin el riesgo que provocan.

**Jules d'Aurevilly**

Max contempló con admiración a la elegante mujer que acababa de entrar a la abarrotada galería. Le impresionó su atractivo, que iba más allá del bonito rostro de armoniosos rasgos que había contemplado en la página web de la agencia, y en el que destacaban los grandes ojos almendrados, de un tono castaño oscuro, enmarcados por cuidadas cejas, y una boca de labios tentadores, llenos y bien perfilados.

Al natural, Tania Castell resultaba impresionante. Desprendía una innata seducción que no se reflejaba en la fotografía. Tenía una soberbia figura, de sensuales curvas, y unos movimientos sugerentes que los altos tacones de aguja se encargaban de acentuar.

La vio dirigirse a un hombre, que la saludó con grandes muestras de alegría. Por el folleto que había cogido en la entrada, sabía que se trataba del autor de los cuadros que se exponían en la galería. Luego, ambos se unieron a un grupo de personas que comentaban una de las obras.

Durante el tiempo que estuvo observándola, advirtió que miraba con disimulo el reloj de pulsera en repetidas ocasiones y escudriñaba entre el público reunido para la inauguración. Estaba buscándolo, supuso. Tendría que presentarse si no quería que lo tachara de impuntual. En la breve conversación que habían mantenido por teléfono, comprendió que se trataba de una mujer de gran carácter y profesionalidad, a la que le incomodaban las personas informales. No debía olvidar que aquella era una cita de trabajo, no de placer.

Se acercó a su lado y le preguntó:

—¿Tania?

Ella se giró hacia la voz que la llamaba y que le resultó familiar. El atractivo rostro sonriente que encontró provocó que sus pupilas se agrandaran de genuina admiración.

—¿Max Sabater? —preguntó a su vez para asegurarse.

—El mismo. Encantado de conocerte en persona.

Max le tendió una mano, que Tania estrechó con energía.

—Discúlpame unos segundos, por favor —le pidió ella.

Tania se despidió de las personas con las que charlaba y centró su atención en Max. Le había sorprendido muy gratamente. Su aspecto y sus maneras mostraban la elegancia y el saber estar idóneos para ese trabajo, y que ella siempre esperaba encontrar en su personal. Además, si era cierto lo que indicaba en la solicitud que se había apresurado a rellenar en la página web, tenía un alto nivel académico y muchas buenas aptitudes.

Pero estaba intrigada. ¿Cómo era posible que un hombre de treinta y seis años, universitario y que hablaba tres idiomas, solicitase ese empleo? ¿Curiosidad, morbo, deseos de aventuras...?

Se temía que las razones que le movían no eran las adecuadas y, de ser así, tendría que rechazarlo. Si solo pensaba en acostarse con las clientas, estaba claro que no había entendido lo que requería ese trabajo ni la filosofía de la empresa; algo bastante común y que ninguno de los interesados en el empleo estaba dispuesto a admitir, aunque era fácil de descubrir durante las entrevistas. Ella parecía tener una habilidad especial para detectar a los oportunistas, lo que no

quería decir que fuese infalible. En alguna ocasión se había equivocado. Por suerte, no causaron graves problemas antes de despedirlos.

—¿Te importaría acompañarme, Max? No he tenido tiempo de recorrer la exposición y he prometido al autor comprar uno de sus cuadros.

—Será un placer.

Durante la siguiente media hora, Tania comprobó que los conocimientos culturales de Max eran más que aceptables. Estuvieron debatiendo sobre corrientes artísticas, historia del arte, evolución del mercado cultural... Incluso se dejó guiar por sus consejos para adquirir una de las obras expuestas. Tras ello, se dirigieron a un restaurante cercano en el que Tania había reservado mesa para la cena.

Aquí la impresionó con su acertada elección de vinos y al recomendarle algunos platos de la extensa carta, que ya conocía por haber cenado en varias ocasiones en aquel lugar.

A los postres, Tania conocía a grandes rasgos la vida de su compañero de mesa. Permanecía soltero tras dos largas relaciones, no tenía familia en la ciudad, sus padres vivían en el pueblo costero donde nació y él no podía verlos todo lo que le gustaría por falta de tiempo, había dejado la carrera de derecho en tercer curso para dedicarse a viajar, algo de lo que no se arrepentía... En la actualidad se dedicaba a redactar libros de viajes y colaboraba en diferentes diarios y revistas de escasa tirada, lo que le permitía mantenerse mientras escribía su primera obra de ficción.

Con la reducción de encargos debido a la crisis de la que el país aún no había salido, necesitaba buscar otra ocupación que le procurara ingresos extra hasta que publicara su novela, la cual confiaba que acabaría convirtiéndose en un *best seller*. Un amigo le había hablado de un conocido suyo que estuvo trabajando para la agencia y le pareció una buena salida temporal. Le pidió que le consiguiera el teléfono. Y allí estaba, esperando cumplir con los requisitos y ser contratado.

Por su parte, Tania le explicó los pormenores de la empresa, en qué consistiría el trabajo a realizar y lo que se esperaba de él.

—Como habrás podido leer en nuestra web, pedimos hombres discretos, atentos, generosos, que transmitan confianza, que sean versátiles y puedan desempeñar diferentes roles con solvencia, entre otras cosas. Que conozcan la ciudad y sus variados ambientes sociales y culturales; en especial los distinguidos, que son en los que suelen moverse nuestros usuarios. O que sean capaces de adaptarse bien y no desentonar, al menos; pero, también, que estén dispuestos a acudir a otros lugares diferentes o más informales, si la clienta así lo solicita...

—O sea, el típico gigoló. Unos perfectos animalitos de compañía y amantes complacientes para amenizar las veladas de las mujeres que los alquilen, ¿no es eso? —la interrumpió él.

A Tania le sulfuró el comentario. Ese hombre estaba muy mal informado sobre los servicios que su empresa ofrecía, que eran más complejos de lo que había descrito en tono despectivo.

—No lo es, ni mucho menos. En primer lugar, me molesta el apelativo que has empleado, ya que no describe lo que yo ofrezco. Ni siquiera se pueden llamar *escorts*, aunque ese término lo definiría mejor. Ejercer de hombre de compañía consiste en mucho más que satisfacer sexualmente a la clienta, que es lo que parece creer, y para ello no sirve cualquiera. Es un trabajo muy peculiar que requiere de personas inteligentes que sepan anticiparse a las necesidades de su compañera si es necesario y sin que ella apenas se dé cuenta. Acompañar a una señora a una cena o acto social al que necesite acudir con pareja masculina, y quedar bien ante el resto de asistentes, no es tan fácil. Tu amigo debería haberte informado mejor. Por otra parte, si piensas que nuestra labor es suministrar sementales bien dispuestos a mujeres con la libido



subida, ya puedes olvidarte de trabajar en mi agencia. Para ello tienes una sección en la mayoría de los periódicos en la que podrás anunciarte como gigoló. Hasta ganarías más y con menos esfuerzo, te lo puedo asegurar —explicó con voz dura en la que se detectaba un matiz de decepción.

Max aceptó la regañina con buen humor.

—De acuerdo, me habré equivocado al juzgar la finalidad de la agencia en su conjunto, pero no me negarás que se proporcionan esas... atenciones. Incluso me da la impresión de que son las que más demanda tienen. Si no es así, ¿por qué preguntáis en el formulario si se estaría dispuesto a prestar esos servicios?

—Te equivocas otra vez. Hacemos esa pregunta solo con la intención de completar el perfil del candidato, y la respuesta no es decisiva a la hora de seleccionarlo porque nosotros no lo ofrecemos —le aclaró con contundencia—. Ten en cuenta que algunos de nuestros usuarios son empresas que organizan eventos sociales o culturales y nos solicitan personal para cubrirlos. En cuanto a los clientes particulares, la mayoría buscan compañía, por placer o negocio, no solo por sexo. Y, en el caso de que ese fuera su único objetivo, son demasiado discretos para pedirlo.

Tania sabía que era una verdad a medias, pero tampoco iba a airear esa parte escabrosa de su negocio ante alguien que no trabajaba para ella.

—Los acompañantes que nosotros proporcionamos pueden o no estar dispuestos a una relación sexual, algo que deben tener claro cuando entran a trabajar con nosotros. Esa prestación se pacta aparte, entre contratante y contratado, quedándose este último con el cien por cien de lo que le paga el primero. En resumen: nosotros solo proporcionamos compañía, los acuerdos a los que ellos lleguen en privado no nos incumben. No niego que los asesoramos en este tema. Le suministramos un completo *dossier* de los empleados que, a nuestro criterio, pueden ser idóneos para lo que nos demandan, incluyendo sus habilidades e inclinaciones sexuales.

—Está bien, lo entiendo —concedió Max, aunque continuaba teniendo sus dudas—. ¿Con qué podría encontrarme?

Tania agradeció que no le preguntara cómo llegaba a determinar esas habilidades en sus empleados. No era el momento de revelarles el tipo de pruebas a las que sometía a los aspirantes que querían engrosar la lista de personal de su agencia.

—Gran parte de nuestra clientela son mujeres que, por diversas circunstancias, necesitan un acompañante para acudir a un compromiso social, laboral... o que desean disfrutar de una velada agradable en compañía de un hombre, que puede o no acabar siendo su amante. Y, como te he dicho, trabajamos con empresas de publicidad, promotores culturales, agencias de modelos, instituciones públicas y privadas de diferentes tipos que nos solicitan hombres para ejercer de acompañantes de sus invitados o de relaciones públicas en las fiestas o acontecimientos sociales que organizan. Sin olvidar a los turistas que acuden a nosotros buscando un acompañante durante los días que permanecen en la ciudad para que les sirva de guía, asesor y chofer. Esas son solo algunas de las ocasiones en las que pueden intervenir. Hay un sinfín de circunstancias por las que los clientes se dirigen a nosotros, y el personal tiene que estar cualificado y dispuesto a desempeñarlas con desenvoltura y buena disposición.

Max escuchaba las explicaciones de Tania con asombro. Nunca habría imaginado que el empleo iba a ser algo de ese tipo. Aunque una cosa era lo que ella quería hacerle creer y otra lo que ocurría realmente. Ya se encargaría de averiguarlo.

—Queda claro. ¿Y la cuestión económica?

—Los empleados se llevan el cincuenta por cien de la tarifa pagada por el contratante, más

lo que traten en privado con él. Todos los gastos corren a cargo del cliente, ya sean empresas o particulares. Si el empleado desea obsequiarle de alguna forma, es cosa suya. No obstante, suelo desaconsejarlo para evitar confundir los términos. Debe ser consciente en todo momento de que está prestando un servicio y no que acude a una cita.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha dado el caso de clientas que han llegado a sentir una afinidad especial por sus acompañantes debido, en la mayoría de casos, a que este no les dejó bien claro desde el principio que él solo estaba realizando un trabajo.

—O sea, como la prostituta que no debe encariñarse con el cliente o permitir que él se enamore de ella —dijo con crudeza.

—Extremando los términos, así es —respondió Tania con creciente exasperación. ¿Parecía poner especial empeño en mostrarse sarcástico o solo era su impresión?

—¿Podría negarme a prestar ese servicio extra o estaría obligado a plegarme a los deseos de la dama?

—Como intento hacerte entender desde el principio, no se trata de gigolós. Mis colaboradores, que es como me gusta llamarlos, son hombres que se dedican a acompañar, asesorar y distraer en el más sano sentido de la palabra, por lo que están en su perfecto derecho de negarse a tener un encuentro sexual si no les apetece. La clienta es advertida de esa posibilidad cuando acude a nosotros y, en su gran mayoría, lo aceptan; a las que no lo hacen, las invito a buscar en otros sitios. Solo esperamos de nuestro personal que procuren dar una amable negativa, si se da el caso.

## CAPÍTULO 9

Te vi de pie, desnuda y orgullosa  
y bebiendo en tus labios el aliento,  
quise turbar con infantil intento  
tu inexorable majestad de diosa.

**Rubén Martínez Villena**  
*Soneto (fragmento)*

Tania comenzaba a cansarse del sarcasmo que impregnaba la mayoría de las preguntas de Max, pero se obligó a pasarlo por alto. Era algo habitual en las personas que no conocían aquel mundillo; cuando lo hacían, cambiaban de opinión en poco tiempo.

—¿Tenéis hombres entre vuestros clientes? —se interesó Max. Ese era un tema que le venía rondando por la cabeza desde que decidió informarse de aquel trabajo tan peculiar y que no se había atrevido a preguntar.

—Si te refieres a los particulares que buscan un acompañante, son muy pocos y los aceptamos porque alguna conocida le ha recomendado la agencia o un trabajador determinado. Tanto las condiciones como las observaciones son las mismas que para ellas.

Max imaginó que tenían en el catálogo chicos *gays*, que serían los primeros que propondrían al cliente. Estaba claro que, si el cliente deseaba continuar la «fiesta» en la habitación del hotel, no tendría problemas para hacerlo. Una agencia con variedad de prestaciones, no cabía duda, y con gran éxito por lo que había averiguado. Pero aún no estaba convencido de que no se tratase de una disimulada tapadera para la prostitución de lujo, algo que la mujer que tenía ante él insistía en negar.

—¿Cómo se designa a los acompañantes? —Max cambió de tema al observar que la irritación de Tania iba en aumento. Si quería conseguir el puesto, debía evitar las pullas y ser el perfecto caballero que exigía.

—El usuario es el que, en última instancia, los elige. Cuando me exponen sus necesidades, hago una estimación de su perfil y les propongo varios colaboradores afines a ellos, con los que podrán hablar por teléfono y mantener una videoconferencia antes de tomar una decisión; o me reúno con ellos para tratar el tema en persona, si así lo prefieren. Una vez elegido el colaborador, suelo aconsejarles que se citen con el elegido una hora antes para comprobar si se adecúa a sus deseos o si existe afinidad entre ellos. El cliente debe sentirse cómodo con su acompañante o no estará satisfecho. Y un cliente descontento ocasiona problemas y mala publicidad. Los que no nos conocen suelen desconfiar de la calidad de los servicios que prestamos. Después de probarlos, casi ninguno se ha sentido defraudado.

—¿Y no temes que algún empleado pueda irse de la lengua y, por ejemplo, vender secretos de esos clientes que a ellos no les gustaría ver publicados en la prensa sensacionalista o hacerles chantaje a cambio de su silencio? —Otro tema que le tenía intrigado y que debía darse.

—Es una probabilidad, desde luego, aunque les resultaría difícil. Ellos no tienen acceso en ningún momento a los datos de la persona interesada hasta que el contrato es firme, y en él se incluye una cláusula de confidencialidad que ninguno se atreve a romper por las graves

consecuencias que le acarrearía.

Max pensó que Tania se cubría muy bien las espaldas. Chica lista.

—¿Y las fiestas o espectáculos públicos a los que antes has aludido?

—En su mayoría los contratan las empresas del sector. Ellas me remiten sus necesidades y yo selecciono las personas adecuadas. Suelen confiar en mi criterio. Asimismo, les pongo en contacto con empresas de azafatas, modelos y agentes artísticos por si desean personal femenino.

—¿Qué ocurre con los empleados que tienen pareja? —preguntó con interés no exento de morbosidad—. ¿Pueden compatibilizar empleo y familia?

—Prefiero a personas que estén libres, tanto en ocupación laboral como en situación familiar o sentimental. Es la mejor forma de evitar complicaciones, que a nuestras clientas les incomodan y a nosotros nos causan quebraderos de cabeza. Comprende que este empleo no es algo que una esposa, novia o familia cercana acepte con entusiasmo o, como mínimo, sea bien tolerado, sobre todo porque tienen un concepto equivocado del mismo. Existen muchos prejuicios, negativos por supuesto, por parte de la gente, que desaparecerían si dedicaran unos minutos a conocer en qué consiste esta ocupación; que en su esencia no tiene ninguna connotación sexual, y lo único que requiere es empatía y altruismo por parte de la persona que la desempeña. Con todo, tenemos colaboradores con pareja, incluso casados y con hijos, para los que no representa ningún problema. Por eso insistimos en que consignent en el formulario su predisposición a los trabajos extra: para tenerlo en cuenta por si el cliente lo pregunta. Algunos colaboradores se niegan por diversas circunstancias que no tienen que ver necesariamente con que estén o no emparejados, y no dejan de trabajar por ello. La decisión es, en último término, del trabajador.

—¿Esos hombres con pareja no continúan ejerciendo de perfectos caballeros a tu servicio?

—Al servicio de las personas que los solicitan, querrás decir —puntualizó Tania irritada. Tendría que ponerlo en su sitio o descartarlo, y no quería llegar a ese extremo porque le veía grandes aptitudes—. Esta ocupación suele tener una vida muy corta, y así lo entienden la mayoría de las personas que se dedican a ella. Es un trabajo duro y se ha de estar muy seguro de sí mismo para desempeñarlo. Tampoco está libre de problemas familiares y sociales, por lo que tras unos años la mayoría lo abandona para dedicarse a otra profesión, a formar una familia o para no tener que ocultarlo a los amigos.

—Muy lógico. Debe de ser un trabajo agotador pese a estar bien pagado —concedió con sonrisa pícara. Aunque ella insistiese en que se trataba de algo muy honrado, él continuaba dudando de las nobles intenciones de los trabajadores de la agencia. De todas formas, le parecía viable.

Tania frunció el ceño ante el desatinado comentario. Esa era una ocupación que exigía compromiso y generosidad por parte de la persona que la desempeñaba más allá de los beneficios económicos que le reportara. Su intuición le decía que Max podía ser un excelente acompañante, de los más preparados con los que se había topado en meses, si lograba moderar su mordacidad y entendía el adjetivo de ese trabajo.

Aunque podría equivocarse. Su percepción le estaría fallando a causa del vino que había tomado durante la cena o del magnetismo que su acompañante desplegaba y del que, por mucho que luchara, no podía desprenderse. Su presencia le alteraba los sentidos de una forma que le resultaba incómoda, y ese no era el estado idóneo para tomar decisiones.

Debía dejarlo por hoy, decidió. Otro día, con la mente más clara, continuaría con la tarea que había comenzado.

—Bien, creo que no queda nada más por tratar —dijo Tania, y pidió la cuenta.

Cuando el camarero llegó con la nota, Max la cogió.

—Permíteme que te invite.

—No es necesario...

—Insisto. —Depositó su tarjeta en la bandeja antes de que Tania lo hiciera—. Añada el diez por ciento de propina —le indicó al camarero.

Cuando salieron del restaurante, eran más de las diez de la noche. Tania no había traído el coche y se dispuso a tomar un taxi.

—Yo te acercaré a tu casa. Tengo el automóvil estacionado en un *parking* cercano —propuso él.

Tania aceptó. No estaría mal conocerle un poco más, aunque estaba cansada y corría el riesgo de no ser objetiva en su apreciación. También, y para ser sincera, le apetecía disfrutar de su compañía. Ese hombre le atraía como ninguno en mucho tiempo, y había conocido a otros igual de seductores. No solo era su alta y atlética figura, o sus ojos oscuros y la línea firme de su mandíbula; había algo en él que la fascinaba y perturbaba de una forma intensa e inadecuada.

Intentó apartar esos pensamientos de su cabeza y mantener la actitud fría y profesional que adoptaba cuando trataba con sus empleados. Una de las normas que se había impuesto era la de no intimar con ellos. Era un error mezclar el negocio con la diversión.

Tania se sorprendió cuando, a los pocos minutos, Max apareció a la salida del *parking* conduciendo un modelo de alta gama de una prestigiosa marca; lo que sugería que su cuenta corriente estaba saneada... o que necesitaba otro empleo para costearse esos excesivos gastos.

La cuenta del restaurante había sido abultada, más la propina. No quería desaprovechar ninguna oportunidad de impresionarla, pensó. ¿Con qué intención? Tenía la sensación de que le ocultaba algo y aquellas incongruencias lo demostraban. No era tan ilusa de esperar que fuesen totalmente sinceros al principio, por eso no confiaba demasiado en lo que le contaban. Y, al final, acababa enterándose de casi todos sus secretos.

Una vez dentro del coche, y mientras sorteaban el bullicioso tráfico que a esas horas circulaba por las principales avenidas de la ciudad, Max preguntó con aquella media sonrisa cínica que no había abandonado su boca en toda la noche:

—Entonces, ¿he superado la prueba?

Tania vaciló unos segundos. No quería darle una respuesta que ni ella misma estaba segura de tener. Por otra parte, tampoco le iría mal un poquito de incertidumbre.

—Tengo que repasar mis notas. Ya te llamaré —respondió de forma esquiva.

—¿Notas? Que yo haya visto, no has tomado ninguna.

—Mentales.

—Así que mentales. —Max comprendió que le estaba dando largas y no pensaba permitirlo—. Vamos, sé sincera y admite que no me vas a contratar. Pero dime el motivo. ¿Qué he hecho mal?

Tania decidió dejarse de evasivas y encarar la situación.

—Aún no he tomado la decisión. Y no has hecho nada mal, solo que tienes una idea equivocada de lo que se te requeriría y una postura arrogante y condescendiente que no es la adecuada en este trabajo. Te creo muy capacitado para desempeñarlo; sin embargo, me da la impresión de que no lo valoras como merece. Piensas que es una forma de ganar dinero fácil a costa de mujeres desesperadas que pagan para aliviar su frustración sexual. Mujeres a las que menosprecias por verse obligadas a comprar compañía, sin comprender que pueden ser muchas

las razones que las llevan a ello y no solo el que no sean capaces de mantener el ardor de un pretendiente.

Max acusó el golpe. Eso era lo que pensaba, aunque no iba a confesárselo a ella o podía olvidarse de conseguir el trabajo. Reconocía que, cuando concertó la cita, solo le movía la curiosidad por la empresa y deseaba averiguar lo que había detrás de aquel trabajo tan peculiar. Ahora, y sin olvidar su primer propósito, estaba interesado en la bella mujer de sensual voz y autoritario carácter que la dirigía y que había conseguido despertar en él los instintos de cazador que llevaban mucho tiempo dormidos.

—No niego que en un principio opinaba de ese modo, pero me has convencido de que estaba equivocado. Te creo cuando dices que este trabajo abarca mucho más que saciar las necesidades sexuales de la clienta, y yo creo estar capacitado para él —se justificó con su tono de voz más convincente.

—Tal vez sea cierto, aunque tendrías que demostrarlo.

—¿Y qué puedo hacer para convencerte?

Tania soltó una carcajada. Aunque no había dado esa impresión al principio de la velada, ahora se le veía ansioso por conseguir el empleo.

—Tranquilo, no hemos acabado. Tendremos que vernos en varias ocasiones más para que juzgue cómo te desenvuelves en otros escenarios.

—Tú dirás cuándo y dónde —propuso Max con alivio.

—¿Te parece bien que quedemos pasado mañana por la noche? Hay una representación en el Liceo. Luego podrías mostrarme el ambiente nocturno de la ciudad. Ya sé que es algo precipitado, pero ya te he comentado que necesitamos personal con urgencia.

—Me parece estupendo. Esa noche no tengo ningún compromiso —dijo con una generosa sonrisa que mostraba la satisfacción que sentía—. Estoy deseando trabajar para ti; si al final consideras que doy la talla.

En pocos minutos, llegaron a la casa de Tania. Max aparcó y se bajó para abrirle la puerta. La acompañó hasta el portal.

—¿Te recojo o quedamos en algún lugar? —preguntó él.

—Como ya sabes dónde vivo, puedes pasar a las nueve. No se exige vestir de etiqueta para acudir a la representación, aunque yo aconsejo a mis empleados que procuren cuidar al máximo el vestuario. Es mejor pecar por exceso que por defecto.

—Descuida, no te defraudaré.

Tania abrió la puerta, se despidió de Max y entró en el edificio. Cuando llegó al piso, se dirigió a su despacho. Quería comprobar si Alex había dejado la copia firmada del contrato. En algunos casos se solía tramitar por vía telemática, con firma digital o escaneada; pero a ella le gustaba tenerlo por escrito, al igual que a la mayoría de sus empleados.

Lo buscó y no logró encontrarlo por ningún lado. Decidió llamarlo. Faltaba poco más de una hora para su cita con la clienta y, en caso de que hubiese olvidado entregarlo, tendría que hacerlo de camino al hotel.

Nunca permitía que comenzaran a trabajar sin tener en su poder ese requisito. Era una forma de evitar problemas que le funcionaba muy bien. Comprendía que, al avisarle con tan escaso margen, Alex no hubiese tenido tiempo de firmarlo y entregarlo, pero esa no era excusa para saltarse las normas y él lo sabía.

—Hola, Tania —respondió la voz masculina.

—Alex, ¿has entregado la copia del contrato?

—Sí. Pasé por allí a última hora y se lo dejé a la secretaria.

Tania hizo una mueca de disgusto. ¿Dónde lo habría metido esa cabeza hueca? Sabía que debía dejarlo sobre su mesa para que ella lo revisara al regresar.

—Gracias, Alex. Es que no lo encuentro. Pero no te preocupes, ya aparecerá. Buenas noches.

—Buenas noches, Tania.

# CAPÍTULO 10

Si la pasión, si la locura no pasaran alguna vez por las almas, ¿qué valdría la vida?

**Jacinto Benavente**

Tania entró en el elegante vestíbulo del edificio, situado en la mejor zona de la ciudad. Subió hasta la cuarta planta, ocupada en su totalidad por el bufete de abogados Castell&Asociados, en la que se repartían los veinte empleados de la prestigiosa firma.

Saludó a la recepcionista y se dirigió al despacho de Albert Castell, su padre, desde el que se contemplaba el puerto de Barcelona. Le gustaba aquel lugar, luminoso y decorado con sobria elegancia, como la persona que lo ocupaba. De altura considerable, porte atlético, rasgos muy parecidos a los de Tania y cabellera plateada, el famoso abogado continuaba siendo un hombre muy atractivo.

Albert Castell se levantó al verla llegar y fue a recibirla. La abrazó con cariño y su rostro sonriente mostró la alegría que le causaba su visita. Hacía más de un mes que no se veían, aunque hablaban a menudo por teléfono. Ambos llevaban una vida muy ajetreada; ella con su trabajo, que le ocupaba tantas horas al día, y él con el suyo más la familia, que le exigía mucha dedicación.

A sus sesenta años recién cumplidos, Albert rebosaba vitalidad. Él solía atribuirlo a los genes, aunque se cuidaba mucho. Llevaba una alimentación diseñada por el mejor dietista de la ciudad, procuraba dormir las horas aconsejadas e iba varias veces a la semana al gimnasio; sin abandonar las anuales visitas a una clínica en Marbella, donde realizaba curas depurativas y antiestrés. Era consciente de que el tener una esposa joven y dos hijos adolescentes requería mucha energía, y debía mantenerse en forma para lidiar con todos los problemas que pudieran suscitar.

Mónica era casi veinte años menor que él. Le impactó nada más verla, cuando tres años antes entró en su despacho. Estaba en trámites de divorcio y su padre, un rico empresario viejo amigo suyo, le encargó que llevara el caso. Reconocía que hizo un magnífico trabajo, pues consiguió un acuerdo muy ventajoso para la esposa y sus dos hijos.

El amor surgió entre ellos con el trato diario. Él llevaba casi quince años viudo y se encontraba muy solo. Tania, su única hija, había emprendido su camino y, aunque no le faltaba su cariño, necesitaba algo más. Carina había sido su alma gemela, pero se había marchado años antes y decidió que ya era hora de volver a tener compañía, de centrar sus sentimientos en otra mujer.

Tania le animó a ello. Sabía que no aceptaba a su madrastra, sentimiento que era mutuo, pero era inteligente y excusaba la manifiesta desaprobación de Mónica con tal de verle feliz. Tampoco los dos hijos que su esposa había aportado al matrimonio —Sonia, de doce, y Mario, de diez, vivos retratos de su madre en apariencia y carácter— toleraban de buen grado a Tania, a la que veían como una intrusa. Esa era la razón principal de que las relaciones familiares no fuesen fluidas y de que él prefiriera encontrarse con Tania fuera de su hogar.

Albert miró a su hija con orgullo. Estaba preciosa, como siempre, aunque detectó un rictus de preocupación en su rostro y eso le alertó.



—¿Cómo estás, cariño? ¿Mucho trabajo? —preguntó. Le indicó un sofá para que se sentara y le ofreció algo para tomar.

—Sí. El trabajo no falta. Estoy contenta.

—Pero... —adelantó Albert. Sabía que no había venido por el simple placer de verle.

—Tengo un pequeño contratiempo —reconoció ella, y su mirada se desvió hacia los grandes ventanales para evitar la de su padre.

Esa mañana, a primera hora, el director de la sucursal bancaria le había llamado para darle una mala noticia: su solicitud de préstamo no había sido aceptada a pesar de las buenas referencias y de la rentabilidad de la agencia, acreditada por el informe financiero del año anterior que le había enviado. Las razones que alegaban eran que carecía de respaldo económico. Años antes tuvo que hipotecar el piso en el que ahora vivía, y que había heredado de su madre, para montar la agencia y esa propiedad, la única que tenía a su nombre, no admitía una segunda hipoteca. La norma del banco, y de la mayoría, era que el peticionario debía respaldar la solicitud con garantías sólidas y no basarse en la prosperidad de un negocio que podía dejar de serlo en cuestión de meses.

El director le había sugerido que se buscara un avalista que apadrinara esa inversión y así ellos no le pondrían inconvenientes para concedérselo. Detestaba pedirle el favor a su padre, pero no tenía otra opción. Sabía que acabaría teniendo problemas con Mónica si se enteraba —que lo haría—, porque ella nunca había aceptado que tuviese un negocio de esa naturaleza.

—Cuéntame —la animó Albert.

Tania volvió a fijar la mirada en el rostro de su padre, que había perdido la sonrisa de segundos antes, y le confesó sin tapujos las dificultades por las que estaba pasando.

—Tengo el proyecto de diversificar la agencia; en especial en el campo de la publicidad y de la organización de eventos, que es la línea de negocio que más me gusta. Para ello necesito ampliar el número de empleados y trasladar las oficinas a un espacio más grande y mejor ubicado, en el que pueda atraer al tipo de clientela que deseo. He pedido un préstamo al banco, que me han denegado al considerarlo de alto riesgo. Se basan en que no dispongo de respaldo económico que garantice el cumplimiento de los plazos, pese a que la empresa da buenos dividendos, como he justificado con el último informe económico. Es por eso por lo que recurro a ti, para que me avales. Sabes que no te lo pediría si pudiera recurrir a alguien más, y entenderé que no aceptes... —En el tono de voz se apreciaba una mezcla de indignación y optimismo que su padre supo captar.

—Pero ¿qué dices? Soy tu padre, Tania, ¿a quién mejor vas a pedir ayuda? Me decepcionaría que no lo hubieses hecho —la interrumpió con visible enfado. Reconocía sus dudas y el esfuerzo que la petición le suponía, y sabía que era a causa de Mónica—. Es más, no vas a pedir ese préstamo. Yo te dejaré lo que necesites.

—No, papá. No voy a consentirlo. Con tu aval será suficiente. —Se mantuvo firme.

—Ya lo hice hace tiempo, ¿por qué no lo aceptas ahora?

Cuando Tania le anunció que quería estudiar un máster en la Universidad de Yale y que pensaba vender el piso que su madre le había legado para financiarlo, le prestó el dinero que necesitaba. Fue un regalo, pero Tania se negó a aceptarlo. Y, en poco tiempo, le reembolsó hasta el último céntimo con los beneficios que la empresa le generaba.

—Entonces... las circunstancias eran otras.

—¿Te refieres a que en esa época no estaba casado? —Conocía la respuesta. Su esposa le reprochaba que permitiese a su hija mantener ese, en su opinión, sucio negocio que afrentaba a

toda la familia. Cuando se enterase, se opondría tajantemente a que le ofreciese ayuda económica para continuar en él, y Tania lo sabía.

—Exacto. A Mónica le repugna mi medio de vida y no se priva de dármele a entender. Comprenderás que no voy a consentir que te cause conflictos. Con avalarme ante el banco es suficiente, te lo aseguro. Como te he dicho, el negocio va muy bien y espero que mejorará con los nuevos proyectos. Incluso es probable que no llegue a agotar los plazos y liquide la deuda antes del tiempo fijado.

—Mejor aún para que te lo preste yo. Sé que te esforzarás en devolvérmelo lo antes posible. Y por Mónica no te preocupes; aún soy dueño de mis finanzas y puedo repartirlas como me apetezca. Me ofendes si piensas lo contrario —señaló con firmeza.

Tania no quiso discutir más. Su padre, como buen abogado, sabía ser muy persuasivo. Solo esperaba que esa decisión no fuese la causa de graves disputas familiares.

A veces se preguntaba qué veía su padre en Mónica, una mujer que a ella le parecía frívola y engreída. Muy bella y elegante, pero vacía por dentro; aunque alardease de nobleza y caridad cristiana, que distaba mucho de poseer. En su opinión, a Mónica solo le importaba ella misma y sus dos hijos, por ese orden. No creía que sintiese el menor afecto por su padre, excepto por la privilegiada posición económica y social que le proporcionaba, y de la que tanto se aprovechaba. En cambio, él estaba muy enamorado de su esposa y parecía dichoso con su nueva vida, razón por la que Tania la soportaba.

Abandonó el despacho de su padre con un sabor agrídulce: tenía el dinero suficiente para ampliar la empresa, pero le preocupaba la reacción de Mónica y que eso causase desacuerdos entre ellos.

Iba tan ensimismada en sus pensamientos que, al abandonar el edificio, no vio a la impresionante mujer que se bajaba de un taxi a la puerta de este. Alta y de una figura escultural que las sesiones de *body sculpt* con entrenador personal se encargaban de mantener, cubría su cuerpo con un modelo de la última colección de Carolina Herrera y zapatos a juego con el bolso de la firma Michael Kors. El cuidado cabello y el perfecto maquillaje sugerían que acababa de salir de un centro de estética.

Mónica sí vio a Tania, y sacó sus propias conclusiones de esa visita al bufete de su marido. «Si esa impúdica piensa seguir sangrando a Albert y avergonzándome ante mis amistades con sus sucios negocios, se las verá conmigo», se dijo con ira contenida.

Esa misma mañana había tenido que escuchar la solapada crítica de una de sus mejores amigas; que, con buena intención, le había comentado lo impropio que resultaba que su hijastra dirigiese una agencia de contactos y las negativas repercusiones que podía acarrearle a su familia.

También le había llegado la información de que varios padres de alumnos del colegio al que Sonia y Mario iban habían hecho llegar una queja al director. Al parecer, sus hijos les habían comentado que Sonia alardeaba de la profesión de su hermanastra y de que pensaba seguir su ejemplo cuando fuese mayor. El director había apuntado que era una mala influencia para los niños y que consultaría con la junta de accionistas las acciones a tomar.

Si acaban expulsando a Sonia del exclusivo colegio, el mejor de la ciudad y al que las familias más poderosas enviaban a sus hijos, el escándalo sería enorme y la buena sociedad les daría de lado. Mónica tembló de solo pensarlo, y decidió que no iba a consentirlo. Nadie la privaría de lo que se merecía por nacimiento, ni tampoco a sus pequeños.

Su familia había sido una de las más importantes en la ciudad desde tiempos inmemoriales.

Sus antepasados por parte de padre se encontraban entre los precursores de la industria manufacturera en Cataluña, con la que se enriquecieron. Por su parte, su madre descendía de los nobles que conquistaron aquellas tierras siglos antes.

Ya había tenido que sufrir la deshonra de verse repudiada por un marido infiel y, antes de eso, la vergüenza de ver arruinado a su padre; lo que amenazó la alta posición que su familia había alcanzado con tanto esfuerzo y de la que venía disfrutado. La boda con Albert, aunque no era lo que hubiese deseado, la había elevado a la cúspide del éxito social, y allí quería quedarse.

Convencería a su marido de que obligase a Tania a dejar ese negocio inmundo, que tan mal ejemplo estaba dando a sus hijos, o se desvinculase de una vez por todas de ella.

# CAPÍTULO 11

¿Cómo iba yo a imaginarme que esta ciudad estuviera hecha a la medida del amor?  
¿Cómo iba a imaginarme que estuvieras hecho a la medida de mi cuerpo mismo?

**Marguerite Duras**  
*Hiroshima, mi amor (fragmento)*

Tania regresó a la oficina con una actitud muy diferente a la que lucía cuando salió unas horas antes, tras la llamada del director del banco; lo que se ponía de manifiesto en la eufórica expresión que mostraba su rostro.

—Buenos días, jefa. ¿Cómo le ha ido con las gestiones? —saludó Montse a la recién llegada.

—Muy bien, gracias. Ya he alquilado la oficina que tenía reservaba —respondió Tania. No pensaba darle detalles de cómo lo había conseguido—. ¿Alguna novedad?

—Sí, varias. Han llamado de TM. Necesitan dos chicos para una gala musical que están organizando. Y de ZonaFashion, preguntando por las tarifas y disponibilidad de nuestros empleados. Parece ser que están interesados en contratar varios para un desfile. Y, por último, una clienta que no ha querido dar su nombre, pero ha dejado su teléfono. —Montse, muy orgullosa de sí misma, le alargó una nota en la que aparecía un número.

—¿Ha concretado alguna hora en la que puedo llamarla? —preguntó Tania, y cogió la nota de camino hacia su despacho.

—Bueno... No... No sé; no le he preguntado. ¿Debí haberlo?

Tania suspiró. Por suerte, el lunes le mandarían una secretaria competente y se acabaría la agonía que estaba sufriendo desde hacía casi un mes.

—Sí, debiste hacerlo. En más de una ocasión, te he indicado que preguntes ese detalle; así como el nombre de la persona de contacto, en caso de que quiera darlo. No me vale el «han llamado de TM, de ZonaFashion...» si no tenemos más datos. No es muy profesional llamar a un lugar sin saber a quién debemos dirigirnos, ¿no crees? Y la próxima vez confirma los teléfonos, por favor.

—¡Pero si ya los tenemos en la agenda! —protestó. Le parecía una pérdida de tiempo.

—¿Y si han cambiado? La gente cambia con mucha frecuencia el número de teléfono, sobre todo el de móvil.

Montse cayó en la cuenta de que Tania tenía razón.

—Lo siento, jefa. No volverá a ocurrir —prometió pesarosa. De pronto, recordó algo—: Se me olvidaba. Ha estado aquí el señor Sabater. Preguntaba por usted.

Tania, que ya entraba en su despacho, se giró.

—¿A qué hora ha venido? —indagó sorprendida.

—Unos minutos después de que usted se marchara. No me explico cómo no se han encontrado.

—¿Qué quería? ¿Ha dejado algún recado?

—No, solo saludarla. Es muy simpático... ¡y guapísimo! —Los ojos le brillaron de entusiasmo—. Me ha preguntado por cosas de la agencia. Hemos estado hablando mucho rato.

Se interesaba por todo. Dice que va a trabajar aquí y por eso quería conocerla bien. Le he enseñado los catálogos. No sabía que había tantos chicos trabajando.

A Tania le pareció insólito que no la hubiese llamado antes de ir. Le enojaba, y mucho, ese exceso de confianza. La noche anterior le había dejado bien claro que no estaba nada decidido. Tampoco le convencía que mostrara tanto interés en los pormenores de su negocio.

—Aún no ha sido contratado, por lo que no tendrías que haberle dado ningún tipo de información. Procura recordarlo por si vuelve a ocurrir.

Tania tuvo que contenerse para no gritar de indignación. Esa chica era un auténtico desastre. No aprendería nunca. Había pensado conservarla hasta que acabara el periodo de prácticas, pero dudaba de que tuviese la suficiente paciencia para soportarla todo ese tiempo; no haría más que estorbar y meter la pata. Debería despedirla en cuanto llegara la secretaria que había contratado, y con un mal informe para su tutor.

Entró en su despacho sin dejar de pensar en el singular comportamiento de Max. ¿A qué se debía tanto interés? ¿Deseaba impresionarla para conseguir el empleo?

Se olvidó del tema y se centró en el trabajo. Se puso en contacto con el gerente de TM, una importante agencia que organizaba eventos y espectáculos, para gestionar la contratación de los dos acompañantes que necesitaba. Faltaba un mes para la gala y tenía tiempo para seleccionar a los más adecuados.

Llamó a la empresa de moda ZonaFashion y le proporcionó la información que deseaba. Quedaron en valorar su oferta y llamar cuando hubiesen tomado una decisión.

La clienta que no había querido dar su nombre no respondió a la primera llamada que Tania hizo al teléfono que Montse le había facilitado, por lo que llegó a preguntarse si era el correcto. No le extrañaría que se hubiese equivocado al tomarlo. Insistió y, tras varias llamadas, consiguió contactar con ella.

Era el cumpleaños de una amiga y, entre varias, habían pensado hacerle un regalo original. Habían pensado en un acompañante para toda la noche y con la tarifa completa, porque dependería de hasta dónde quería llegar su amiga. El encargo no era insólito. Venía siendo habitual contratar a alguno de sus empleados para obsequios de este tipo. La clienta ya había seleccionado a uno, en concreto a Joan, de la página web y eso agilizó los trámites. Le informó de la tarifa, haciendo hincapié en que solo incluía la compañía; en caso de desear algunos servicios más, tendrían que tratarlo con el acompañante. Ella dijo que lo hablaría con el resto y volvería a llamar.

Mientras esperaba, Tania contactó con Joan para asegurarse de que estaba libre para el día y hora indicados; así adelantaba trabajo.

Al poco, la clienta volvió a llamar. Aceptaba las condiciones, como Tania había intuido. Le facilitó el teléfono de Joan para que tratara con él los servicios extra, y le recordó que debería hacer el pago a la agencia con, al menos, una hora de antelación.

Miró el reloj. Aún faltaba para su cita con Jana y pensó en aprovechar para hacer unas compras de camino al restaurante.

Iba a salir cuando oyó sonar el teléfono. No le hizo mayor caso pues supuso que Montse lo cogería. Tras sonar varias veces, decidió responder ella. «¿Dónde se habrá metido esta chica?», refunfuñó.

—Buenos días. Agencia «A su servicio», ¿en qué podemos ayudarle?

—Buenos días. Quiero información sobre esos servicios que ofrecen —respondió una voz masculina.

—Por supuesto. Soy Tania Castell, la responsable de la agencia. Dígame qué desea y le informaré con sumo gusto.

Tania oyó una tosecilla nerviosa al otro lado del teléfono y comprendió que el tema le resultaba difícil de exponer; algo que les ocurría con frecuencia a los clientes que llamaban interesándose por las prestaciones que ofrecían.

—Si lo prefiere, puede consultar nuestra página web. En ella aparece detallado lo que la agencia proporciona. Si encuentra lo que desea, nos llama y le ampliaremos la información — sugirió ante la indecisión del hombre.

—Bueno... Ya lo he hecho y no me he aclarado mucho. Sigo sin saber si pueden facilitarme lo que estoy buscando.

—Dígame entonces lo que está buscando y veré si podemos proporcionárselo. —Era normal ese tipo de reticencias y uno de sus cometidos era ayudarles a superarlas.

—Verá, en pocos días es nuestro aniversario de boda y quiero hacerle a mi mujer un regalo especial. Había pensado en contratar a... un gigoló y darle una sorpresa.

Tania torció el gesto. La misma historia de siempre.

—Lo siento, señor; nuestra agencia no ofrece servicios de gigolós, se contratan acompañantes. Si solo le interesa el tipo de actividad que ellos ofrecen, le sugiero que busque en otra parte —dijo en tono serio. Esas demandas, que se habían convertido en frecuentes, la agobiaban. Le molestaba que la confundieran con una meretriz.

—Disculpe, señorita, no estaba seguro de ello y por eso he preferido preguntar. Verá, no me da confianza contratar a una persona de la que solo conozco su número de teléfono por un anuncio en el periódico. Me ha parecido más acertado recurrir a ustedes con la esperanza de que pudieran ayudarme o, al menos, aconsejarme sobre dónde dirigirme. Por lo que he leído, son una agencia respetable y garantizan la competencia de sus empleados.

Tania reconsideró su postura. Se le veía muy perdido.

—Como le he dicho antes, nosotros ofrecemos profesionales para compañía, guía, asesoramiento... Algunos de ellos están dispuestos a realizar actividades del tipo que usted requiere de forma privada, en las que la agencia no interviene ni está al tanto. Es algo que deberá tratar con él y pagarle su tarifa correspondiente, que no está incluida en la de la agencia.

—Entonces, ¿si yo contrato a uno de sus chicos para que le dé un masaje a mi mujer, por ejemplo, no se negará a hacer lo que le pido?, pagándole, claro está.

—Lo único que la agencia puede hacer en estos casos es sugerir, y subrayo la palabra sugerir, a varios acompañantes, expertos masajistas, que estarían dispuestos a prestar esos servicios. Usted elegiría el que prefiriese y trataría el tema con él.

—Estupendo. Vamos a ello. Sugérame algunos —indicó más animado.

—En primer lugar, debe rellenar el formulario que aparece en nuestra página web o venir a nuestras oficinas y hacerlo aquí mismo. Una vez que lo estudie, le sugeriré algunos de nuestros trabajadores para que seleccione el que prefiera. Entonces podrá hablar con él o, en caso excepcional y siempre que el empleado acepte, entrevistarle en persona.

—Me parece bien. ¿Y cuánto me va a costar todo?

—Yo solo puedo informarle de las tarifas que la agencia cobra a sus clientes, el resto tendrá que llegar a un acuerdo con el empleado que elija. Le sugiero que, si está decidido, rellene el formulario lo antes posible para que pueda comenzar con los trámites. Le adelanto que la contratación del acompañante se realiza por un mínimo de dos horas.

—Así lo haré.

—Bien. Una vez que conozca sus preferencias y necesidades le remitiré, a la dirección de correo electrónico que me facilite, el perfil de tres de ellos y la forma de comunicarse previamente por si lo desea —añadió Tania.

La selección de los empleados era una tarea que no le llevaba mucho tiempo, ya que conocía a la perfección la ficha de cada uno. El problema era que tenía que contactar con ellos para asegurarse de que estaban libres y dispuestos a realizar el trabajo, lo que no solía ser fácil y rápido.

—Me parece perfecto.

—Le ruego que, una vez que se haya decidido por alguno, me comunique por teléfono o a través de un correo electrónico el nombre del seleccionado, la fecha y la hora del encuentro.

—De acuerdo. En cuanto pueda, le facilito la información que me ha pedido —prometió, y colgó el teléfono.

## CAPÍTULO 12

El erotismo es una de las bases del conocimiento de uno mismo, tan indispensable como la poesía.

Anaïs Nin

Tras hablar con Tania, Javier quedó pensativo. Antes de contratar a un gigoló —porque ese era el apelativo más correcto para sus chicos de compañía, aunque la propietaria del negocio se negara a admitirlo—, tenía que hablar con su mujer.

Sabía que era una idea inusual y hasta descabellada, pero algo tenía que hacer. Su matrimonio se estaba yendo a pique porque una de las cosas más importantes en toda pareja no funcionaba entre ellos: las relaciones sexuales. No por su parte, ya que seguía deseando a su mujer como el primer día, pero sí por parte de ella.

Núria había cambiado en esos años. Ya apenas hacían el amor y la notaba ausente y desanimada. Además, había descubierto, ocultos en una caja de zapatos, varios objetos sexuales. Y, lo más preocupante, en el historial de búsqueda de Google, enlaces a páginas pornográficas que no eran suyos. Al principio, se ilusionó imaginando que ella quería animar la relación. Cuando pasaron los días y no comentaba nada, sospechó que esos objetos no eran para compartirlos con él, sino para utilizarlos ella a solas.

La cosa se aclaró pronto, la noche en que se suspendió el partido de fútbol que jugaba con los compañeros de trabajo un día a la semana. Él no quiso quedarse a tomar unas cervezas con algunos de ellos y prefirió marcharse a casa, con su mujer. Compró comida hindú de camino y una botella del vino que a ella le gustaba con la intención de agradarla y, si la cosa se daba bien, convencerla de hacer el amor después de cenar; como en los primeros años de su matrimonio, cuando era algo que practicaban a todas horas y en cualquier lugar.

Entró en silencio para sorprenderla y la sorpresa fue suya al escuchar gemidos y suspiros en el salón. Temiéndose que iba a encontrarla con un amante practicando sexo de forma salvaje en su propia casa —lo que justificaría la falta de apetito que mostraba con él—, se descalzó para no alertarles y pillarles *in fraganti*.

Se asomó con extremo sigilo y quedó atónito. Esos gemidos procedían del televisor y frente a él solo estaba Núria, desnuda, acariciándose con frenesí y en total ensimismamiento. ¡Su mujer estaba viendo una película porno mientras se masturbaba!

Ese descubrimiento le resultó igual de doloroso que si la hubiese pillado en plena infidelidad con un amigo. Sin saber cómo reaccionar, decidió marcharse hasta aclarar las ideas.

¿Qué le ocurría a Núria? ¿Ya no lo deseaba? Era lógico que tras casi trece años de convivencia la pasión hubiese disminuido, pero no hasta el punto de preferir autosatisfacerse a hacer el amor con él, que siempre estaba dispuesto a complacerla y deseoso de hacerlo.

A veces transcurría todo un mes sin tener una relación sexual y, cuando al fin accedía a dejar que la tocara, ella mostraba una alarmante falta de entusiasmo; tan alejada de la amante fogosa de los primeros meses, en los que se encendía el volcán de su pasión con un simple roce.

Él tenía parte de culpa, no lo negaba. En el último año no le dedicaba todo el tiempo que deseaba y, sin duda, ella necesitaba. La crisis económica había ocasionado despidos en la oficina



y eso repercutía en una mayor carga de trabajo para los que quedaban, aparte de la continua zozobra de que al final acabase tocándole a él la misma suerte. Le agobiaba la situación de incertidumbre por la que atravesaba la empresa y, cuando llegaba a casa, solo pensaba en descansar.

Pero tenía que poner fin a aquella situación; porque, si su mujer recurría a esas prácticas en solitario, con el tiempo no serían suficientes y acabaría buscándose un amante. ¿Qué podía hacer para que la pasión volviera a estar presente en su relación?, se preguntó.

Al recordar las imágenes que había visto en la pantalla, y que a Núria tanto parecían excitarle, recordó que en una reunión con amigos años antes, y tras varias copas, ella reconoció que, al igual que la mayoría de las mujeres, fantaseaba con estar con dos hombres a la vez. Nunca volvieron a hablar del tema, pero no era tan iluso de pensar que esa fantasía no continuaba obsesionándola y que, si no le ayudaba a realizarla, acabaría encontrando a otro que le diera lo que él no se atrevía y terminaría perdiéndola.

Pensó en proponérselo a un amigo y pronto entendió que era una mala idea. Podría causarles problemas con solo irse de la lengua o si pretendía continuar con esa relación a tres; o solo con ella, lo que sería igual de desafortunado. La mejor opción era buscar un profesional, alguien desconocido al que no volvieran a ver y que le garantizase que iba a ser discreto, de ahí que no se atreviera a contratar a un *escort* de los que se anunciaban en prensa.

Tras meditar la idea durante varios días y no dar con una solución convincente, vio por casualidad el anuncio de la agencia en un periódico y le pareció que esa era la mejor opción. La información que le habían facilitado en ella le transmitía confianza y estaba convencido de que su plan acabaría dando el resultado esperado. Ahora era el momento de hablar con su mujer. No debía postergarlo más.

—Hola, cielo. ¿Te pillo ocupada? —preguntó Javier al responder Núria a la llamada.

—No. ¿Qué ocurre? —se alarmó. Algo grave debía suceder para que la llamara cuando casi nunca lo hacía, y menos en horas de trabajo.

—He pensado que, para celebrar nuestro aniversario, podríamos pasar el fin de semana en un hotel de la costa. Tiene un magnífico *spa* —tanteó con prudencia.

—Si te apetece... —Su voz reveló lo poco que le motivaba la idea.

La última vez que habían hecho una escapada de fin de semana, hacía varios años, él pasó buena parte de los dos días viendo fútbol por televisión. Para colmo, su equipo perdió y estuvo el resto del tiempo de malhumor y acabó con las existencias del minibar, lo que supuso un gasto extra. Por otra parte, había quedado con su hermana para salir de compras el sábado por la tarde y aprovechar para ir al cine. Estrenaban la nueva película de Brad Pitt y habían decidido verla juntas porque a ambas les encantaba ese actor. Ahora tendría que llamarla para posponer la salida y, para cuando pudieran volver a reunirse, ya habrían retirado la película de cartel.

—Estupendo. Prepárate porque va a ser movido —insinuó Javier con una enigmática risita.

«Si por fin de semana movido entiende echar un polvo rápido por la mañana antes de desayunar y pasar el resto del día en la tumbona de la piscina, si la hay, o en la habitación viendo la tele, no es para dar saltos de alegría», se dijo Núria. Tampoco quería aguarle la fiesta porque parecía muy contento con la idea y sabía que estaba sometido a mucho estrés en el trabajo desde hacía tiempo. Se llevaría lectura interesante para no aburrirse demasiado.

—Estoy deseando que llegue —respondió. Se esforzó por parecer entusiasmada, aunque temía que no lo había conseguido.

Núria colgó el teléfono con un suspiro de resignación. Amaba a Javier y no deseaba romper

su matrimonio, pero reconocía que la relación entre ambos se había convertido en una triste parodia de lo que en un principio fue.

El deseo sexual por su marido se había esfumado y dudaba de que volviera a prender la chispa que se mantuvo encendida durante los primeros años. Y, aunque le costaba renunciar a la pasión de la que antaño disfrutó con él, se consolaba pensando que tenían otras cosas para compartir. Para aplacar su apetito sexual, que no había disminuido desde entonces, echaba mano de las fantasías y de sus juguetes, que tan bien cumplían con su cometido.

No obstante, se sentía frustrada y por varias razones. Por una parte, le entristecía reconocer que disfrutaba más en esos momentos a solas que haciendo el amor con su marido y, al mismo tiempo, se deprimía al comprender que esas fantasías que poblaban sus sueños lúbricos nunca se harían realidad; y, por último, le humillaba el tener que recurrir a tales medios para aliviar la tensión sexual que acarreaba desde hacía tiempo.

Con aquellas evasiones no engañaba a Javier, se repetía para acallar su conciencia culpable; si acaso, se engañaba a sí misma por no tener el valor de confesarle sus más íntimos deseos y hacerlos realidad con él, el hombre al que amaba.

Marcó el número de su hermana y espero.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —La voz de Julia se escuchó algo fatigada.

Núria dedujo que se encontraba en el gimnasio. Su hermana era asidua a estos «centros del sudor», como ella los llamaba, más para recrearse la vista que por necesidad, aparte de para aliviar la monotonía. Eso de tener una asistenta que se encargase de realizar todo el trabajo en la casa dejaba mucho tiempo libre. Como su hijo se quedaba a comer en el colegio y regresaba a casa a media tarde, al igual que su marido, algo tenía que hacer para que las horas pasasen sin morir de tedio.

—Más relajada que tú, por lo que observo. Seguro que estás mirando embobada el trasero a algún tío de buen ver.

Julia soltó una risita. Su hermana parecía adivinar sus pensamientos. Por algo eran mellizas.

—No vas desencaminada, aunque no está tan bueno como él se cree. Es el típico «pavo real» que tanto abundan por estos sitios. Pero, dime, ¿qué querías?

—Tenemos que cancelar lo del sábado —anunció con acento pesaroso.

—¿Por qué? ¡Llevamos días planeándolo! —exclamó Julia con fastidio. No le gustaba cambiar de planes a última hora. Había cancelado una cita en el centro de estética, donde la lista de espera era kilométrica, por acompañar a Núria. Sabía que su hermana estaba pasando por un mal momento anímico y quería animarla. Una tarde de chicas, en la que disfrutar de las compras, los chismorreos y una película con su amor platónico de protagonista, era un buen chute de optimismo.

—Javier ha decidido que celebremos el aniversario con un fin de semana en un *spa*, y me ha dado pena decirle que no me apetecía. Parecía muy ilusionado.

—Pensaba que prefería ir al fútbol. El Barça juega en casa este sábado. —Su marido no se perdía un partido, ya jugara dentro o fuera de casa, y a ella le venía de perlas porque aprovechaba para darse algunos caprichos sin sentirse culpable de vaciar la tarjeta de crédito.

—Yo también lo pensaba. No sé a qué se debe tanto interés. Llevamos años sin celebrarlo y, para colmo, no son ni las bodas de plata. —El resoplido pesaroso que emitió fue muy significativo.

—Resignación, niña. Lo mismo tiene cargo de conciencia por alguna travesura que ha hecho, o piensa hacer, y cree que de ese modo te compensa; aunque yo preferiría un anillo de

brillantes u otra joya por el estilo, que son más duraderas —opinó. Era lo que Manel, su marido, hacía y a ella no le parecía mal.

—Tú siempre tan agorera, guapa —refunfuñó. Pero su hermana tenía razón. ¿Y si quería comunicarle algo que no le iba a gustar y lo adornaba de aquella forma para que el impacto fuese más leve? ¿Lo habrían despedido del trabajo? ¿Quería pedirle el divorcio?

«¡Qué largos se me van a hacer estos dos días!», presagió.

# CAPÍTULO 13

Tus muslos como la tarde  
van de la luz a la sombra.  
Los azabaches recónditos  
oscurecen tus magnolias.  
Aquí estoy, Lucía Martínez.  
Vengo a consumir tu boca  
y arrastrarte del cabello  
en madrugada de conchas.  
Porque quiero, y porque puedo.  
Umbría de seda roja.

**Federico García Lorca**  
*Lucía Martínez (fragmento)*

Con un ligero retraso sobre la hora prevista, Tania acudió a su cita con Jana en un selecto restaurante del *carrer* de Balmes.

Había tardado casi una hora en solucionar el encargo del cliente, tras leer las especificaciones que indicaba en el formulario enviado pocos minutos después de la conversación telefónica.

No pedía nada inusual. Que el acompañante fuese atractivo, discreto y estuviera dispuesto a dar a su mujer un masaje erótico, o lo que surgiera, con la única condición de que él estuviese presente.

Tania conocía bien el carácter y las habilidades de sus empleados y no tardó en seleccionar a tres que reunían los requisitos exigidos por el cliente. Tuvo que ponerse en contacto con ellos para asegurarse de que estaban libres en la fecha indicada y recordarles que, al haber sido incluidos en una preselección, debían estar disponibles por si la persona interesada deseaba contactarles con anterioridad. Tras ello, envió el informe al cliente con los datos y fotografías de los seleccionados para que eligiera el que cumplía mejor con sus expectativas.

Todo ello le había llevado más tiempo del que pensaba, de ahí su retraso. Espera que Jana no estuviese enfadada.

Entró en el local y la vio sentada en la barra charlando con un hombre que la devoraba con los ojos. Sonrió para sí. Su amiga sabía sacar provecho de cualquier situación.

Cuando Jana la vio dirigirse hacia ella, le dedicó una deslumbrante sonrisa con la que solía cautivar a todos los que la miraban.

—Disculpa, Jana. Ya sabes que el tráfico a esta hora es mortal —se excusó Tania, al tiempo que la besaba en la mejilla.

—No te preocupes, cariño. He estado bien acompañada. Te presento a Cosme, un nuevo gran amigo —dijo, y señaló al hombre que estaba a su lado.

—Es un placer, señorita...

—Tania. Encantada. —Apretó la mano que le ofrecía.

—¿Nos disculpas, querido? Tenemos importantes temas que tratar y poco tiempo. Ya tienes

mi número, llámame cuando te apetezca y quedamos —sugirió al hombre, que no se veía con ganas de abandonar tan placentera compañía.

—Por supuesto que te llamaré, esta misma tarde. Me marchó mañana y me gustaría verte otra vez —respondió, mirándola con rendida admiración.

—Será estupendo charlar otro ratito contigo —le aseguró Jana con sensual acento, y deslizó la mano por su brazo de forma seductora.

Con un beso en la mano de Jana y una leve inclinación de cabeza dedicada a Tania, Cosme se marchó.

—¿Un nuevo cliente? —preguntó Tania.

—Sí, aunque él aún no lo sabe —respondió Jana con picardía.

Tania rio. Jana no dejaba de asombrarla con su astucia y su sentido del humor.

Un camarero las acompañó a la mesa reservada, en un discreto rincón. Tania lo había pedido expresamente. Prefería evitar que alguien escuchase la conversación que iba a mantener con su amiga.

—Y bien, tú dirás a qué se debe esta grata sorpresa. Si no recuerdo mal, hacía varios meses que no nos veíamos. —El leve acento de reproche no pasó desapercibido a Tania.

—Disculpa, Jana, estoy muy ocupada. Desde que Anna cogió la baja por maternidad, ando de cabeza. Las ayudantes que me mandan no desarrollan ni una mínima parte de su trabajo, y este aumenta cada día.

—Me alegro de que te vaya tan bien —dijo con sinceridad. Apreciaba a Tania, a la que conocía desde hacía varios años, y valoraba su espíritu emprendedor y su gran profesionalidad; aparte de que era de las pocas personas que no la juzgaban por su trabajo y con las que podía ser ella misma.

—Gracias. De eso quería hablar contigo.

—¿Quieres que evalúe a otro candidato? No era necesario quedar a comer. Podrías habérmelo pedido por teléfono. Aunque me alegro de que nos veamos. Sabes que me gusta charlar contigo.

—Puede que te necesite para dentro de unos días, pero no solo se trata de eso —le adelantó Tania algo sonrojada.

Jana sonrió. Su amiga continuaba siendo una mojiata. No comprendía cómo podía llevar un negocio como el suyo.

—¿Entonces...? —la animó.

—Quiero hacerte una propuesta.

En ese momento, llegó el camarero y ambas eligieron platos de la carta. Tania insistió en acompañar la comida con un buen vino.

—Me tienes intrigada. ¿Cuál es esa proposición tan misteriosa? Si lo que deseas es iniciarte en las delicias lésbicas, te aseguro que no podrías haber elegido una compañera de juegos mejor, según me aseguran todas mis amigas —dijo sin falsa modestia.

Tania no dudaba de las habilidades amorosas de Jana, aunque a ella nunca le habían atraído esas prácticas. Con todo, y si alguna vez se decidía a probarlo, pensaría en la mujer que tenía delante. Sin afán morboso, reconocía que era muy atractiva y con una gran inteligencia, lo que la hacía más seductora a sus ojos.

De altura considerable y voluptuosas curvas que ella se encargaba de realzar con el ajustado vestido de amplio escote que la cubría, era difícil no reparar en Jana. Acompañaban a su magnífica figura unos rasgos casi perfectos, que parecían haber sido rediseñados por un buen

cirujano plástico, o eso pensaba Tania. Aquella bonita nariz, los pronunciados pómulos y los voluminosos labios pintados de un rojo vivo eran más propios del bisturí que de la naturaleza. Aun así, su rostro resultaba bello sin parecer una máscara y atraía todas las miradas, tanto de hombres como de mujeres; en especial aquellos ojos oscuros de mirada sagaz y la larga y cuidada melena de un rubio trigueño, que completaban el atrayente conjunto.

Pero lo mejor de Jana era su carácter. Inteligente, culta y con un humor tirando a cínico que hacía las delicias de todos los que conversaban con ella. Además, era una excelente profesional, como demostraba la larga y exclusiva lista de clientes fijos que tenía.

Tania se preguntaba por qué perdía el tiempo trabajando para ella cuando ganaba más con uno solo de sus «amantes». Pero, mientras continuase aceptando colaborar con la agencia, le estaría muy agradecida.

—No se trata de eso, aunque puede que reconsidere tu ofrecimiento en un futuro —insinuó Tania, y le guiñó un ojo.

Jana sonrió. Era consciente de que su amiga no se planteaba tener una relación sexual con otra mujer y lo lamentaba. Se consideraba bisexual, y por ello disfrutaba de las relaciones con otras mujeres. Con Tania lo haría, sin duda, y mucho. Desde que la vio por primera vez, sintió una gran atracción por ella; y ese sentimiento no la había abandonado, aun sabiendo que no estaba interesada.

—Cuéntame entonces. No puedo aguantar tanta expectación —bromeó Jana.

—Se trata de una proposición de negocios.

—¿Negocios? Eso es interesante. Tú dirás...

—Verás, la agencia va muy bien. Cada vez tenemos más encargos y ello supone mucho trabajo. Es demasiado para mí sola, por lo que he pensado en contratar a alguien que me ayude a llevarla y que se encargue de parte de nuestra clientela; en concreto de los particulares que solicitan los servicios de acompañantes. Confieso que es un tema que comienza a sobrepasarme —admitió Tania.

—¿Y eso?

—Me avergüenza admitirlo, pero lo que la mayoría viene buscando son gigolós. Pierdo mucho tiempo rechazándolos o informando a los posibles clientes de que nosotros no ofrecemos esos servicios y de que tienen que negociar con el seleccionado, en caso de que se decidan. Algunos de mis colaboradores, y otros seguro que lo callan, me confiesan que les han hecho ofertas directamente, prescindiendo de los servicios de la agencia, después de haber rechazado mediar con nosotros, lo que me fastidia porque invierto tiempo en seleccionar al candidato adecuado para nada.

A Jana no le extrañó. Era obvio que las mujeres que contrataban un acompañante no se iban a conformar con llevarlo a cenar y tomar una copa, lo que ocurría era que les costaba admitirlo. En eso los hombres eran más sinceros y no se andaban con rodeos, aunque algunos disfrutasen de los prolegómenos. También entendía que muchos clientes no quisiesen pagar las tasas de la agencia cuando solo deseaban recibir un servicio sexual, que tendrían que pagar aparte. Resultaba complicado y entendía que su amiga se quejase, aunque debió advertir desde el primer momento que esos casos se darían y diseñar una estrategia para solventarlos.

—Pensaba que te desenvolvías bien con esa parte del negocio.

—Lo hacía al principio, pero este tipo de usuarios aumentan día a día y originan muchos problemas. También requiere una gran dedicación y mucho trabajo durante el periodo de formación de los empleados. Ya sabes que no todos tienen las mismas cualidades. Algunos son

como un diamante en bruto que debo pulir; me mantienen muy ocupada y me impiden centrarme como quisiera en la parte dedicada a la publicidad y eventos sociales, que deja grandes beneficios y no ocasiona tantas complicaciones.

—Suprime el servicio a particulares si no es rentable —propuso Jana.

—Lo es, y mucho. Da buenos beneficios, y atrae a clientes para otras secciones. Por otra parte, hay una buena cantidad de clientas que confían en la agencia y no soy capaz de privarlas de esas prestaciones.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que quieres proponerme? —intuía lo que Tania iba a pedirle, pero mejor escucharlo de su voz.

—Necesito una persona que se haga cargo de esa parte del negocio para que yo pueda dedicarme al resto. Tengo varios proyectos que no puedo realizar por falta de tiempo, y eso me frustra; como llevar la representación artística de algunos empleados que están destacando en el mundo de la publicidad y crear una academia de formación en la que se impartan cursos de protocolo, modelaje... Mi idea es que «A su servicio» se englobe dentro de una empresa mayor, que tendrá varias divisiones bien delimitadas. Tú te encargarías de esa en concreto.

—¿Y por qué me lo propones a mí? Ya sabes que no tengo estudios relacionados con finanzas ni experiencia en llevar un negocio. El mío, si se le puede llamar así, no necesita tanta planificación.

—No tendrás experiencia, pero te considero muy capacitada para el trabajo. Eres discreta, amable, una mujer de mundo, con experiencia en relaciones sociales y emocionales, muy capaz de comprender y valorar las necesidades de nuestros clientes y de buscar la mejor solución para ellos. Es lo que yo vengo haciendo hasta ahora, si bien considero que tú estás más capacitada, y no solo por tus estudios de psicología. Recuerdo que me comentaste en una ocasión que estabas pensando en abandonar la profesión, ¿no es cierto? Te ofrezco la excusa perfecta para hacerlo y continuar ganándote la vida, o compaginar las dos cosas si lo deseas.

Jana valoró la oferta de Tania durante unos segundos. Era muy atractiva y, sobre todo, le permitiría dejar la prostitución o reducirla a los que atendía desde hacía muchos años y se habían convertido en íntimos amigos. Estaba cansada de lidiar con cabrones que la trataban como un objeto o con viciosos que podrían transmitirle alguna enfermedad. No estaría mal cambiar de profesión, y lo que Tania le ofrecía era una opción interesante.

Tania la observaba intentando adivinar cuál sería su decisión. Esperaba que aceptase. No conocía una persona mejor para hacerse cargo de sus chicos de compañía.

—Me parece interesante tu propuesta, querida. A ver si eres capaz de convencerme con el tema económico —admitió Jana con sonrisa guasona.

Tania también sonrió, pero con alivio.

—Seguro que lo soy; escucha y verás.

Una hora más tarde, habían llegado a un acuerdo. Jana aceptó el ofrecimiento de Tania, que le pareció muy ventajoso, y empezaría a trabajar en la agencia a la semana siguiente. Ambas se sentían complacidas por el acuerdo y contentas de colaborar más estrechamente, lo que reforzaría su amistad.

# CAPÍTULO 14

El mundo está lleno de esos seres incompletos que andan en dos pies y degradan el único misterio que les queda: el sexo.

**David H. Lawrence**

A la salida del restaurante, ambas se despidieron y tomaron direcciones opuestas: Tania regresó a su casa-oficina; y Jana, al apartamento que ocupaba en una de las calles más distinguidas de la ciudad. Esa noche tenía trabajo y quería descansar un rato. Era el cumpleaños de uno de sus habituales y había decidido hacerle un regalo. Conociéndole, sabía que la fiesta duraría varias horas.

Cuando iba en el taxi, sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Jana, soy Cosme. ¿Me recuerdas? —preguntó con una risita.

—Claro que sí, cariño. Me alegra escucharte. Dime, ¿qué deseas?

—Me gustaría verte. ¿Podría invitarte a cenar? Ya te comenté que me marchó mañana y hasta dentro de unos dos meses no regreso a Barcelona.

—Lo siento mucho, querido, es imposible; tengo una cita para esta noche que no puedo anular.

—No sabes cómo lo siento. Tenía tantas ganas de volver a verte...

Su tono apesadumbrado conmovió a Jana.

—Bueno, si no estás ocupado en este momento, podría hacerte una visita. Ya he acabado de comer con mi amiga y tengo libre hasta las nueve.

—¡Eso sería estupendo! —dijo entusiasmado—. Cancelo ahora mismo la copa que iba a tomar con un amigo y quedamos donde quieras.

—En tu hotel estaría bien. Así tendremos más intimidad. Hay un montón de cosas que me gustaría hacerte, aparte de charlar —sugirió con tentadora voz.

—Vaya, ¡qué interesante! ¿Y en qué estás pensando? —preguntó tras unos segundos, cuando se repuso de la conmoción. Desde luego, no esperaba ese tipo de proposición.

—Entre otras cosas, me gustaría tumbarte en la cama y recorrerte enterito con la lengua. ¿Te gustaría?

—Ummm... Seguro que me encantaría. ¿Algo más? —le siguió el juego encantado.

—Claro, cielo. Me metería tu gran bate de béisbol en la boca y te haría disfrutar como un loco. Eso seguro que te gustaría más.

Jana advirtió que el taxista la miraba estupefacto por el espejo retrovisor.

—No lo dudes. Es una de las cosas que más me gustan. ¿Y podría follarte? —Su voz sonaba muy alterada, fruto de la excitación que ya estaba sintiendo.

—Cómo no; y por donde más te apeteciera. Soy muy complaciente. ¿Por dónde te gustaría? ¿Por mi culito? —insinuó con un ronroneo seductor.

El taxista emitió una tosecilla ahogada y Jana sonrió.

—Por ahí me gustaría mucho —admitió Cosme. Parecía que tenía dificultades para respirar.

—Me lo imaginaba, cariño. Claro que eso te costará algo más. No soy una chica barata,



¿entiendes?

La voz al otro lado del teléfono enmudeció. Jana imaginó que no se le había pasado por la mente que ella era una prostituta y el polvo no le iba a salir gratis.

—¿Cuál es tu tarifa? —preguntó al final. De su voz había desaparecido cualquier rastro de exaltación.

—Seguro que te lo puedes permitir, cielo. ¿Me das la dirección del hotel?

—Me alojo en el Continental, habitación 508 —indicó tras unos segundos.

—Perfecto. En quince minutos, estaré allí.

Jana colgó y le dio la nueva dirección al taxista. Reconoció que no había estado muy acertada en concertar la cita con Cosme teniendo en cuenta que esa noche trabajaba, pero le había enternecido su voz anhelante. Esperaba que no le llevara demasiado tiempo y pudiera descansar unas horas antes de acudir a la siguiente.

¿Por qué continuaba buscando nuevos clientes? Tenía un empleo y ya no lo necesitaba para ganarse la vida. Podía prescindir de ello o espaciarlos un poco. Pero había muchas razones que lo explicaban: la principal era que le gustaba el sexo en casi todas sus modalidades, el deseo que despertaba en sus clientes y el poder que ello le confería. Cuando entraba en la habitación de un hotel, ella era la que mandaba. Y esa sensación era embriagadora, difícil de superar con cualquier otra.

Podía permitirse estar en activo varios años más si se dedicaba a sus clientes fijos, a los que no quería abandonar porque eran grandes amigos. Tampoco le vendría mal ese dinero. El centro de educación especial donde estaba ingresado su hijo le suponía un buen desembolso mensual y, por mucho que pudiese ganar en la agencia, no creía que le sobrara demasiado. Todo lo que ahorrara le vendría bien. Tenía que asegurar el futuro de la persona que más quería, ya que él nunca podría hacerlo por sí mismo.

—Ya hemos llegado —avisó el taxista.

Jana aparcó sus tristes pensamientos e ignoró la mirada reprobatoria que el hombre le dirigía. Pagó y bajó del taxi. Sin demorarse, entró en el hotel y se dirigió a los ascensores. Mientras subía, se retocó el maquillaje y vertió, entre los pechos y junto a las ingles, unas gotas de Chanel nº 5 del frasquito que llevaba en el bolso. Ya delante de la habitación, se recolocó el escote del vestido para mostrar algo más de sus turgentes pechos y ahuecó la brillante melena.

Llamó. La puerta se abrió casi de inmediato.

—Hola, cielo. ¡Cuánto tiempo sin verte! —saludó Jana con su sonrisa más cegadora.

—Entra.

Él se apartó para dejarla pasar y, cuando lo hizo, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Jana lo miró perpleja.

—No quiero molestas interrupciones —explicó Cosme con rostro serio. Se acercó a ella y descargó la mano con violencia sobre su rostro.

Jana se tambaleó por el golpe, mareada y anonadada.

—¿Qué haces?! —exclamó furiosa—. Si te va el juego sádico, te advierto que no es lo mío. Me marcho.

Se encaminó hacia la puerta, pero él la cogió de un brazo y la tiró sobre la cama con violencia.

—Nada de eso, puta. Tú no vas a ninguna parte hasta que termine contigo. Y te advierto que tarde en cansarme.

Jana intentó levantarse y él le propinó otra bofetada que volvió a tumbarla. Le dio la vuelta

y le ató las manos a la espalda con una corbata que tenía sobre la cama. Ella intentó liberarse. Luchó dando patadas y gritando, lo que le valió nuevos golpes. Cuando la tuvo inmovilizada, le metió un calcetín en la boca y lo aseguró, atándole un pañuelo a modo de mordaza.

Los gritos de Jana apenas eran audibles. Sus ojos expresaban el pánico que sentía. Solo en otra ocasión había vivido una situación similar: al comienzo de su carrera, cuando ejercía su profesión en las calles. Dos desalmados la cogieron, le robaron, estuvieron violándola durante varias horas y la dejaron abandonada en un descampado. Se juró que nunca volvería a ocurrirle y, aparte de algún pequeño contrat tiempo que pudo solucionar sin riesgos, así había sido.

Era muy selectiva con su clientela y, ante el menor síntoma de depravación o violencia, cancelaba el servicio y se marchaba; por eso no se explicaba cómo se había equivocado tanto con el bonachón de Cosme. Su rostro mofletudo y sonrosado le daba un aspecto inocente, así como la mirada de rendida adoración que le dedicó durante los quince minutos que estuvo esperando a Tania en el restaurante. Pero todos podemos ocultar a un demonio dentro que se libera a la menor ocasión.

—Ahora vas a saber lo que opino de las putas que intentan engañarme haciéndose pasar por señoritas. Se te van a quitar las ganas de engatusar a otro con malas artes. De mí no se ríe nadie, ¿entiendes?, y menos una de tu calaña —la amenazó con voz iracunda.

Esquivó con habilidad las patadas de ella y le subió el vestido hasta la cintura para, a continuación, sacarle las bragas a tirones. Respiraba con dificultad a causa del esfuerzo y sudaba copiosamente. A pesar de su baja estatura y de que le sobraban algunos kilos, su fuerza era considerable. Y, en esos momentos, se veía aumentada por la cólera que le dominaba.

Jana sabía que sería inútil resistirse. Si lo hacía, solo conseguiría agravar su situación, por lo que se preparó para soportar con valor las vejaciones que decidiera infringirle y marcharse de allí lo antes posible sin ningún traumatismo grave.

Cosme se quitó los pantalones y el calzoncillo y su excitado miembro emergió amenazante. Le agarró un pie y la arrastró hasta el borde de la cama, dejando las piernas colgando; de esa forma, su trasero quedó bien expuesto. Le propinó varios contundentes azotes en los glúteos antes de colocarse detrás de ella.

Jana cerró los ojos. Sabía lo que iba a venir a continuación y se preparó para el dolor que le provocaría. Pero, por mucho que se hubiese preparado, el dolor la superó y gritó al tiempo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Él la cogió del pelo y le levantó la cabeza para que lo mirara mientras embestía de forma salvaje entre risas y jadeos. Con un último gruñido, más potente que los anteriores, eyaculó y se desplomó sobre ella, aplastándola con su peso.

Jana sintió que se asfixiaba bajo el enorme cuerpo del hombre. Con esfuerzo, se movió hasta que consiguió que él se apartara y rodara hasta la cama. Aprovechó el adormecimiento que le sobrevino tras el orgasmo para intentar levantarse, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo.

—¿Dónde vas, puta? —dijo Cosme al verla. Se levantó y la emprendió a patadas con ella.

Jana se retorció de dolor. Sentía verdadero pánico. Ese hombre estaba loco y lo creía muy capaz de matarla. Cerró los ojos e intentó protegerse el rostro. Comenzó a rezar con auténtico fervor, como no hacía desde que le suplicó a Dios que su hijo saliera de aquella terrible enfermedad sin secuelas y Él no le respondió.

Los golpes cesaron y Jana lo oyó caminar por la habitación. Una puerta se abrió y, a continuación, escuchó el sonido del agua corriendo. Imaginó que iba a ducharse. Miró en todas direcciones buscando algo que pudiera ayudarle, alguna salida. Sus ojos repararon en una maleta de grandes dimensiones que estaba en el suelo, muy cerca de ella. Las ruedas tenían un

componente de metal que podría romper lo que le trababa las manos.

Al moverse, sintió como si varias puñaladas le atravesaran el cuerpo, pero no se detuvo. Reptó hacia la maleta y se colocó de espaldas para frotar las manos atadas contra el canto cortante. Se desesperó al comprobar que, tras varios segundos, las ataduras no cedían. El sonido del agua cesó y Jana retomó con nuevos bríos lo que estaba haciendo. Cuando comprobó que las ligaduras cedían un poco, forcejeó hasta que consiguió la holgura suficiente para sacar una de las manos.

Una vez que las tuvo libres, intentó ponerse de pie. A pesar del dolor que sentía, lo consiguió. Sin perder más tiempo, cogió el bolso y se lanzó a la puerta. Había perdido uno de los zapatos en el forcejeo. No se entretuvo en buscarlo y se desprendió del otro. Tenía que salir de allí antes de que él se diese cuenta de su huida.

—¡Serás cabrona! —exclamó Cosme al verla maniobrando para abrir la puerta.

Se lanzó tras ella y consiguió cogerla del pelo. Le propinó un fuerte tirón que provocó un alarido en Jana. Pero aguantó el dolor, se revolvió y le golpeó con el bolso en el rostro. Él dio un traspié, cosa que ella aprovechó para abrir la puerta y salir al pasillo.

Cosme fue a seguirla y desistió al advertir que estaba desnudo. Volvió a entrar en la habitación, maldiciendo. No quería verse envuelto en un escándalo por una puta; ya le había dado su merecido. «Se lo pensará dos veces antes de enredar a otro», se dijo con satisfacción.

Jana corrió por el pasillo hacia las escaleras de emergencia. Cuando llegó, miró hacia atrás y comprobó que él no la seguía. Respiró algo más tranquila y entró. Allí se quitó la mordaza de la boca e intentó recomponer su apariencia lo mejor que pudo. Aunque imaginaba que no iba a seguirla, no quería demorarse.

Le costó un gran esfuerzo bajar las escaleras. Cada paso era una tortura para su maltratado cuerpo. Consiguió llegar hasta la planta baja y, oculta, observó por si Cosme estaba aguardando en la recepción. No lo vio y reunió fuerzas suficientes para atravesar el vestíbulo del hotel, que estaba casi desierto a esas horas, y salir a la calle.

Tomó el primer taxi que pasó libre y le dio la dirección de su casa. Cuando se puso en marcha, se tapó la cara con las manos y estalló en un inconsolable llanto.

# CAPÍTULO 15

Me gustas cuando tiembles porque estás como intacta  
y me adentro en tus sueños y mi voz te desborda.  
Parece que penetren hormigas por tu cuerpo  
y parece que el aire te quitase la ropa.

**Pablo Neruda**  
*Poema erótico (fragmento)*

Un suspiro se le escapó a Tania al ver a Max esperando junto al coche. Tenía que reconocer que era un hombre muy atractivo. Siguiendo su sugerencia, llevaba un elegante esmoquin que le sentaba como un guante. La blanca camisa hacía destacar su piel bronceada y la pajarita negra enmarcaba su cuadrada mandíbula y su audaz barbilla, en la que destacaba un profundo hoyuelo que suavizaba el clasicismo de sus rasgos. Las espesas cejas negras sobre los rasgados ojos oscuros contribuían a que el conjunto de su rostro hiciese suspirar a toda mujer que se cruzara con él.

Las clientas se pelearían por contratar sus servicios, estaba convencida. La imagen de Max en íntimo abrazo con una mujer le provocó rechazo, algo que no le había sucedido con ninguno de sus empleados. Prefirió no detenerse a analizarlo.

«Ya está bien de pensar en él. No es el único hombre guapo que se te cruza por el camino», se regañó con decisión. Le había dedicado demasiado tiempo durante el día y, aunque le costase ignorar esa sensación de efervescencia que le provocaba el estar a su lado, no iba a permitir que continuase ocupando sus pensamientos el resto de la velada. Si no lograba controlar sus emociones, tomaría una rápida decisión y eso podría llevarla a cometer un error.

—¿Merezco un aprobado, señora? —preguntó Max con desvergonzada sonrisa, consciente del somero escrutinio al que lo había sometido.

—Yo te daría un notable alto, sin duda —juzgó divertida—. ¿Has alquilado el esmoquin?

—No he tenido necesidad. Me lo ha prestado un buen amigo.

—Si piensas dedicarte a este trabajo, deberás adquirir un vestuario adecuado. Las clientas valoran esos detalles —le indicó Tania.

—Lo tendré en cuenta.

—¿El coche es tuyo?

—No, es de mi amigo. Estoy cuidándole la casa porque él se encuentra en el extranjero —confesó con perceptible azoramiento.

«Misterio resuelto», pensó Tania. Ahora entendía esa sensación de falta de transparencia y las incongruencias que había detectado en la cita anterior. Max le estaba ocultando que vivía de la caridad de su amigo. ¿Sería cierto el resto de lo que contaba?

Max la recorrió con la mirada sin disimulo.

—¿Me permites decirte que estás muy guapa esta noche? —dijo. El destello de deseo que mostraban sus ojos se encargaba de corroborarlo.

—No es necesario que me adules. Eso no va a conseguir que suba la nota —le rebatió Tania con gesto serio, aunque sus palabras le habían provocado una inusitada complacencia.

Con un elegante traje de noche en color negro, que dejaba al descubierto parte de sus generosos pechos, y el brillante cabello oscuro peinado en un favorecedor recogido, Tania estaba arrebatadora y ella lo sabía. De hecho, se había pasado varias horas arreglándose para causar ese efecto; cosa que prefería no admitir.

—No pretendo adularte. Es más, creo que nunca he sido más sincero en mi vida.

Tania suspiró, con lo que quiso revestirse de una imperturbabilidad que no sentía. No iba a dejar que sus piropos la alteraran.

—Max, olvida que soy la persona que te está examinando y hazte a la idea de que soy una clienta que te ha contratado para acompañarla durante la velada. Si te comportas con naturalidad, todo irá bien —le aconsejó.

—¡A sus órdenes! —exclamó. Se puso firme y se llevó la mano derecha a la frente en un perfecto saludo militar antes de abrirle la puerta del coche.

Tania puso los ojos en blanco ante ese gesto. Estaba visto que no se tomaba en serio la situación.

Cuando llegaron al Liceo, Max la dejó a la entrada y él buscó aparcamiento. A los pocos minutos, se reunió con ella y entraron en el bello edificio. Tania le dio las entradas y él se ocupó de buscar sus asientos. Se acomodaron en el patio de butacas y, en pocos minutos, se inició la representación.

Tania, que ya había estado en otras ocasiones, volvió a maravillarse con la belleza del recinto. Observaba con disimulo a su acompañante, que parecía estar disfrutando, sin dar en ningún momento muestras de aburrimiento o impaciencia.

En el entreacto, se dirigieron al bar para tomar una copa. Ella saludó a unos conocidos y les presentó a su acompañante como un amigo. Max mostró en todo momento una desenvoltura y corrección que le hizo sentirse orgullosa de tenerle a su lado.

—¿Habías estado aquí con anterioridad? —preguntó Tania. Adivinaba la respuesta.

—Varias veces. Soy un gran amante de la música. Vaya, lo siento; creo que se me olvidó ponerlo en el currículum. —El gesto pícaro de su rostro implicaba que no lo sentía en absoluto y que lo había hecho adrede.

—Sí, se te olvidó. Creo que has olvidado incluir muchas cualidades... y todos los defectos —puntualizó Tania medio en broma. No podía enojarse con él cuando la miraba con ese brillo cautivador de sus ojos azabache.

—¡Culpable! —exclamó Max, y la premió con otra sonrisa que hacía resaltar el hoyuelo de su barbilla—. No, en serio; me pareció más correcto que los fueras descubriendo por ti misma.

—No te quepa duda. Soy muy buena detectándolos. En realidad, ya he descubierto algunos.

—¿Sí? ¡Qué decepción! Estaba convencido de que había logrado ocultarlos —se quejó con comicidad.

—Eres muy hábil, aunque no tanto como yo. Recuerda que es mi trabajo. Estoy acostumbrada a observar.

—Veo que aprovechaste bien ese máster en Estados Unidos sobre recursos humanos —señaló. Y, ante la cara de incredulidad de ella, explicó—: He curioseado un poco por aquí y por allá, y he descubierto cosas muy interesantes. Ya sabes, todo es posible en internet.

—No me sorprende que aparezcan datos sobre mí porque no los oculto, lo que sí me sorprende es que hayas perdido el tiempo buscándolos. —No parecía decepcionada por ello, aunque sí recelosa. ¿A qué vendría tanta curiosidad? Esa mañana había estado sonsacando información sobre la agencia a Montse y ahora descubría que la había investigado a ella.

—Deformación profesional, imagino. Los escritores tenemos la costumbre de documentarnos de forma exhaustiva. En este caso, no podía hacer una excepción con la persona para la que voy a trabajar —se justificó.

—Eso aún no está decidido —le recordó Tania, y emitió una risita ante el cómico gesto de fastidio que mostraba su rostro.

Comenzó el segundo acto y volvieron a la sala. Tras terminar la representación, Tania le pidió que la llevara a algún lugar para tomar una copa.

—¿Te apetece algo tranquilo o más bullicioso? —preguntó Max, mientras se dirigían al coche.

—A estas alturas, tendrías que saber lo que me apetece. Un buen acompañante estudia el carácter de su clienta y deduce sus gustos sin necesidad de preguntarle. Al decirte que me gustaría tomar una copa, deberías responder que conoces un lugar que me fascinará, convencido de que vas a acertar porque has prestado atención y estás al tanto de mis preferencias.

—¿Tan importantes son esos detalles? Quiero decir, ¿no sería mejor que ella eligiera, ya que es la que paga?

—Lo es. Piensa, por ejemplo, en una mujer que está todo el día tomando decisiones en su trabajo y contrata a un acompañante. Lo normal es que quiera relajarse y espera que le facilites la tarea decidiendo por ella en esas pequeñas cosas. Si no fuera ese el caso, se limitaría a decirte dónde quiere ir.

—Está bien, puede que lleves razón. A ver... Creo que prefieres un lugar tranquilo, con buena música, y en el que sirvan deliciosos combinados. Y, a ser posible, con bonitas vistas —aventuró, y la miró con expectación.

—Sí. Algo así prefiero.

—Pues vamos allá. Conozco el lugar perfecto.

Max condujo hasta el muelle olímpico donde se encontraban varios establecimientos de las características que había descrito. Eligió uno con música *chill out* y una estupenda panorámica del puerto iluminado.

Sentados en una zona algo apartada, Max preguntó antes de que llegara el camarero:

—¿Debo adivinar lo que deseas tomar o eso ya es una decisión propia?

—Podrías sugerir algo en especial si conoces el local y las especialidades que se sirven, a no ser que ella te haya indicado con anterioridad lo que le apetece tomar. Recuerda: siempre sugerir, nunca imponer.

—Bien, entonces te sugiero que pruebes el *manhattan*, aquí los hacen de una forma especial, al igual que los margaritas. En caso de que no te apetezca tomar alcohol, el pasión está delicioso.

—Probaré el *manhattan*, gracias.

Cuando llegó el camarero, Max pidió un *manhattan* y un pasión para él. Y, ante el gesto de perplejidad de Tania, le aclaró:

—Tengo que conducir y no voy a arriesgarme a ocasionar un accidente o dar positivo en un control de alcoholemia. Me tomo muy en serio mis obligaciones —explicó con fingida seriedad.

Tania sonrió. La inicial desconfianza que Max le había suscitado se iba esfumando con cada minuto que pasaba a su lado. Ya no exhibía ese cinismo y presunción del día anterior. Había comprendido que no llegaría a ninguna parte por aquel camino y estaba rectificando. Se mostraba afable y servicial en todo momento. También parecía haber cambiado el concepto que tenía de ese trabajo y lo valoraba como lo que era realmente: un empleo con mucha

responsabilidad y que requería personas preparadas y motivadas.

Se alegraba de haberle dado otra oportunidad. Su intuición le decía que, de seguir así, se convertiría en el mejor colaborador que había tenido. Y todo ello sin contar con su atractivo y con ese embrujo que desprendía, y del que parecía no ser muy consciente... O lo disimulaba muy bien.

Con un suspiro, se recordó que ella estaba allí para examinarlo, no para dejarse seducir por él.

El camarero llegó con las bebidas. Tania dio un sorbo a la suya e hizo un gesto de aprobación.

—¿Te gusta? —preguntó Max.

—Mucho. Es uno de los mejores *manhattans* que he probado.

—Te avisé —dijo complacido—. Prueba el mío. Te sorprenderá.

Max le acercó la alta copa decorada con dos pajitas y una sombrilla de papel. Tania fue a rechazarla, pero la mirada ilusionada de él la refrenó.

—Ummm... Muy rico. Recomendaré este lugar a mis amistades —admitió. El combinado, una mezcla de zumos con agua de coco, jengibre y miel, estaba delicioso.

# CAPÍTULO 16

En el arte, como en el amor, la ternura es lo que da la fuerza.

Oscar Wilde

Tras unos minutos de silencio, disfrutando de la vista, del limpio aire que llegaba del mar y de la música envolvente de suaves ritmos caribeños que invitaba a la relajación y a las confidencias, Max preguntó:

—¿Es correcto interesarse por temas personales o solo debería hablar del tiempo y cosas por el estilo? —Era una de tantas dudas que le surgían conforme iba conociendo los entresijos de ese trabajo, que en principio imaginó sencillo, y que conforme se adentraba en él le parecía muy complicado. No le extrañaba que Tania fuese tan exigente a la hora de seleccionar a su personal.

—Solo si la clienta se muestra receptiva. Comprobarás que hay muchas a las que les sirve de desahogo el rato que pasan con el acompañante, y les hacen partícipes de sus problemas, sus frustraciones o sus anhelos. En esos casos, él se convierte en una especie de confesor u oyente, nunca un psicólogo que pretenda darle soluciones o consejos que no vienen al caso. Otras, en cambio, prefieren mantener su vida privada al margen y se limitan a los asuntos profesionales, de los que suelen alardear o quejarse, según les vaya. Por último, están las que desean evadirse de su realidad y viven esta experiencia como una aventura en la que pueden ser otra persona y disfrutar de una vida diferente a la que llevan, por lo que evitan cualquier tema personal o profesional y se inventan su propio personaje, que con toda seguridad es el que les gustaría ser.

Tania dio otro trago a su bebida y la saboreó con placer. Volvió a dejar la copa sobre la mesita, miró a Max y continuó con la explicación:

—Tanto unas como otras están en su perfecto derecho de negarse a hablar de cualquier tema y el acompañante no preguntará, a menos que ella le dé pie para hacerlo. La clienta es la que lleva la iniciativa en ese caso y nunca debe sentirse interrogada ni acosada. Hay que tener presente que el acompañante está ahí para eso: hacerle compañía, no para solucionar sus problemas.

—Me parece una tarea complicada. Las mujeres sois un gran acertijo difícil de descifrar — se quejó con teatral gesto. ¿Cómo iba a imaginar lo que pasaba por la cabeza de una mujer cuando la mayoría eran maestras del disimulo?

—No dramatices. Se descubre enseguida de qué tipo son. Es sencillo, no hay que ser un experto. Solo tienes que escuchar, nunca juzgar, como he indicado antes.

Tania tenía la impresión de que él estaba exagerando sus reservas. Su intuición le decía que era, o podía llegar a ser, un gran conocedor del alma femenina. Le hubiera gustado preguntarle a qué se debió la ruptura con sus parejas, pero ella nunca se inmiscuía en la vida privada de su personal. Si le apetecía contárselo, lo escucharía con atención.

—Si tú lo dices... —cuestionó Max poco convencido—. ¿Y puedo hablarle de los míos?

—Solo si pregunta y sin mostrarse agobiante. No es acertado aburrir con los propios problemas cuando están pagando para divertirse. Por lo general, ellas quieren librarse por unas horas de los suyos, no cargar con los tuyos. En este trabajo, al igual que en los demás, los problemas personales se deben dejar en casa para que no afecten al rendimiento.



—¿Quién es capaz de eso? ¡No somos robots! —protestó Max.

—No digo que el acompañante se convierta en un autómatas que ni siente ni padece; no extremes los términos, por favor. Solo digo que no hay que hacerse pesado, y esa es una norma que debe imperar en todos los trabajos, no solo en este. Veo que no acabas de superar los prejuicios que tienes sobre la labor del acompañante —le recriminó.

—Tienes razón. Es que a veces me da la impresión de que son solo trozos de carne preparados para trincar —repuso con desánimo.

—De ningún modo; ya te convencerás de que un acompañante que realiza bien su trabajo puede llegar a ser de gran ayuda para su cliente por la beneficiosa labor que realiza. Por lo que sí suelen interesarse las clientas es por los motivos que inducen al acompañante a dedicarse a una profesión que, a la mayoría de la sociedad, le parece degradante. Esa es una respuesta que se debe llevar preparada y mostrarse educado al darla. No es elegante admitir que se hace por dinero o por sexo, aunque sea cierto. Las mujeres somos muy susceptibles con estas cuestiones y nos gusta que nuestro compañero tenga unos motivos más sensibles o menos prácticos, si quieres llamarlo así, para estar con nosotras que los meramente económicos o la posibilidad de echar un polvo. —Una de las cualidades que Tania más apreciaba en sus empleados era la sensibilidad empática hacia la condición femenina.

—Entonces, ¿hay que mentirles?

Max no estaba de acuerdo con ello. Si una mujer pagaba por su compañía, tendría que ser consciente de que para él era solo un trabajo. Si eso hería su sensibilidad, debería buscar compañía en cualquier lugar de citas o bares en los que podría encontrar hombres bien dispuestos.

—No es eso lo que he querido decir. Se trata de mostrarse amable y considerado. Por otra parte, nunca admito a personas a las que solo les mueve la cuestión material o sexual porque no desempeñarían su trabajo de forma adecuada. Debe motivarles el generoso deseo de ayudar, de servir de apoyo, de paño de lágrimas si es necesario; como un médico o religioso, por ejemplo, que siente la necesidad de ayudar a los demás. Y no deben sentirse ofendidos porque sea ella la que corra con los gastos. Ni el machismo ni las posturas condescendientes tienen lugar en este trabajo, creí haberlo explicado con claridad desde el principio.

—Disculpa, me cuesta comprender algo tan novedoso para mí —admitió. Había llegado a la conclusión de que era un arduo trabajo, y las exigencias de Tania lo hacían más dificultoso aún. Ahora entendía el gran éxito de su empresa y que sus clientas pagaran sin protestar los altos precios; ¡sus chicos eran auténticos héroes!

—Hola, preciosa. Un inesperado placer el verte de nuevo.

La voz masculina les hizo volver la cabeza a ambos. Max observó que Tania palidecía y se envaraba ante el recién llegado. Este se inclinó para darle un beso y ella lo rechazó con firmeza.

—Estás más guapa que la última vez que nos vimos —continuó el hombre, sin acusar el desplante del que había sido objeto.

—¿Qué deseas, Bernat? —preguntó Tania con voz helada. Apenas podía reprimir la rabia que iba creciendo en su interior ante la presencia de la persona que más detestaba.

—Saludarte. ¿Es que ya te has olvidado de los viejos amigos?

El tonillo burlón que acompañaba sus palabras desagradó a Max, que miró a Tania con intensidad.

—Bien, ya lo has hecho. Ahora, márchate y no molestes.

El hombre soltó una risotada y no se movió. Sus ojos tenían un brillo febril, en parte por las

varias copas de más que llevaba, que ni las gafas de gruesos cristales lograban ocultar.

—Qué mal educada te has vuelto. Antes no te mostrabas tan áspera —continuó Bernat en el mismo tono sardónico, con la intención de hostigarla.

—Tú mismo lo has dicho: antes.

La irritación en la voz de Tania alertó a Max de la incomodidad que sentía y decidió intervenir. El inconfundible olor a alcohol que desprendía su aliento confirmaba su estado de semiembriaguez, que podía derivar en un altercado.

No le gustaban los modales de ese tipo. Tampoco su físico resultaba atrayente. Aunque no debía de haber cumplido los cuarenta años, una severa calvicie se había implantado en la parte superior de su cabeza, que él trataba de disimular peinando hacia delante los escasos cabellos que le nacían en la coronilla. Los labios muy finos y las profundas arrugas que marcaban su boca le conferían una agria expresión. El mentón hundido remataba un rostro poco agraciado y sugería debilidad de carácter, que sin duda poseía; a todo ello había que sumar una constitución con tendencia a la obesidad, que se anunciaba en el prominente vientre que tensaba la camisa de forma alarmante.

—Ya ha oído a la señorita. Márchese antes de que yo se lo pida de forma menos educada —le invitó con voz serena y rostro serio.

—¿Y este quién es? ¿Otro de los sementales de tu cuadra? —preguntó Bernat a Tania, sin dirigir ni una mirada a Max—. Veo que ahora los prefieres más maduros. ¿Te has cansado de los yogurines, preciosa? Antes te gustaban mucho.

Tania se puso lívida; lo que no pasó desapercibido a Bernat, y su boca se curvó en una maliciosa sonrisa.

Max, con el rostro tenso y los puños apretados, se levantó y se encaró con él. Su elevada estatura pareció empequeñecer más al otro, que no destacaba en altura.

—Si no desea que le parta la cara ahora mismo, salga de aquí de inmediato —amenazó, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse. Algo muy peligroso bullía en su interior.

Bernat lo miró de forma desafiante durante unos segundos. Fue a replicar, pero la intimidadora advertencia que acompañaba las palabras de Max y su actitud beligerante le convencieron de que hablaba en serio. Consideró más prudente obedecer y se retiró unos pasos, aunque dirigió a Tania una mirada maligna.

—Ya nos veremos, encanto, no lo dudes. Tenemos algunas cuentas pendientes que pienso cobrar —añadió con mal disimulado regocijo.

Si esa zorra pensaba que había acabado con ella, estaba muy equivocada. No sabía con quién se metía. Él le demostraría hasta qué punto podía ser arriesgado desdeñarle, se dijo Bernat, mientras abandonaba el local.

# CAPÍTULO 17

El verdadero paraíso no está en el cielo, sino en la boca de la mujer amada.

**Théophile Gautier**

—¿Te encuentras bien? —preguntó Max a Tania una vez que Bernat se hubo marchado. Le preocupaba la lividez de su rostro. La rabia por haber tenido que aguantar el impulso de castigar a ese impresentable persistía en él.

—Sí, gracias —respondió ella. Apuró su copa y cogió el bolso—. Si me disculpas un momento...

Tania se levantó y Max hizo lo mismo. La vio dirigirse a la barra, preguntar algo al barman y encaminarse en la dirección que le había indicado.

—La cuenta, por favor —pidió Tania al camarero cuando regresó.

—¿Nos marchamos? —Era innecesario preguntar. Por el gesto serio que mostraba su rostro desde la aparición de Bernat, Max comprendió que estaba disgustada y no le apetecía continuar la velada.

—Es tarde para mí, aunque no es necesario que me acompañes a casa. Cogeré un taxi —dijo, forzando una sonrisa.

—Si no deseas que te acompañe, lo aceptaré; si es solo por cortesía, no te haré caso. —Cogió la nota que el camarero traía y dejó en la bandeja unos billetes, suficiente para pagar la consumición y una buena propina.

—Está bien —accedió ella—. Y no vuelvas a pagar. Recuerda que es la clienta la que debe hacerlo. Si actúas de ese modo, no te va a salir rentable este oficio.

—Pero yo no soy tu acompañante, solo un solicitante de empleo al que estás examinando. Y, como quiero que me contrates, estoy haciéndote la pelota. ¿No te habías dado cuenta?

Tania sonrió, y Max se sintió satisfecho por haber conseguido que desfrancara el ceño por unos segundos.

—Desde luego. Y lo haces de forma poco sutil; deberías esforzarte por mejorar —replicó, divertida por su desparpajo.

—Practicaré diariamente, no te quepa duda. —La amplia sonrisa le hacía fruncir los ojos y le aportaba un atractivo especial, que Tania no pudo ignorar.

Ya en la calle, Max observó las miradas furtivas que Tania lanzaba a su alrededor. Debía temer otro encontronazo con el tal Bernat, pensó. Le habría gustado que le contara la historia que había detrás de ellos dos, pero no sería acertado preguntar. Y ella no iba a confesarlo; al menos, de momento. Le daba la impresión de que no era del tipo de persona que aireaba sus secretos a desconocidos.

Cuando subieron al vehículo, y ante la seguridad que este proporcionaba, Tania se relajó e intentó olvidar la ingrata escena.

Max lo advirtió y se atrevió a preguntar:

—¿He aprobado hoy, o tendré que pasar más exámenes?

—Yo diría que vas subiendo nota, aunque todavía quedan un par de pruebas por superar.

—¡Dos exámenes más! Sí que es usted exigente, señora mía. Pero no importa, estoy

preparado para ello. Sin embargo, agradecería que me adelantaras las preguntas que van a caer. Me gusta ir sobre seguro —bromeó.

—No te preocupes, que los superarás. Ya he comprobado que conoces la ciudad. Mañana, si no tienes compromisos, podrías hacer de guía turístico, algo que demandan con frecuencia nuestras clientas.

—Estoy a su servicio, jefa.

Llegaron a casa de Tania y Max la acompañó hasta el portal. Antes de marcharse, se acercó a ella.

—Si puedo hacer algo para subir la nota... —sugirió con tonillo guasón en el que se apreciaba unas notas de acaloramiento—. Yo siempre he sido de sobresaliente y no me gustaría conformarme con menos.

Tania lo miró con la risa contenida brillándole en las pupilas y un creciente ardor extendiéndose por su cuerpo. Debía de ser el *manhattan*.

—¿Y cómo podrías hacerlo? —preguntó con la voz alterada.

Max la tenía acorralada contra la puerta, con los dos brazos extendidos a ambos lados de ella. Sentía la proximidad de su cuerpo grande y firme, y el sugestivo olor que desprendía le inundaba las fosas nasales. Se sintió débil. «Solo es el cóctel que he tomado», se repitió para convencerse.

—Tal vez esté equivocado, pero creo que te falta valorar otra destreza. Una muy importante en este negocio, ¿no te parece? —susurró de forma seductora.

—¿Y cuál es esa destreza tan importante? —indagó ella, consciente de a qué se refería.

—Mis dotes como amante, es evidente. Apuesto a que tampoco olvidas supervisar ese aspecto —insinuó con voz enronquecida. Se acercó más, de forma que sus cuerpos quedaron pegados.

Tania lo miró a los ojos y vio auténtica pasión en ellos, que ni el brillo burlón podía camuflar, y su excitación aumentó. Estaba acostumbrada a esas situaciones. En alguna ocasión habían intentado seducirla, al igual que Max ahora, y nunca tuvo problemas para ponerlos en su sitio de inmediato. Con él, le costaba hacerlo porque le apetecía su propuesta. Ese hombre tenía algo que la atraía con fuerza, que la incitaba a saltarse sus férreas normas y dejarse llevar por sus deseos. Pero debía mantenerse firme y poner por delante la ética profesional.

Con un suspiro, lo empujó para apartarlo de ella.

—Lógicamente, se evalúa esa habilidad en nuestros empleados, aunque yo no me encargo de ello.

—¿No? ¿Y quién lo hace? —Se apreciaba genuina decepción en el tono de sus palabras y en la expresión de su rostro.

—Ya lo sabrás a su debido tiempo, si al final decidimos incorporarte a la agencia. Y no temas, no suele ser un examen difícil. Al contrario, según todos los que lo han hecho, les pareció muy sencillo y placentero —bromeó.

—Acabas de partirme el corazón —reconoció Max con pesadumbre, que no era fingida. Se llevó ambas manos al pecho, acompañando el ademán con un gesto de dolor.

Tania rio ante la comicidad de su gesto. Sacó las llaves del bolso y abrió la puerta.

—Hasta mañana. —Le dedicó una amplia sonrisa y se dispuso a entrar en el edificio.

Max le cogió la mano y posó sus labios en el dorso.

—Que tengas dulces sueños.

El brillo de deseo que Tania descubrió en sus ojos la impulsó a marcharse de forma

precipitada. Ese hombre era muy peligroso.

Rescató la mano que Max retenía, le dedicó una última sonrisa, y entró en el edificio. Mientras esperaba el ascensor, miró hacia la puerta de entrada. Él continuaba allí y su rostro había cambiado de expresión. Ahora se mostraba serio y la miraba con fijeza, como si estuviera estudiándola.

Ella borró la sonrisa una vez que entró en el ascensor. No estaba todo lo tranquila que había querido mostrar ante Max. El encuentro con Bernat la había alterado más de lo que deseaba admitir. ¿Cuándo conseguiría librarse de él? No quería molestar a su padre con ese tema, pero lo haría si continuaba acosándola.

Llegó a su casa y revisó las llamadas del contestador. Ninguna era urgente. Sobre la mesa se encontraba el sobre que contenía el contrato de Joan, que había llegado por mensajería urgente esa misma tarde. Lo guardó en el fichero correspondiente y, antes de retirarse a descansar, encendió el ordenador. El cliente que solicitaba un masaje erótico para su mujer había quedado en enviarle el nombre del seleccionado ese mismo día, para que ella pudiera avisarle con tiempo, y quería comprobar si lo había hecho. En efecto, allí estaba el mensaje.

Había elegido a Cristian, uno de sus mejores trabajadores y un masajista profesional. El cliente le indicaba el nombre del hotel y la hora probable para la cita, a partir del mediodía, siéndole imposible concretarla con tanta antelación. Tampoco podía facilitarle el número de la habitación. Cuando lo supiera, le informaría para que ella se pusiese en contacto con su empleado.

En la contestación, Tania le recordó que el servicio se abonaba antes de que se iniciase y las diferentes formas por las que podía hacerlo.

Escribió otro correo a Cristian, en el que le informaba que había sido seleccionado y que debía estar disponible para la tarde del día siguiente. Quedó en avisarle cuando le facilitaran la hora concreta y el número de habitación. Le envió el contrato y le recordó que lo entregara antes de acudir a la cita o lo remitiera por mensajería si la oficina ya estaba cerrada.

Estas comunicaciones de última hora eran algo normal entre los clientes particulares, que no sabían de antemano cuándo iban a estar libres; pero le ocasionaba bastantes trastornos a ella y a sus empleados, por eso se encargaba de incluirlo en el precio.

Tras la larga y agotadora jornada, Tania se dio una ducha rápida y se acostó. Necesitaba estar descansada para el día siguiente, que preveía movido.

A pocas manzanas de distancia, Max daba vueltas en la cama con el ánimo alterado. Las curvas de Tania lo habían exaltado de tal forma que le resultaba difícil conciliar el sueño. Debió acudir a alguna de sus complacientes amigas para aplacar el deseo que le carcomía, se reprochó; pero, en esos momentos, solo le apetecía el cuerpo de la que ocupaba sus pensamientos desde unos días antes.

Un poco de trabajo le vendría bien para cansarse. Se levantó y fue a su escritorio. Encendió el ordenador y abrió el archivo que ponía «Tania». Buscó las grabaciones y notas de voz en su móvil y comenzó a transcribirlas.

Dos horas después, cansado y soñoliento, se acostó. Aun así, le costó dormirse. No dejaba de preguntarse si había tomado la decisión acertada o, por el contrario, estaba cometiendo un gran error al haberse dejado convencer para embarcarse en aquella aventura.

## CAPÍTULO 18

El sexo es una de las nueve razones para la reencarnación... Las otras ocho no son importantes.

Henry Miller

Luisa estaba acabando de ducharse cuando sonó el timbre de la puerta. Imaginó que se trataba de Marta, que había decidido recogerla para ir juntas a su fiesta de cumpleaños, de la que supuestamente no estaba enterada.

Se enrolló una toalla para cubrir su desnudez y se apresuró en abrir. La sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con un magnífico ejemplar del género masculino frente a su puerta y ni rastro de Marta. De unos treinta y tantos o cuarenta bien llevados, alto, cabello oscuro peinado con esmero, ojos verde musgo bordeados de negras y largas pestañas, nariz clásica y perfecta, boca grande en la que la sonrisa dejaba entrever unos perfectos y blanquísimos dientes, mandíbula fuerte, mejillas bien rasuradas...

Luisa no continuó mirando más abajo, aunque suponía que el resto era igual de perfecto, y eso que no llevaba las gafas y se le escapaba algún detalle.

—¿Luisa Montes? —preguntó ante el mutismo de ella, que se había quedado extasiada por su presencia.

Ella tardó en contestar porque su cerebro no daba, en esos momentos, para asimilar tanta magnificencia y comprender lo que la beldad que tenía delante le preguntaba.

—Sí... sí, soy yo.

—Hola. Me llamo Joan, y soy tu regalo de cumpleaños.

Si Luisa ya estaba confusa, las palabras de ese adonis la dejaron estupefacta. Los ojos se le abrieron como platos y se atragantó al preguntar:

—¿Mi... regalo de cumpleaños?

—Exacto. —La sonrisa de Joan se amplió. No era la primera vez que le contrataban para algo similar y, en general, la reacción de las clientas era la misma. Al final acababan aceptando el regalo y, por supuesto, disfrutándolo.

Luisa se obligó a superar el letargo mental al que había sucumbido y comenzó a razonar con cordura.

—¿Es una broma? —preguntó con suspicacia. Sí, eso debía ser. Y no le sorprendía. Era muy propio de Marta gastarle una bromita de ese tipo. Ahora que, cuando se la echara a la cara, iba a explicarle muy claro la gracia que le había hecho.

—No se trata de ninguna broma, créeme —dijo él con seriedad—. ¿Puedo pasar y te lo explico? Este no es el mejor lugar para hacerlo. Aunque, si a ti te parece bien que se enteren tus vecinos, a mí no me importa —propuso, y dio un paso al frente con la intención de entrar.

Luisa comprendió que tenía razón y se hizo a un lado para dejarle pasar. Pensó de forma fugaz que podría estar cometiendo una grave imprudencia al dar entrada en su casa a un desconocido. Eran frecuentes los casos de asaltos a viviendas por parte de falsos trabajadores que aprovechaban la indefensión de mujeres que vivían solas.

Aunque no sería la primera vez que daba entrada a un extraño, se recordó. Ya lo había

hecho con el revisor del gas y con el fontanero, cuando se estropeó el grifo del lavabo y casi se le inunda el piso. Este era mucho más atractivo, olía de maravilla y su sonrisa la derretía por dentro.

Joan avanzó por el pasillo hasta el salón y la esperó. Luisa se rehizo. Se estaba comportando como una boba adolescente y no como una mujer de cuarenta recién cumplidos, con un trabajo de responsabilidad en una importante empresa farmacéutica. Pero tenía problemas para actuar de forma razonable, teniendo en cuenta que estaba casi desnuda y él vestía un impecable traje oscuro que se ajustaba a su cuerpo de forma endiablada y le estilizaba aún más su impresionante figura.

De pronto, cayó en la cuenta de que debía de ser el chofer. Sus amigas habrían contratado una limusina, y de las caras, porque ese místico Universo que estaba plantado en su salón no podía ser un *cabify* cualquiera.

—Está bien, ¿puedes aguardar un poco a que termine de arreglarme? Espero que no hayas aparcado en doble fila, porque se me van a ir unos diez minutos largos en terminar de arreglarme —calculó muy por encima mientras se dirigía a la habitación. Si Marta o alguna de las chicas le hubiera avisado de que irían a recogerla y, en especial, comunicado la hora, no tendría que esperar.

—No me importa esperar, pero creo que te has confundido —indicó Joan con aquella voz melodiosa que a Luisa le parecía pura música.

Luisa se paró y se giró para mirarle.

—¿Cómo? ¿No eres el conductor de la limusina que me va a trasladar a la fiesta?

A Joan no le molestó la pregunta. No era la primera vez que lo confundían con un conductor. De hecho, había trabajado durante un tiempo en una empresa de alquiler con conductor, hasta que decidió pedir trabajo en la agencia de Tania. La diferencia entre ambos empleos era enorme, y no solo en el sueldo.

—No. Como te he dicho, soy tu regalo de cumpleaños. Por lo tanto, hasta mañana estoy a tu servicio para lo que te apetezca hacer. Puedo acompañarte a una fiesta, aunque no en limusina, ya que mi coche es mucho más modesto; o llevarte a cenar, a dar un paseo, al cine, de compras..., a donde quieras. O podemos prescindir de todo eso y dedicar el tiempo a actividades más interesantes y mucho más placenteras para ambos —insinuó con un sensual levantamiento de ceja.

Ella rehuyó su mirada cuando comprendió el significado de esas palabras. ¡Sus amigas habían contratado a un *escort* para... para...! Bufó de indignación. ¿Cómo se les ocurría algo así? ¿Tan necesitaba de sexo la veían? Seguramente, porque así era, reconoció. Ya no se acordaba de la última vez. Bueno, sí se acordaba; porque fue tan patético que no lo olvidaría en su vida, y de eso hacía más de tres años.

—No... no creo que... —intentó decir y se encontró con la boca seca. Tragó saliva y se giró para darle la espalda. Fue hacia la puerta, que había dejado entreabierta por si al final se trataba de un asesino en serie y tenía que salir corriendo para salvar la vida, y la cerró; así le daba tiempo para pensar. Necesitaba ordenar sus ideas y no le ayudaba el contemplar aquel soberbio morenazo que la miraba con un brillo divertido en los ojos.

Cuando regresó al salón, él seguía en el mismo lugar. ¿Era posible que estuviera más atractivo que minutos antes? Llegó a preguntarse si se trataba de un sueño y se dijo que, de serlo, no quería despertar; porque ni habiendo perdido la cabeza se le habría ocurrido que, alguna vez, encontraría a un hombre como él dispuesto a complacer sus deseos.

—¿Quién te ha contratado? —quiso saber Luisa.

Si ese era el caso, tenía que averiguarlo. ¿Y si alguien quería tenderle una trampa o perjudicarla de algún modo? En la empresa había un par de compañeros que ambicionaban su puesto y tenían la suficiente falta de escrúpulos para hacerlo si disponían de material para chantajearla. El interesante regalo podía estar envenenado, llevar una cámara oculta y grabar todo lo que ocurriera. Aunque, dejando de lado inverosímiles conspiraciones más propias de una película de espías, apostaba a que había sido una broma de sus amigas; en concreto de Marta, su cuñada, muy dada ella a impresionar a lo grande con todo lo que hacía.

Joan se sentó en el sofá en actitud relajada. Al hacerlo, se desabrochó los botones de la chaqueta y Luisa contempló con arrobó cómo la blanca camisa se le tensaba sobre el pecho y marcaba los músculos de esa zona. Ahogó a tiempo el gemido que le subió a la garganta.

—No lo sé. Los clientes solicitan el servicio a la agencia en la que trabajo y ella se pone en contacto conmigo. Si quieres, te doy el teléfono para que les llames. Lo que no te aseguro es que te den esa información. Puede que el cliente no quiera que se sepa.

—No importa, ya averiguaré de quién se trata. Ahora debes marcharte. Tengo que arreglarme para acudir a una fiesta sorpresa que mis amigas me han preparado y llego tarde —dijo a regañadientes.

Para ser sincera, no le apetecía nada asistir; y menos ahora, con las promesas de placer infinito que leía en aquellos ojos de infarto. ¿Cómo sería verle desnudo?, pensó fugazmente, y sintió que le ardían las mejillas. Pero no podía sucumbir a ese deseo que iba ganando la batalla a la razón. No iba a caer tan bajo de recurrir a un prostituto para apaciguar su apetito sexual. Ya se encargaría de hacerlo ella sola.

De pronto, Luisa recordó algo importante:

—¿Imagino que te habrán pagado? —indagó dudosa. «¡Solo faltaba que tuviera que correr yo con los gastos!».

—Sí, está todo pagado. Pero ¿qué ocurre? ¿No te apetece mi compañía? —se quejó Joan con un casi imperceptible tinte irónico en la voz. La expresión de su rostro indicaba que no lo creía ni por un momento.

«Se le ve muy seguro de sí mismo. Claro que, con esa fachada, bien puede estarlo. Además, ese puntito arrogante le sienta muy bien», pensó Luisa. Y sí, le apetecía mucho su compañía y todo lo que ella le proporcionara, pero sus estrictos criterios morales le impedían acceder a lo que le estaba proponiendo; aparte de que no había descartado aún que fuese una burda trampa.

Las primeras notas de *Dreams*, de The Cranberries, sonaron en algún lugar del salón avisando de la entrada de una llamada a su teléfono móvil.

—Discúlpame, por favor —pidió Luisa, y se precipitó a cogerlo. Era una videollamada de Marta—. Salgo enseguida —dijo al macizo, y se encerró en su habitación.

—¡Holaaa! —Varias voces precedieron a la imagen. Marta, Dolors y Sara aparecieron en la pequeña pantalla, sonrientes y alzando los vasos que llevaban en la mano—. ¡Feliz cumpleaños, Lu, y disfruta del regalo! —dijeron al unísono las tres, con risita chancera incluida.

«Así que es cierto. Es cosa de ellas, no de algún enemigo en la sombra que quiere desacreditarme», se dijo Luisa con una mezcla de cabreo mayúsculo y enorme alivio.

—Si es una broma, que sepáis que no me hace la menor gracia. ¿Cómo se os ocurre? —les espetó con el ceño fruncido.

—Nada de bromas, pánfila. Tienes al maromo contratado por doce horas, así que hasta podréis desayunar juntos. No seas tonta y disfruta todo lo que quieras o puedas, que está para comérselo enterito; o, mejor, que te coma él a ti —dijo Marta, la instigadora de tal despropósito,



a la que las otras habían secundado con entusiasmo.

—Pero ¿oyes lo qué estás diciendo? ¿Cómo pretendes que acepte algo así? No puedo. Yo no soy una...

—Uysss... Se va a cortar la conexión, maja. Me he quedado sin batería —la interrumpió Marta—. Mañana por la tarde nos vemos para que nos hagas un extenso y pormenorizado relato de los hechos. Y no dejes de hacer todo lo que a nosotras nos gustaría, para darnos muchísima envidia, porque no te lo íbamos a perdonar nunca.

—¡A por él, nena, que tú puedes con ese y con más! —dijeron todas a coro.

Luisa fue a protestar otra vez, pero la llamada se cortó. Refunfuñando, tiró el móvil sobre la cama con rabia. ¡Menudo atajo de chifladas! ¿Cómo se les ocurría hacerle un regalo así? ¡Una noche de sexo desenfrenado con un dios del Olimpo, nada menos!

No podía aceptarlo. Y, si no se daban cuenta, es porque eran unas lerdas. Le pediría que se marchara; aunque eso supondría que iba a pasar el resto de la velada sola, y no le apetecía. Era su cumpleaños, acababa de dejar atrás una década y entraba en la siguiente. Mayor motivo para celebrarlo, ¿no? Pero de una forma normal y no como sus amigas esperaban.

Comenzó a pasearse por la habitación mientras pensaba; porque tenía mucho en lo que pensar. A ver, claro que le apetecía, y mucho, pasar la noche con esa criatura celestial, pero no podría mirarse al espejo al día siguiente. Aunque nadie la obligaba a acostarse con él, como sus amigas esperaban. ¿No había dicho que estaba a su servicio para lo que le apeteciera? Podía pedirle que la acompañara a cenar y a tomar una copa. Presumiría de él ante quien quisiera mirarles y regresaría a casa. No tenía que pasar nada más. Bien, pues eso haría.

Salió de la habitación con esa decisión tomada. Joan se levantó al verla y se acercó a ella. Luisa sintió que se acaloraba al verle acercarse con esos andares casi felinos y el punto de pillería que se advertía en su expresión. ¿Por qué tendrían que gustarle tanto los chicos malos?

Cuando llegó a su lado, Joan le colocó las manos en las caderas y la pegó a su cuerpo con exquisita delicadeza.

—¿Estás segura de que no quieres tu regalo de cumpleaños? —le preguntó en tono seductor muy cerca de su oído.

Luisa contuvo el aliento. No estaba segura de nada en esos momentos, ni siquiera de su propio nombre. Nunca se había planteado el pagar por sexo. Lo consideraba una práctica denigrante, tanto para la persona que ofrecía sus servicios y cobraba por ellos como para quien los utilizaba. «Pero este no es mi caso, ya que yo no lo he contratado. Sería una estupidez por mi parte devolver este estúpido obsequio», se recordó animosa.

En el ritmo acelerado de su corazón, Joan advirtió el cambio de actitud en ella y sonrió. «Sabía que no te resistirías», se dijo con orgullo. Le deslizó las manos hasta los glúteos y la presionó contra su erección.

Luisa jadeó. La excitación le recorrió la espina dorsal como un latigazo y se concentró en su bajo vientre. Sin poder evitarlo, movió sus caderas de forma sinuosa para rozarse con aquella dureza que le estaba provocando llamaradas en su interior.

Él subió las manos por su espalda en una lenta caricia, le agarró los brazos e hizo que los cruzara en su cuello. Bajó la cabeza y posó los labios sobre los de ella, que temblaban de forma perceptible. No quería presionarla. Ella era la que tenía que tomar la decisión y lo haría si respondía a su beso.

Y Luisa lo hizo. Le sujetó la cabeza con ambas manos y lo besó con ansia, como una hambrienta ante un succulento manjar. Los iniciales escrúpulos, ya muy mermados, fueron

soterrados en lo más profundo de la razón para que no interfirieran; ese era tiempo de gozar, se dijo convencida, no de hacer examen de conciencia.

La toalla cayó al suelo y a Luisa no le importó en absoluto.

Joan, sin dejar de besarla, le recorrió el cuerpo desnudo con sus expertas manos. No pudo evitar excitarse ante los apasionados gemidos que brotaban de la garganta de ella. ¿Quién le habría dicho que aquella aparentemente insulsa mujer, no demasiado agraciada, iba a excitarle de ese modo? Había resultado una grata sorpresa, con ese fuego que demostraba. Seguro que iba a disfrutar con el trabajo, y se esforzaría al máximo para que ella quedara satisfecha.

Sin perder un segundo más, la cogió en brazos y se dirigió a la habitación. La noche acababa de comenzar.

«Que no se me olvide agradecerse a Marta y a las chicas», fue el último pensamiento lógico que Luisa se permitió antes de centrarse en disfrutar con todos los sentidos de su impresionante regalo de cumpleaños.

# CAPÍTULO 19

*Un amante apasionado ama hasta los defectos de la persona amada.*

**Jean Baptiste Poquelin Molière**

A las diez de la mañana, la hora acordada, Max aguardaba a Tania frente a su casa para realizar la visita a la ciudad propuesta la noche anterior.

La dueña de la agencia «A tu servicio» le había impactado desde el primer momento por su belleza, su elegancia y su personalidad, pero no podía dejarse arrastrar por la fascinación que ejercía sobre él. Estaba trabajando y debía centrarse en su objetivo, o no superaría la prueba. Sabía lo peligroso que era mezclar sentimientos y trabajo, aunque en esta ocasión le costaba un gran esfuerzo separarlos.

Escuchó el sonido de su teléfono móvil y Max miró quién era. «Hablando de trabajo», se dijo con desagrado al reconocer el número que le llamaba.

—¿Dígame? —contestó Max con voz seca.

—¿Cómo va la investigación? ¿Para cuándo estará terminada? —preguntó la voz al otro lado.

—Va más lenta de lo que en principio pensaba. No puedo asegurar fechas porque no he descubierto nada sustancioso —reconoció de mala gana.

—Mándeme de inmediato un informe detallado con lo que haya conseguido hasta el momento, y yo decidiré si es sustancioso o no.

La voz desabrida de su interlocutor lo enfureció. No le gustaba que le presionaran ni que le dijeran cómo hacer su trabajo, y menos uno que no deseaba realizar.

—Le he dicho que la información recopilada no tiene interés porque no revela nada que se pueda utilizar, tal y como me indicaron. Sería perder el tiempo, y no tengo demasiado. —Max se mantuvo firme.

—Me parece que no está haciendo bien su trabajo o pretende demorarlo demasiado, y eso no me gusta —le advirtió, sin disimular su animosidad.

Max se mordió la lengua para callar la respuesta que se merecía aquella persona. Si por él fuera, se despediría en ese mismo momento.

—Si no le convence lo que hago, hable con Serra para que busque a otro. Yo no tengo problemas en anular el encargo.

La voz permaneció en silencio durante unos segundos.

—Está bien. Pero consiga algo productivo. Quiero liquidar este asunto lo antes posible.

Max colgó con una mueca de disgusto.

—¿Problemas?

La voz de Tania a su espalda le devolvió a la realidad, y Max cambió de inmediato el ceño fruncido por una amplia sonrisa.

—Nada que tu deslumbrante presencia no ayude a disipar —dijo en tono sugerente.

Le cogió la mano derecha y depositó un leve beso en el dorso; a continuación, le abrió la puerta del coche.

—Soy su más humilde servidor, *milady*.

A Tania se le escapó una risita. No cabía duda de que era todo un adulator.

—Así me gusta, que te metas en tu papel. Imagina que soy una dama inglesa que ha venido a Barcelona por cuestiones laborales y en su día libre decide hacer turismo y relajarse un poco. Quiere un compañero ameno, que le muestre la ciudad, los lugares más emblemáticos y algunos rincones insólitos, en los que probar la gastronomía, empaparse de la cultura local... Y, por la noche, los locales de diversión. Copas, ambiente... Un poco de «marcha», en una palabra. El itinerario lo dejo a tu elección.

—Lo típico, vamos —comentó, y le guiñó un ojo—. Pues te aseguro que no podrías encontrar a un acompañante mejor para la ocasión.

—Me alegro. Aunque espero que me impresiones, porque yo conozco la ciudad muy bien.

—No lo dudes. A ver... Creo que eres una persona a la que le gusta la historia y los lugares con encanto, por ello te llevaré en un *tour* rápido por los principales enclaves turísticos para que te hagas una idea de los grandes tesoros que encierra la ciudad. Pero, como suelen estar saturados de visitantes y tendríamos que hacer interminables colas, los veremos solo desde el exterior. Claro que, si te apetece conocerlos en profundidad, podemos intentar colarnos por la puerta de atrás. Te aseguro que no sería la primera vez —insinuó con picardía.

—Me conformaré con una panorámica general. Gracias.

—Estupendo. Tras la visita panorámica, iremos a conocer el barrio Gótico y sus alrededores, donde comeremos en alguno de sus coquetos restaurantes y pediremos los platos más típicos de la gastronomía catalana. Luego creo que te gustará un paseo en barco por la bahía tomando un café... o ¿mejor té helado?

—Sí, mejor un té.

—Un té para la señora, entonces. Me imagino que querrás descansar un poco después de tanto ajetreo, así que te llevaré a tu hotel y pasaría a recogerte un par de horas más tarde para ir a cenar y a vivir los secretos de la noche barcelonesa; o, y esta segunda opción es mi favorita, me quedaría contigo y pasaríamos unas maravillosas horas haciendo el amor. ¿Qué te parece el plan que he diseñado? —preguntó con expectación.

Tania rio a carcajadas ante el simpático descarado que mostraba.

—De acuerdo en todo menos con la última propuesta, aunque sea tu favorita. —Se acomodó en el asiento y se puso el cinturón de seguridad—. Ya puedes arrancar. Me pongo en tus expertas manos.

Max hizo un gesto de fingida decepción, ¿o no tan fingida? Arrancó el coche y se incorporó de inmediato al intenso tráfico que circulaba por las principales avenidas de la ciudad a esas horas de la mañana. En su recorrido, le fue mostrando los monumentos más importantes y explicándole las características técnicas y la historia de estos.

Tania estaba impresionada por los conocimientos y desenvoltura que Max exhibía; así como por su simpatía, su desenvoltura y su contagioso entusiasmo. Sin duda, era uno de los mejores candidatos que habían pasado por su agencia.

La visita turística acabó en el barrio Gótico. El paseo por las calles de esa sorprendente zona fue una delicia. Max demostró otra vez que conocía a fondo la ciudad, sus principales monumentos y los rincones más representativos. Le relató leyendas y anécdotas que ella desconocía y que, en su mayor parte, le parecieron fruto de su imaginación de escritor y no basadas en la realidad.

Tania había recorrido aquellas angostas callejas muchas veces y ahora las veía con nuevos ojos, como si las visitara por primera vez.

—Mira aquella ventana —le pidió Max, y señaló un pequeño hueco enrejado en el segundo piso de un vetusto edificio.

Ella siguió la dirección que indicaba su dedo. La ventana se encontraba en el patio de un palacete remozado que conservaba zonas donde se vislumbraba la primitiva construcción.

—Desde ella, una joven judía vio morir a su amado —comentó Max con lúgubre acento.

—¡Qué triste! ¿Y qué sucedió para merecer tan horrible destino? —Tania se lo tomó a guasa. Le daba la impresión de que, al igual que en ocasiones anteriores, lo que iba a relatarle tendría muy poco que ver con la realidad y mucho con sus fantasías. Aunque no le importaba porque esas historias eran muy entretenidas.

—Su padre la encerró como castigo por haberse enamorado de un sirviente, un joven cristiano con el que tuvo sus más y sus menos, ya me entiendes. Quedó embarazada y el padre no se lo tomó nada bien. A él lo mantuvo atado a un poste en el centro del patio, en el mismo lugar que ahora se encuentra la fuente, hasta que murió de inanición. Ella contemplaba cada día cómo se iba apagando la vida de su amado, sin que él perdiera en ningún momento la sonrisa. Al ver que había muerto, pensó en quitarse la vida, pero llevaba a su hijo en las entrañas y desistió. Lo que sí hizo fue jurar vengarse de su padre por haberle arrebatado a su amor de forma tan cruel.

—No me extraña. Yo habría hecho lo mismo —ironizó Tania—. ¿Y cómo se vengó, si es que logró hacerlo?

—Sí que lo logró, y de forma maquiavélica. Resulta que la joven pasaba casi todo el tiempo en el lugar donde su amado había muerto sin dejar de llorar, hasta que con sus lágrimas se formó un pequeño estanque de aguas saladas en el que mandó colocar unos peces de bonitos colores. Un día, invitó a su padre a que los contemplara y, cuando el hombre se inclinó para verlos, unas algas de gran tamaño, como fuertes dedos, se enlazaron en su cuello y le sumergieron la cabeza. Nadie de los presentes pudo hacer nada por rescatarlo de aquellas garras y, cuando consiguieron liberarlo, el hombre ya estaba muerto, ahogado en las aguas del estanque. Justo final para un cruel asesino, ¿no crees?

—Lo es, pero tengo la impresión de que has exagerado un poco —dijo burlona. Su imaginación y sentido del humor eran admirables. Otro punto a su favor.

—Solo lo justo. Se trata de una leyenda y, como todas, tiene una parte real y otra de fantasía. Aun así, el agua que mana de la fuente es salada. Esa es la parte real.

—¿Salada? No lo creo.

—¿Quieres probarla?

La cogió de la mano y la llevó hasta la fuente. Introdujo un dedo en ella y le dio a probar. Tania se mostró algo reacia, pero acabó lamiendo el dedo que le ofrecía.

—Sí, es algo salada, pero debe ser por tu piel —dedujo alterada. La forma en la que él la miraba era tan sensual que su respiración se agitó y comenzó a transpirar.

—Seguro que no. Compruébalo. —Él le acercó uno de los dedos que no había tocado el agua.

Tania no tuvo otra opción que lamerlo. El error que cometió fue mirarlo a los ojos mientras lo hacía. Las oscuras pupilas desprendían tanta pasión que sintió un estremecimiento de deseo.

—Nunca subestimes lo que las lágrimas de una mujer pueden conseguir —susurró Max muy cerca de su rostro, mientras le acariciaba los labios con el dedo que ella había tenido en su boca.

Tania, nerviosa y excitada, se separó de él y se encaminó a la salida. Ese hombre era más peligroso de lo que imaginó en un principio. Debería tener mucho cuidado con él o corría el

riesgo de no ser imparcial; lo que acarrea complicaciones en cualquier negocio, y más en uno como el suyo.

## CAPÍTULO 20

Te besaré  
atravesaré tu cielo  
me internaré en tus ramas  
circularé en tus líquidos  
surgiré de la yema de la corteza de tu tronco  
me alimentaré de tu jardín.

**Minerva Margarita Villarreal**  
*Te besaré largamente (fragmento)*

Tras casi una hora recorriendo el barrio Gótico, Tania y Max se dirigieron a pie al cercano Born, una de las zonas más interesantes de Barcelona, con sus museos, tiendas y restaurantes, en los que se servían una gran variedad de platos de todo el mundo. En la terraza de uno de ellos, se sentaron a degustar los manjares que habían pedido.

En aquel ambiente cosmopolita y pintoresco, Tania se relajó y se dedicó a observar a su acompañante.

—¿Qué te ha parecido el recorrido por la ciudad? ¿Le habría gustado a la clienta? —preguntó Max con expresión complacida.

«¡Qué ufano se le ve!», pensó Tania. Le entraron ganas de bajarle un poquito los aires de superioridad que se gastaba, pero no podía dejar de reconocer que se merecía un gran elogio.

—Creo que le habría encantado, al igual que me ha ocurrido a mí. ¿Cómo es posible que la conozcas tan bien?

—Recuerda que soy escritor y un insaciable lector. Me fascina la historia; en especial la del lugar en el que vivo. No descarto escribir en el futuro un libro inspirado en alguna de las leyendas que te he relatado.

—No dudo de que será muy interesante. Cuando lo publiques, espero que me dediques un ejemplar.

—Lo haré, pero te pediré algo a cambio.

—Si va a ser con condiciones, mejor te olvidas —replicó con humor.

Ambos rieron. La mañana estaba transcurriendo de forma muy placentera y, por momentos, Tania se olvidaba de que estaba trabajando, no pasando un día de descanso con un buen amigo.

Un pitido en el móvil alertó a Tania de que tenía un mensaje y la devolvió a la realidad.

—Me disculpas. Cuestiones de trabajo que no puedo aplazar —explicó.

Entró en el interior del restaurante y aprovechó para ir al baño. Consultó los mensajes. El cliente que había contratado a Cristian le indicaba que acababa de realizar la transferencia como pago por el servicio y le facilitaba el número de habitación y la hora en la que debía presentarse el empleado.

Tania llamó a Cristian y le pasó la información recibida. Le recordó que el contrato con la agencia había sido por dos horas y solo incluía el masaje a la mujer; los extras, si los había, debería tratarlos aparte con él.

Aprovechó para hablar con Montse, que a esa hora debía de estar aún en la oficina. Después

de llamar varias veces al teléfono de la agencia y no cogerlo, dedujo que se había marchado antes de su hora, al no estar ella allí para controlarla. Se recomendó paciencia; ese era el último día que tendría que soportar su incompetencia.

Concluidas las gestiones, regresó a la mesa con su acompañante.

Terminaron de comer y se dirigieron otra vez al coche. Max condujo hasta el puerto, donde subieron en un barco que hacía el recorrido turístico por la bahía. Tania disfrutó con el paseo; también le provocó una gran añoranza al recordar los felices años de su niñez.

A su madre le encantaba el mar y, cuando era pequeña, iban todos los domingos y parte de las vacaciones escolares a casa de sus abuelos, en Garraf. Navegaban en el pequeño velero y jugaban en la playa. Su padre, ocupado con su trabajo, no solía acompañarlas. Fueron los años más felices de su existencia; hasta que su madre enfermó y terminaron esos viajes. Desde entonces, no había subido en un barco.

Max la observaba embelesado. Con aquella luz y el cabello alborotado por la brisa marina, estaba preciosa.

—El hombre de anoche, el tal Bernat, me pareció que no te caía demasiado bien. ¿Tienes algún problema con él? —formuló la pregunta sin darse cuenta. La miró para observar su reacción.

Tania continuó mirando al frente con semblante serio. Parecía reacia a responder.

—Los tuve en el pasado. Ya están solucionados —admitió de forma vaga tras unos segundos.

—No fue esa la impresión que me dio. Aunque, si no deseas contármelo, no insistiré.

Max supuso que no contestaría. Sabía que era una indiscreción preguntar por temas personales cuando apenas se conocían, pero tenía mucho interés en escuchar la respuesta.

Tania, que había estado mirando un punto indefinido mientras decidía si le revelaba o no a Max aquel amargo episodio, que tan aciagos recuerdos le traía, inspiró en profundidad y se decidió. No le gustaba hablar de esa etapa de su vida, pero con él resultaba fácil sincerarse.

—Bernat era uno de los socios de la empresa de publicidad en la que trabajé antes de crear la mía. Al principio, todo fue bien. Él era muy amable y yo, como la mayoría de las novatas, no advertí que deseaba de mí algo más que el trabajo bien hecho. Cuando me hizo propuestas deshonestas y las rechacé, inició un pertinaz hostigamiento. Le expuse la cuestión al otro socio y Bernat lo negó. Alegó que se trataba de una revancha contra él por haber ascendido a otra empleada en vez de a mí. Como era de esperar, el socio le creyó y yo fui despedida; así como otro de los empleados, un joven informático con el que había salido en alguna ocasión y que declaró en mi favor. —Hizo un gesto de pesar—. No me importó perder el empleo. Ya no pensaba continuar allí. Lo que me disgustó fue que se cebara con mi amigo, una persona inocente, y que me vetara el acceso a otras empresas del sector al divulgar habladurías sobre mí. Fue por ello por lo que decidí demandarle por acoso.

Tania bebió un sorbo de té helado y su mirada regresó al horizonte, como si quisiera huir de sus recuerdos. Se recuperó pronto y continuó:

—Perdí el juicio por falta de pruebas. A última hora, algunos testigos con los que contaba se negaron a declarar en mi favor. Supongo que les presionaron y no quisieron exponerse a perder el trabajo. Era algo comprensible y no se los reprocho. De todas formas, algo bueno salió de todo aquello. Cuando me di cuenta de que ninguna agencia decente en esta ciudad me iba a contratar, pensé en crear la mía propia. Ahora estoy muy contenta de haber dado ese paso; que él propició sin tener intención de hacerlo. —Borró la tristeza de su rostro y lo miró con una amplia sonrisa



—. Pero no hablemos más de ese individuo, por favor. Deja que disfrute de esta maravillosa experiencia.

Max leyó, en la limpieza de su mirada, la sinceridad de sus palabras y sintió una rabia interna que le costó un gran esfuerzo controlar.

Le encolerizaban los hombres como Bernat, el típico machista prepotente, que no respetaban a las mujeres por creerlas inferiores a ellos, los reyes de la selva. Las minusvaloraban, menospreciaban su inteligencia y capacidad y las trataban con condescendencia. Se atribuían el derecho de propiedad por el hecho de ser sus jefes y, cuando ellas no cedían a sus pretensiones, el acoso, la mentira y el desprestigio eran sus armas de venganza.

Se había topado con muchos durante su vida y su carrera profesional, la mayoría durante el periodo que estuvo trabajando en varios países suramericanos, donde ese paternalismo opresivo y disoluto estaba muy arraigado. Cuando regresó a España tras diez años por aquellas tierras, descubrió, en contra de lo que imaginaba, que la sociedad que había dejado al marcharse había evolucionado poco y que la mentalidad de muchos hombres seguía anclada en el pasado; buena prueba de ello era el caso de Tania.

Si lo hubiera sabido, habría actuado de otra forma. Aunque aún no era tarde para rectificar.

# CAPÍTULO 21

Deja en tu musgo errar mis dedos,  
ahí donde brilla el botón de rosa;  
déjame, entre la hierba clara,  
beber las gotas de rocío,  
ahí donde la tierna flor está rociada;  
para que el placer, amada mía,  
ilumine tu frente cándida como  
al alba, el azul tímido.

**Paul Verlaine**  
*Primavera (fragmento)*

Javier y Núria llegaron al hotel a primeras horas de la tarde y se instalaron en la habitación. Él había elegido ese hotel en concreto por su *spa* y Núria, deseosa de probarlo, decidió visitarlo de inmediato. Sabía que a su marido le gustaba dormir la siesta y esa era la mejor forma de aprovechar la tarde. Para su sorpresa, Javier la acompañó.

Tras casi una hora haciendo el circuito, él insistió en subir a la habitación. Había contratado a un masajista y estaba a punto de llegar. Ese era su regalo de aniversario, le anunció. Núria se lo agradeció con un beso y se guardó para sí la decepción.

En realidad, el regalo era original y nunca lo habría esperado de él, que era poco imaginativo; pero ella habría preferido algo más práctico y duradero, como joyas o algo de ropa y complementos de firmas importantes.

Cuando subieron a la habitación, había una botella de cava en una cubitera con hielo. Javier la descorchó y sirvió en las dos copas que la acompañaban.

—Para brindar por nuestro aniversario mientras esperamos al masajista —dijo, ante la muda pregunta que apareció en el rostro de Núria.

Cristian no se demoró.

Cuando llamaron a la puerta, lo que menos esperaba Núria era ver entrar por ella a ese espléndido ejemplar de hombre. Aparte de su agraciado rostro, en el que destacaban unos bonitos ojos claros y una boca sensual de labios llenos que dibujaban una seductora sonrisa, tenía un cuerpo escultural. Era todo músculos bronceados en más de metro ochenta de estatura, que la ajustada camiseta y el corto pantalón blancos se encargaban de resaltar.

—Hola. Me llamo Cristian —se presentó.

Tenía una voz grave y cautivadora que acompañaba con una mirada hechicera.

«Si todos los masajistas son así, hay que ver lo que me he estado perdiendo», pensó Núria. Su hermana era asidua a los masajes y le había propuesto en varias ocasiones que la acompañara. A ella le daba pereza y rehusaba la invitación. No lo volvería a hacer.

Cristian extrajo de la bolsa que llevaba una manta suave, que extendió sobre la cama, y varias botellitas con aceites aromáticos.

—Cuando lo desees, puedes desnudarte y tenderte —invitó con un gesto a Núria.

Ella miró a Javier, dudosa. Le abochornaba quitarse la ropa ante un desconocido, por mucho

que él estuviese acostumbrado a ver cuerpos desnudos, sobre todo porque el suyo ya no conservaba la firmeza de diez años atrás.

La sonrisa alentadora de su marido, que estaba sentado en un sillón, la animó.

Se desvistió con prisas. Cuando le quedaba la braga por quitar, el pudor la superó y se la dejó puesta. Se acostó en la cama boca abajo y cerró los ojos. Intentaba ignorar que Javier estaba a escasos dos metros y les observaba con atención.

Cristian se quitó la camiseta y abrió uno de los frascos de aceites. Dejó caer una generosa cantidad del viscoso líquido en el hueco de una mano, frotó con la otra para extenderlo y se colocó a horcajadas sobre ella.

Núria se sobresaltó ante el movimiento y levantó la cabeza.

—Tranquila, todo va bien —dijo Cristian con voz relajante, que tenía similar efecto que sus diestras manos.

Se inclinó sobre ella y procedió a friccionar los hombros y la parte alta de la espalda con movimientos lentos, ejerciendo presión en los puntos más conflictivos para aliviar la tensión que notaba bajo sus manos.

Núria suspiró y volvió a cerrar los ojos. Se obligó a relajarse, aunque le costaba. Era la primera vez que le daban un masaje y no estaba acostumbrada a permitir que una persona, y menos un hombre tan atractivo como aquel, la tocara. Y, si a eso se añadía el que su esposo estuviese mirando, la situación se hacía más estresante.

La fricción de las expertas manos junto al aroma a coco que desprendía el aceite balsámico, que saturaba sus fosas nasales, le provocaba un leve adormecimiento que no intentó impedir. El masaje continuó durante unos minutos en aquellas zonas hasta que las manos de Cristian fueron bajando por sus costados hasta las caderas.

Ella abrió los ojos de golpe y se tensó cuando advirtió que le estaba quitando la braga. Volvió a mirar a su marido con alarma.

Javier continuaba sentado y sin dejar de observar la escena con los ojos brillantes, mientras bebía su segunda copa de cava. Ante la reacción de su mujer, formó una media sonrisa en el rostro con la que quiso aplacar sus temores.

Núria no se opuso. Si su marido opinaba que todo estaba bien, por ella estupendo. Ya se encargaría de llamarle la atención cuando el chico se excediera, supuso. Se contuvo cuando él le masajeó los muslos y bajó por sus piernas hasta los pies. El saberse tan expuesta ante un desconocido le resultaba embarazoso. Tampoco ayudaba el roce de aquellas manos que, con largos y lentos movimientos, la estaban manoseando tan expertamente.

El masaje en los pies le resultó de lo más placentero. Nunca pensó que unos toques en aquella parte de su cuerpo, tan alejada de sus principales zonas erógenas, pudiesen incitarla de esa forma. Se sentía más alterada por momentos y tenía que hacer grandes esfuerzos por controlar su cuerpo, que ansiaba caricias más íntimas.

Cristian, adivinándolo, vertió unas gotas de aceite en la base de la columna y las extendió por los prietos glúteos, amasando esa zona con destreza. Ella se revolvió inquieta, deseando y temiendo al mismo tiempo que profundizara los roces.

Cuando Cristian le separó las piernas y deslizó las manos por la parte interna de los muslos, Núria ya no pudo aguantar más e intentó incorporarse. Dirigió a Javier una mirada nerviosa a la par que indignada. ¿Por qué permitía que se enfrentara a esa dura prueba? ¿No se daba cuenta de la tortura que le estaba infligiendo? ¿Qué pretendía demostrar?

—Relájate, cariño, y deja trabajar al profesional —le pidió él con la voz alterada por la

fuerte agitación que sentía.

Contrariamente a lo que temía, el ver a otro hombre tocando de esa forma el cuerpo de su mujer le provocaba una excitación que apenas podía contener.

—Pero... —intentó protestar ella.

Javier la interrumpió, con un gesto que le indicaba callar, y se acabó la copa de un trago.

Núria volvió a tenderse. Estaba convencida de que ese no era el método habitual de dar masajes; al menos, los terapéuticos, como el que se suponía que iba a recibir. Su hermana se lo habría dicho; y, si lo había callado, le caería una buena bronca por ello.

Cerró los ojos, decidida a relajarse y disfrutar de las sensaciones que aquellas hábiles manos le estaban proporcionando. Si su marido no ponía objeciones, ella no iba a ser tan tonta de privarse de ese placer. Y lo mismo hasta aprendía cómo hacerlo.

Cristian le abrió más las piernas y se colocó de rodillas entre ellas, por lo que Núria quedó expuesta. Vertió nuevas gotas de aceite en sus manos y volvió a masajearle el trasero, rozando la húmeda vulva con leves toques provocativos. Ella ya no protestó y, excitada, levantó las caderas para facilitarle el acceso.

Antes de continuar, Cristian miró a Javier y este, con un gesto afirmativo, le otorgó el permiso que le solicitaba. En estas situaciones, le gustaba asegurarse. No sería la primera vez que un marido o novio celoso se arrepentía de su decisión al ver la intimidad con la que trataba a su pareja. Incluso habían intentado agredirle en una ocasión. Pero, como era 5º nivel Dan de Aikido, sabía cómo dominar a su adversario sin causar daños, lo que evitaba un escándalo que a nadie beneficiaba.

Con la aquiescencia del marido, Cristian procedió a acariciar a Núria entre las piernas. Debido al aceite, los dedos se deslizaban con facilidad por toda la superficie, contorneando las ingles, separando los labios, presionando el clítoris, introduciendo sus dedos dentro de ella, recorriendo toda la zona con insistencia y esmerada maestría...

Núria ya no dudó de que aquello era un masaje erótico en toda regla y no se negó. Al contrario, decidió participar. La inicial cortedad cedió paso a una enorme exaltación y comenzó a mover las caderas para guiar las caricias de aquellas divinas manos, al tiempo que respondía con sonoras expresiones de placer.

Cristian cesó el masaje cuando Núria estaba a punto de llegar a la culminación. La cogió por las caderas, se las elevó e hizo que apoyara las rodillas y las manos sobre la cama para tener un mejor acceso a sus pechos.

El frustrado lamento de Núria al verse privada de aquel goce pronto fue sustituido por nuevos y más potentes jadeos cuando él le masajeó los pechos y le pellizcó los pezones. Ella aprovechó la posición que había adoptado para rozarse contra el pantalón de Cristian, donde se había formado una dura protuberancia.

De pronto, Núria sintió que la cama cedía y abrió los ojos. Javier, desnudo y excitado, se había sentado en ella y le atraía la cabeza hacia su palpitante pene. Lo miró espantada. ¿Qué estaba haciendo? ¿No pretendería que...? ¡Y delante de un desconocido!

Javier no necesitó decir nada porque su sonrisa lasciva era suficiente. Núria olvidó sus temores y accedió a lo que le insinuaba, mientras Cristian volvía con sus dedos a torturarla de forma deliciosa, rozando sus zonas de placer. Los gemidos de ambos se confundieron e inundaron la habitación, en la que ningún otro sonido se escuchaba.

Cuando Cristian intensificó los toques en las zonas más sensibles de Núria, consiguió que el orgasmo le llegara de forma instantánea y explosiva. Ella se convulsionó y el placer se extendió

por todo su cuerpo durante varios segundos más, porque él continuaba estimulándola de forma exquisita.

Agotada, se dejó caer sobre la cama respirando con dificultad. Javier la atrajo hacia sus brazos y la besó con ternura hasta que se fueron apaciguando los latidos de su corazón.

—¿Te gusta mi regalo de aniversario, cariño? —le preguntó en un susurro.

Ella asintió y lo miró con un brillo de gratitud en los ojos.

—Pues aún hay más... Mucho más —le advirtió con sonrisa traviesa.

## CAPÍTULO 22

Solo el latido al unísono del sexo y del corazón puede crear el éxtasis.

Anaïs Nin

Cuando regresaron a puerto, Max llevó a Tania a su casa para que descansara antes de continuar con el recorrido por la ciudad y su ambiente nocturno.

—¿A qué hora paso a recogerte? —preguntó Max, que había estacionado su automóvil en la puerta del edificio.

—Creo que no va a ser necesario —respondió ella.

—¿Qué ocurre? ¿Te he agotado con mi verborrea y te duele la cabeza? —indagó con aparente despreocupación, pero esperando la respuesta con la respiración contenida.

Tania sonrió. Max era un compañero amable y divertido, con un amplio conocimiento de la ciudad, de sus ambientes y de cómo desenvolverse en ellos, por lo que consideraba innecesario continuar con la evaluación. En aquellos tres días, le había demostrado sus grandes cualidades y que era muy capaz de desempeñar su trabajo de forma admirable, complaciendo los deseos del cliente más exigente con total solvencia. Tenía un gran potencial y, sin duda, se convertiría en un magnífico acompañante.

—No es eso. Lo he pasado muy bien y me has demostrado que conoces la ciudad. No es necesario que continúe comprobándolo. —Tania ignoró el regusto amargo que esa decisión le provocaba. Pero tenía que distanciarse de él o sus emociones se desbordarían y entrarían en juego sentimientos que no se podía permitir.

—Entonces, ¿se han terminado los exámenes? ¿He aprobado? —preguntó Max con exagerada expectación, con la que intentaba disimular la decepción que le provocaba.

—Ya hablaremos de ello más adelante. —Tania no quiso comprometerse y contestó de forma evasiva. No era el momento de dar una respuesta, aunque ya lo hubiese decidido. Prefería proceder con calma. Además, se suponía que le faltaba una prueba.

—Y por qué no ahora, tomando una última copa —sugirió él con sensual entonación y un brillo especial en los ojos. No pensaba darse por vencido tan pronto.

Tania dudó. Había sido un día muy intenso y estaba cansada, pero no le apetecía separarse de él aún, por mucho que su sensata voccita interna le repitiese que debía hacerlo. Sabía a lo que se exponía. Era imprudente subir a su casa, los dos solos, y en el estado de excitación en el que estaba. No iba a negar que no recelaba lo que él pretendía, pero asumió los riesgos.

—La última —admitió al fin.

Bajó del coche y cruzó la acera seguida por Max. Abrió la puerta y ambos se dirigieron al ascensor. Se sentía algo nerviosa y se recriminó por ello. ¡No era una adolescente ante su primera cita, por Dios! Era una mujer experimentada y acostumbrada a resistirse al encanto de hombres atractivos. Lo malo era que hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de buen sexo, de ahí el seísmo interno que sentía.

—¿Vives en el lugar donde tienes las oficinas? —se sorprendió Max al leer el rótulo en la puerta de entrada. Sabía que era el mismo edificio porque había estado allí en una ocasión, pero pensaba que se trataba de pisos distintos.

—Sí. Es mi casa-oficina; aunque por poco tiempo, espero. Acabo de alquilar unas en la zona de Les Corts —le explicó.

Entraron en el piso. Pronto dejaron atrás la zona de trabajo y Tania lo guio por un pasillo hasta un saloncito en la parte privada de la vivienda, al que daban dos puertas cerradas.

Max observó a su alrededor. El apartamento era acogedor y estaba decorado con buen gusto.

—¿Qué te apetece tomar? —le preguntó Tania desde la cocina.

—Cualquier cosa sin alcohol.

Tania se sobresaltó al escuchar la voz tan cerca. Él se encontraba detrás, mirando por encima de su hombro el interior del frigorífico. Ella sacó dos botellines de té frío y los sirvió en vasos. Estaba algo turbada porque Max tenía el cuerpo pegado a su espalda. La respiración se le aceleró al sentir una dureza rozando sus nalgas.

—Y, dime, ¿cuándo voy a hacer esa demostración tan importante para conseguir el puesto? Quiero prepararme a fondo para superarla con la máxima nota —dijo él.

Tania sabía a qué se refería. Era consciente de que la había estado demorando de forma intencionada y no solo porque la consideraba innecesaria. Estaba convencida de que Max era un amante magnífico, al igual que había sobresalido en todo lo demás. Lo que le incomodaba era pensar en Jana y él juntos. Tenía dos alternativas: o la suspendía o la realizaba ella misma.

Valoró la idea y le pareció muy atractiva. Le deseaba, y él a ella, por lo que podía apreciar. Eran personas libres y sin compromiso, o eso le había dicho, lo que no les impedía que se fueran a la cama juntos. Sabía que no era correcto. Nunca había sucumbido a los encantos de sus empleados por muy atrayentes que le pareciesen, pero este hombre tenía un magnetismo al que no se podía resistir.

Abrió un poco las piernas para facilitar el rozamiento, con lo que le indicó que accedía a sus insinuaciones. Max captó de inmediato el mensaje que le lanzaba y no perdió ni un segundo en pasar a la acción. La rodeó con sus brazos y la pegó más a su cuerpo.

—He estado deseando hacer esto desde el mismo momento en que te conocí —le confesó al oído con un susurro apasionado.

Tania sintió el cálido aliento en su oreja y se estremeció de deseo. Las manos de Max se movían por su cuerpo, rozaban sus pechos, tanteaban su contorno y excitaban los pezones, que se endurecieron y presionaron la ropa, al tiempo que con labios y lengua se dedicaba a torturar su cuello y su nuca.

Quiso girarse, y Max la mantuvo en la misma posición. Le separó más las piernas con las suyas e hizo que se inclinara sobre la encimera. Le deslizó una de las manos por su vientre para acariciarla entre las piernas con destreza, y masajeó su zona más sensible de forma enloquecedora, mientras su ardiente miembro frotaba y presionaba contra su trasero.

Tania cerró los ojos y se concentró en las soberbias sensaciones que él le provocaba. El orgasmo no tardó en llegar. Se estremeció entre sonoros gemidos que no quiso silenciar y que la dejaron con la respiración entrecortada.

Max no le dio descanso. Necesitaba besar aquella boca que le había estado volviendo loco durante días, desde que la vio por primera vez. La giró, la sentó sobre la encimera y le agarró la cabeza para acercarla a su boca y devorarla con enloquecida pasión.

Tania sintió la misma necesidad en cuanto la lengua de Max rozó la suya y le devolvió la caricia con idéntica intensidad. Le rodeó la cintura con las piernas para intensificar el contacto de los cuerpos en aquella palpitante zona y le echó los brazos al cuello.

Sin dejar de besarla, Max la agarró por los glúteos y la levantó.

—¿Tu cuarto? —preguntó de forma apremiante. La voz era tan ronca que le sonó rara en sus propios oídos.

—La otra puerta —indicó Tania con el mismo apremio.

Con ella en brazos, Max salió de allí y se dirigió hacia la puerta cerrada que daba al salón. Sus manos se deslizaban por el cuerpo femenino con una urgencia desenfrenada, en ardientes y posesivas caricias guiadas por la pasión que le consumía.

La dejó unos segundos en el suelo para abrir la puerta, lo que aprovechó ella para desabrocharle los botones de la camisa. Quería sentir bajo sus dedos el tacto de la piel, pero le temblaban tanto que terminó arrancándole los últimos botones. Una vez que tuvo libre acceso al musculoso pecho, en el que leves toques de rizado vello oscuro matizaban la suavidad de la piel, frotó su rostro por él e inspiró el cautivador aroma que desprendía.

Max se deshizo de la camisa mientras ella le desabrochaba el cinturón y le bajaba la cremallera del pantalón, que se deslizó hasta el suelo. Su mano se introdujo dentro del bóxer y abarcó el duro músculo que ocultaba. Se sintió entusiasmada con su calidez y suavidad. Él gruñó y volvió a tomar su boca para saquearla a conciencia, aprovechando para bajarle la cremallera del vestido.

Tania continuaba acariciándolo íntimamente, muy complacida por los temblores que le provocaba. Max la apartó un poco para sacarle el vestido. La cogió en brazos y se desplazó los pocos metros que le quedaban para llegar a la cama.

La tendió en ella y se quitó el resto de ropa con rapidez, sin dejar de contemplarla con ojos encendidos. Estaba bellísima con aquella ropa interior de satén azul noche que brillaba sobre su blanca piel.

Tania no podía dejar de mirarlo tampoco. Su cuerpo delgado y fibroso de largos músculos la tenía hipnotizada. Y, cuando él se despojó del bóxer y pudo verle por primera vez en todo su esplendor, un suspiro de admiración escapó de su garganta. Ni el mejor de los consoladores se podía comparar con lo que Max tenía entre las piernas. Esperaba que supiera usarlo con destreza.

Max se inclinó y la besó con pasión antes de darle la vuelta para desabrocharle el sujetador. En la misma posición, le bajó la braguita y besó y mordisqueó las dos turgentes semiesferas que se mostraban tentadoras.

Tania emitió una risita nerviosa e intentó girarse; se sentía insegura en esa posición. Él se lo impidió al agarrarla de la cintura. Quería continuar degustando esa zona de su anatomía que tanto le subyugaba y no iba a consentir que se lo impidiese.

El placer que sentía acabó por relajarla y cedió. Max continuó lamiendo por la parte posterior de los muslos hasta llegar a las rodillas. Al sentir la húmeda lengua en aquella sensible parte de su cuerpo, Tania se estremeció y su respiración se aceleró.

Max se incorporó y, manteniéndola de espaldas, la puso de rodillas encima de la cama y le cerró las piernas. A Tania le sorprendió esa maniobra, pero estaba tan excitada que pensaba dejarle hacer lo que quisiera, siempre que usase protección.

—Hay preservativos en el cajón de la mesilla —le indicó con la voz entrecortada.

—Más tarde —respondió Max con tono enronquecido, que delataba su agitación.

Se colocó detrás de ella, le introdujo su duro falo entre las piernas y lo deslizó entre los labios de la vulva de tal forma que, sin llegar a penetrarla, la suave punta rozaba el clítoris y les provocaba a ambos una sensación deliciosa.

Tania gimió y suspiró muy cerca de la culminación y él, para acelerarla, presionó con la



mano su glande e intensificó la presión. Ella se movió para intentar introducirlo en su interior. Estaba tan excitada que no le importaba que no llevase condón.

Max se lo impidió.

—No —fue tajante—. Quiero que te corras así. —Y continuó estimulándola de aquella forma hasta que la oyó gritar y convulsionarse como consecuencia del delirio del éxtasis.

## CAPÍTULO 23

Cúbreme, amor, el cielo de la boca  
con esa arrebatada espuma extrema,  
que es jazmín del que sabe y del que quema,  
brotado en punta de coral de roca.

**Rafael Alberti**

*Cúbreme, amor, el cielo de la boca (fragmento)*

Tania se desplomó sobre la cama con el corazón acelerado y respirando con dificultad. Antes de que los últimos resquicios de placer desaparecieran, él le dio la vuelta y se inclinó para acariciarla con la boca, al igual que antes lo había hecho con otra parte de su cuerpo.

Entre la nebulosa que poblaba su cerebro en esos momentos, Tania sintió que él le separaba las piernas para dejar al descubierto su secreto más íntimo.

—Precioso, como todo en ti —murmuró Max antes de que su lengua comenzara a trabajar con destreza.

Tania gemía y suspiraba fuera de sí mientras se agarraba a las sábanas y movía sus caderas al ritmo que marcaba la lengua masculina. Nunca había sentido tanto placer con esa caricia. Max era un verdadero artista y estaba creando música con su cuerpo. Si pensaba que tras el último orgasmo sería incapaz de soportar otro, se equivocaba. El nuevo que le sobrevino fue más intenso que el anterior, lo que la obligó a gritar y agarrar la cabeza de él en un intento por prolongar aquellas exquisitas sensaciones.

Cuando ella suavizó la presión de sus manos, Max se retiró y se tendió a su lado. La atrajo hacia su cuerpo y la abrazó con ternura.

Tania lo besó. Pudo degustar su propio sabor en aquellos labios enloquecedores y eso la excitó otra vez. Se frotó contra él de forma insinuante. Quería que la penetrara. Se moría por sentirlo dentro de ella.

Max tenía otra cosa en mente.

—¿Qué tal si ahora haces tú el trabajo? —invitó con la típica sonrisa picarona que ella conocía tan bien.

—¿Cansado ya? ¡Qué decepción! Parecías más vigoroso —bromeó.

—Reservo mi energía para el final, que va a ser apoteósico.

Tania sonrió y se colocó a horcajadas sobre él, encima de aquel duro báculo que quedó apretado contra su húmedo sexo. Le cogió ambos brazos y los colocó por encima de su cabeza.

—¿Me prometes estarte quietecito o tendré que atarte? —preguntó con fingida seriedad.

—Voy a ser muy aplicado. No me moveré hasta que me des permiso —prometió con voz poco firme. Todo él palpitaba de pura necesidad. Estaba al límite de su resistencia.

—Me encantan los chicos obedientes.

Tania se inclinó sobre él y le rozó el rostro con el cabello para pasarlo después por su torso. Max permaneció quieto a pesar de lo enloquecedora que le resultaba aquella sensual caricia. Le costó algo más cuando pasó a utilizar sus pezones. El sentir aquellos duros puntitos deslizarse sobre su piel era una tortura, que aumentó cuando Tania se dedicó a lamer y mordisquear los

suyos y a moverse de forma sinuosa contra el palpitante pene, en un lento y lascivo masaje.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad cuando Tania deslizó la lengua por el vientre hasta llegar a la ingle. Max gimió de expectación. Esperaba que no tuviese intención de demorarse allí. Se arrepentía de haber querido prolongar los juegos preliminares. Debió dejarlos para cuando la necesidad hubiese menguado.

Tania frotó su rostro en el suave vello que cubría esa zona, con lentas y tortuosas pasadas. Se sentía perversa. Quería devolverle la jugada, hacerle suplicar, al igual que él había hecho antes. Le sintió temblar y sonrió orgullosa.

—Tania, por favor... —rogó él con voz casi inaudible. Estaba próximo a sucumbir.

—Por favor, ¿qué? —preguntó ella con fingida inocencia.

—Tu boca... Ya... Por favor... —Las palabras salían con dificultad de su garganta debido a la entrecortada respiración.

—Oh, vaya; es eso lo que quieres —dijo con un candoroso ronroneo.

Tania se apiadó de él y decidió concederle lo que pedía. Sin prisas, fue ascendiendo con la lengua por el rígido mástil hasta llegar al delicado glande, que recorrió con húmedas y electrizantes caricias. Cuando él estaba a punto de gritar de frustración, lo introdujo profundamente en la boca, y volvió a sacarlo para realizar el mismo camino a la inversa.

Max jadeó y cerró los ojos en un intento por serenarse. Evitaba a toda costa contemplar la erótica imagen que presentaba Tania con su verga en la boca. Sin embargo, consiguió el efecto contrario; ya que, de esa forma, sentía con mayor intensidad sus arrebatadoras caricias, como si todo su cuerpo se redujese a aquella sensible parte que ella estaba incitando con tanta pericia. Dejó de luchar y, con un suspiro de rendición, se dedicó a gozar.

Tania estaba entusiasmada con aquel trozo de él que tenía a su entera disposición. Aunque no se negaba a practicar esas caricias a sus parejas sexuales, reconocía que nunca había disfrutado tanto como en aquellos momentos. Estaba extasiada con el tacto sedoso del oscuro y cálido glande, con las gruesas venas que recorrían todo el tronco y en las que la sangre bombeaba con furia, con la dureza y tersura del escroto... Pero lo que más le maravillaba era escuchar la respuesta de él: esos jadeos, quejidos y placenteros lamentos eran la música más bella que había escuchado nunca, porque le indicaban lo que estaba disfrutando con sus caricias.

Max, consciente de que estaba a punto de eyacular, se incorporó un poco y le agarró la cabeza con las manos para levantársela con delicadeza.

—Ya es hora de que me ponga ese preservativo —reconoció. Intentó pasar por alto la expresión del rostro de ella: arrebolado, con los ojos brillantes y los labios húmedos. Era la imagen más erótica que había visto en su vida.

Tania se incorporó algo desorientada y le señaló con un gesto la mesilla de la derecha.

—En el cajón de arriba —indicó. Tenía la respiración muy agitada y el corazón le bombeaba con fuerza en el pecho.

Max abrió el cajón. Sonrió al ver el vibrador y lo apartó para coger el paquetito. Ella, que no se había acordado de que estaba en ese lugar, se sonrojó. No le hacía gracia que hubiese comprobado lo triste y solitaria que era su vida sexual. Se olvidó de ello cuando Max, que se había colocado el condón en tiempo récord, la cogió por la cintura y la colocó a horcajadas sobre él.

—¿Sabes montar a caballo? —le preguntó con una sonrisita nerviosa, antes de dejarla caer sobre su duro miembro y penetrarla hasta el fondo. Apretó los dientes y cerró los ojos, traspasado por el placer, al sentir las aterciopeladas paredes de la vagina cerrándose sobre él y acogiéndolo

en un cálido abrazo; pero no se movió a pesar de la urgencia que sentía. Quería que ella marcara el ritmo, que llevase la iniciativa, y al mismo tiempo rogaba para que no se demorase demasiado.

Tania emitió un gritito de sorpresa seguido de un gemido de auténtico deleite al sentirlo tan dentro de ella, y permaneció quieta, saboreando las insuperables emociones que le provocaba. Tras unos segundos, se movió. Elevó las caderas con lentitud para caer con fuerza otra vez. Repitió el movimiento varias veces con idéntica lentitud y firmeza. No tenía prisa, deseaba prolongar ese momento de pasión contenida y juego erótico todo el tiempo que fuese capaz.

Sacó el congestionado pene de su interior para acariciarse con él entre las piernas, rozando su punto más sensible hasta que sintió un delicioso fuego extendiéndose por sus entrañas. Volvió a introducirlo hasta el fondo, y se quedó quieta, para que el abrazo interno fuese más intenso.

Max estaba sufriendo un calvario al intentar mantener bajo control el desesperado deseo que le impulsaba a moverse de forma frenética y descargar el ardor que lo consumía, pero supo que no aguantaría más cuando Tania empezó a estimularlo de forma tan lasciva.

—¿Y si me cabalga un poquito? —sugirió él con un hilo de voz.

—¿No te gusta lo que estoy haciendo? —preguntó Tania con voluptuosidad, aun conociendo la respuesta.

—Ese es el problema, que me gusta demasiado. —El agónico gemido que salió de su garganta confirmaba sus palabras.

Alargó un brazo y atrajo hacia su boca la cabeza de ella para besarla con ferocidad, al tiempo que elevaba las caderas y la incitaba a que lo galopara.

Tania, que también estaba hambrienta, incrementó el ritmo de sus movimientos sin avergonzarse de expresar a gritos lo que sentía. Max comprendió que no era suficiente y la agarró de las caderas para moverla sobre él con salvaje delirio, hasta que oyó su apasionado grito de liberación. Se hundió entonces en la húmeda gruta y se dejó ir, como un náufrago perdido en el mar de deseo que lo dominaba. Su cuerpo se convulsionó y un ronco sonido surgió de lo más profundo de su pecho. En esos momentos, creyó que estallaría en miles de pequeños pedazos.

Tania, exhausta, se tendió sobre el cuerpo masculino sin perder el contacto por el que estaban unidos. Max la abrazó y depositó un tierno beso en su cabello.

—No me has contestado a la pregunta —mencionó él pasados unos minutos, cuando pudo regular suficientemente la respiración para poder hablar.

—¿Qué pregunta? —Ella también se sentía sofocada.

—¿Cuándo voy a hacer la prueba que me queda por superar? —Su sonrisa insinuaba que no era necesaria la respuesta.

Tania le siguió el juego.

—La acabas de realizar. Y, al igual que en las anteriores, has sacado un notable muy alto —admitió con una sonrisa feliz.

—¿Solo un notable?! —exclamó con una cómica mueca con la que quería expresar lo ofendido que se sentía—. ¡Vaya, qué desilusión! En ese caso, tendré que repetir el examen para subir nota. Ya te dije que soy de sobresaliente y no pienso conformarme con menos —bromeó, y le buscó la boca para repetir el examen.

La carcajada de Tania fue silenciada por aquel beso devorador que le hizo olvidarse de todo lo que les rodeaba.

# CAPÍTULO 24

La pasión a menudo convierte en loco al más sensato de los hombres, y a menudo también hace sensatos a los más locos.

**François de la Rochefoucauld**

Tania miró a Max, que dormía exhausto tras varias horas de juego amoroso, y sintió una emoción hasta entonces desconocida. Le gustaba y mucho. Era uno de los hombres más atractivos que se habían cruzado en su vida, aparte de un atleta sexual generoso, entusiasta e imaginativo. Y había algo más, algo de él que le atraía de forma poderosa hasta el punto de superar a todos los demás.

Anna, que era una romántica empedernida, le diría que se estaba enamorando. Ella no se atrevía a tanto; ni siquiera quería poner nombre a las emociones que la recorrían cada vez que lo tenía cerca. Pero no cabía duda de que sentía algo especial por él, y no solo como consecuencia de la intimidad que acababan de compartir. Lo que constituía un problema, porque ese mismo sentimiento de posesión que le había impedido entregarlo a Jana le impediría también sobrellevar con estoicismo el que prodigara a otras mujeres las mismas caricias que había compartido con ella. Pero ¿cómo decirle que no lo contrataría cuando estaba tan ilusionado por conseguir el trabajo?

Para evitar despertarle, se levantó de la cama y salió de la habitación. Un gran desasosiego la embargaba. Tenía que ordenar sus pensamientos y, sobre todo, aclarar sus sentimientos. Junto a él no era capaz de hacerlo.

Cerró la puerta y recogió las prendas de Max, que estaban diseminadas por el suelo. Se puso su camisa. El olor que desprendía le hizo suspirar. Dobló el pantalón y dos objetos resbalaron de los bolsillos: el teléfono móvil y un llavero con varias llaves. Los dejó encima de la mesita y se dirigió a la cocina. Tenía hambre.

Con un sándwich y un vaso de agua, regresó al salón. Se acomodó en el sofá y comió con ganas, pensando en lo que iba a hacer en el futuro. El ejercicio físico le había abierto el apetito. Sonrió al recordar algunas imágenes de horas antes. ¿Cómo podía ser tan perverso con la carita de buena persona que tenía?

Un movimiento la distrajo. Se trataba del teléfono móvil de Max, que vibraba sobre la mesa. Echó una ojeada a la iluminada pantalla y sus ojos se agrandaron al leer el nombre de la persona que llamaba: B. Pallarés.

Un repentino temblor la sacudió. ¿Bernat? No, no podía tratarse de él. No tenía nada que ver con Max, aparte de la coincidencia de la noche anterior, y en ella habían demostrado que no se conocían.

Intentó quitarle importancia al asunto y evitar sacar conclusiones erróneas. Ese apellido era muy común en Cataluña y la B que aparecía al principio podía corresponder a cualquier otro nombre con esa inicial.

El leve zumbido cesó y empezó de nuevo tras unos segundos. Otra llamada de la misma persona. A la tercera, Tania no pudo evitar el impulso y cogió el móvil. Tenía que salir de dudas. Pulsó en «Aceptar llamada» y escuchó.

—¿Por qué no contesta, Rovira? Llevo llamándole toda la tarde. Le dije que me mantuviese informado de lo que hacía la señorita Castell y no me ha enviado ni un par de líneas.

Tania se quedó petrificada al reconocer la voz de su antiguo jefe, por lo que no advirtió que Max cogía el teléfono de su mano y, tras escuchar unos segundos, lo apagaba.

—Déjame que te explique —intentó justificarse él. La pesadumbre que mostraba su rostro solo era una mínima parte del sufrimiento que sentía en su interior.

Ella reaccionó al escucharle. Se levantó y lo miró con los ojos anegados de lágrimas.

—Márchate ahora mismo —ordenó con voz contenida. Temblaba del esfuerzo por evitar echarse a llorar delante de él, y no quería darle esa satisfacción.

—Por favor, no me juzgues sin escucharme antes —le rogó Max. Tenía que explicarle lo que ocurría. No podía permitir que pensara lo peor de él.

Tania se quitó la camisa que llevaba puesta y se la lanzó a la cara de forma violenta. Se quedó desnuda ante él, pero no intentó cubrirse.

—¡Fuera! ¡No quiero volver a verte! —exclamó con furia.

Max se acercó. El poso de dolor que se apreciaba en la voz de ella fue como un cuchillo que se le clavara en el corazón.

Tania cogió las llaves y se las lanzó.

—¡He dicho que te marches, maldito cabrón! —gritó fuera de sí. Las lágrimas que había estado conteniendo con tanto esfuerzo escaparon en torrente de sus ojos.

Max obedeció. Recogió sus ropas y se marchó. Sabía que no iba a conseguir razonar con ella hasta que se enfriara su enojo, si es que ocurría; entonces intentaría explicarle todo lo ocurrido antes y después de conocerla. No soportaba verla tan desolada. Imaginaba lo traicionada que se sentía en esos momentos y un furor asesino se adueñó de él. ¡Maldito Pallarés!

Había cometido una estupidez al dejar el teléfono encendido. Aunque su mayor error fue no comunicarle al cliente que cancelaba el trabajo en cuanto escuchó de labios de Tania la versión de lo sucedido entre ellos, que era la que creía. Incluso antes de eso, cuando comenzó a dudar de la credibilidad de las acusaciones que Pallarés había esgrimido para forzar la investigación; pero fue la sentida confesión de Tania lo que acabó por convencerle de que el otro mentía y solo le movía el deseo de vengarse de ella.

Apesadumbrado, salió a la calle y se dirigió a su automóvil. Necesitaba pensar. Tenía que encontrar una solución a su gran metedura de pata. Por nada del mundo quería que su relación con Tania terminara de esa forma.

Ensimismado en sus pensamientos, no advirtió que una persona lo observaba desde un coche estacionado a pocos metros del suyo.

Como solía hacer con frecuencia, Bernat llevaba varios minutos en aquel lugar, vigilando las ventanas del piso de Tania, y se quedó atónito al ver salir a Max del edificio donde ella vivía a aquellas horas de la noche. Concluyó que habían tenido algo más que una relación profesional y eso le encolerizó. ¿Estaba tan ocupado tirándosela que no podía contestar a sus llamadas? Los celos le cegaron. ¿Por qué la muy zorra podía acostarse con todos menos con él?

Max subió al coche y, antes de arrancar, marcó el número de Pallarés. No pensaba esperar ni un minuto más para zanjar el asunto con ese individuo.

—Ya era hora de que me respondiera. ¿Por qué ha colgado antes? —preguntó Bernat furioso.

Con un gran esfuerzo, Max se contuvo de decirle lo que pensaba de él. Sería suficiente con cancelar el trabajo. Ya se encargaría de impedirle que siguiera asediando a Tania.

—No estaba en situación de hablar con usted en ese momento; aunque, ya que ha llamado, aprovecho para comunicarle que abandono la investigación.

A Bernat le crisparon las palabras de Max.

—¿Y cómo es eso? —preguntó con malicia. «La muy zorra le habrá pedido que lo haga; debe ser muy convincente», malpensó.

—Tengo mis razones para cancelar el encargo, aparte de que considero innecesario continuar investigando. Por lo que he podido averiguar hasta ahora, las sospechas que usted tiene son infundadas. El negocio de la señorita Castell me parece legal y no oculta ninguna irregularidad. Creo que pierde el tiempo. Y no tema, no voy a pasarle ninguna factura.

—Eso no me vale. Usted tiene que continuar hasta que encuentre algo que pueda utilizar para demandarla —exigió Bernat de malos modos.

—Se equivoca. No tengo que hacerlo si no lo deseo; es más, le aconsejo que abandonase la idea y deje de acosar a Tania.

Max colgó sin esperar respuesta. Arrancó el coche y se puso en marcha sin rumbo fijo.

La explícita amenaza no hizo mella en Bernat, que acababa de confirmar sus recelos: Tania, al igual que con todo hombre que se le ponía por delante, lo había encandilado con su apariencia de niña inocente y desvalida, y ese tonto había creído sus mentiras. Pero no iba a consentir que se saliese con la suya. Él le daría su merecido. No pensaba aplazarlo más.

Bajó del coche y se acercó al portal del edificio. Sabía que, si llamaba a la casa, Tania no le abriría, por lo que pulsó otro botón.

—Podría abrirme, por favor; la llave del portal no funciona —se justificó con voz atribulada. Oyó el sonido de apertura y empujó la puerta—. Muchas gracias.

Subió en el ascensor hasta el piso de Tania y llamó. Al ver que no abría, volvió a llamar.

—No vuelvas a molestarte o llamaré a la policía —avisó Tania tras la puerta cerrada. Imaginaba que era Max y no pensaba dejar que la embaucara con más mentiras.

Bernat insistió y ella, temiendo que pudiera alertar la curiosidad de los vecinos, abrió. Estaba decidida a enfrentarse a él y dejarse de estúpidas lágrimas. Había sido una necia al confiar en una persona que apenas conocía. No sabía qué tipo de relación tenía con Bernat, aunque el hecho de que se conocieran e intentaran ocultarlo era suficiente para sentirse engañada. ¡Cuánto debieron reírse a su costa al simular no conocerse en el *pub* del puerto noches antes! Había estado jugando con ella todo el tiempo. Era una estúpida por no haberlo advertido.

—Márchate, Max. Te he dicho que no quiero volver a...

Tania enmudeció al ver a Bernat en la puerta. Lo miró entre sorprendida e irritada. Lo que menos podía imaginar, en esos momentos, era encontrarlo allí.

—Hola, preciosa. ¿A que te alegras de verme? —dijo él con una complacida sonrisa al reparar en el desconcierto de su rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz dura, en la que era notorio el desprecio que sentía.

—Visitarte. He visto salir a tu nuevo chico y he imaginado que no te habría dejado satisfecha, teniendo en cuenta tu fogosidad. Conmigo no tendrás esos problemas, puedes estar segura.

A Tania no le gustó la perversa expresión de su rostro. La conocía bien y no auguraba nada bueno.

—¡Márchate! —le ordenó con firmeza, e intentó cerrar la puerta.

Él la empujó con fuerza y entró. El temor invadió a Tania por primera vez. Ese hombre le asustaba. Era mezquino y vengativo. Le creía capaz de cualquier cosa.

—De ningún modo. No pienso hacerlo hasta que consiga lo que he venido a buscar. Si no me lo das por las buenas, tendré que obligarte. Puede que te guste la rudeza; a mí me encanta. — Una ladina sonrisa acompañaba a sus palabras.

Tania comprendió que corría peligro. Bernat no se detendría ante nada.

—Si no te marchas ahora mismo, llamaré a la policía —avisó con voz temblorosa, y retrocedió conforme él avanzaba.

—Vamos, Tania, sé buena. Lo vamos a pasar muy bien. —El brillo sádico de sus ojos no dejaba dudas de sus intenciones.

Bernat intentó abrazarla. Ella se escabulló y llegó hasta el salón, donde tenía el teléfono. Él la siguió y se lo quitó antes de que pudiera marcar el número. La rodeó con sus brazos y posó su boca violentamente sobre la de ella.

Tania le mordió el labio y lo empujó con todas sus fuerzas. Con ello consiguió que aflojara el abrazo, lo que aprovechó para escapar hacia la puerta de salida.

—Ven aquí, zorra. Esta vez no te vas a librar de que te dé tu merecido —avisó colérico, y fue tras ella. La atrapó y la empujó contra la pared. La bloqueó con su cuerpo para controlarla y se pegó a ella.

Tania se sintió atrapada. El peso de Bernat le impedía todo movimiento y se temió lo peor. Luchó. No iba a dejarse violar sin oponer toda la resistencia de la que fuera capaz.

—Estate quieta o te aseguro que te va a doler mucho más de lo que piensas. —Le sujetó la cabeza con ambas manos y volvió a besarla en la boca.

Tania sintió náuseas ante el aliento de él. Con los ojos cerrados, intentó mover la cabeza para evitar el contacto. No lo consiguió porque él era más fuerte de lo que imaginaba y la tenía dominada.

De pronto, advirtió que la presión desaparecía y se vio libre del cuerpo de Bernat. Oyó el golpe y abrió los ojos. Quedó conmocionada al ver a Max de pie ante el agresor, que yacía derribado en el suelo. Tenía los puños apretados y una expresión homicida en el rostro.



# CAPÍTULO 25

El verdadero amor no se conoce por lo que exige, sino por lo que ofrece.

**Jacinto Benavente**

Max, acuciado por los remordimientos, había decidido regresar a la casa de Tania con la intención de no marcharse de allí hasta haberle explicado la naturaleza de su relación con Pallarés y confesarle que había decidido renunciar al trabajo en el mismo momento en el que se convenció de que ella era una víctima inocente del desequilibrio mental de ese despreciable individuo.

Al llegar al edificio, tuvo la suerte de que una pareja entraba en él y le fue sencillo subir hasta el piso. Se alarmó al ver que la puerta de entrada estaba semiabierta. Juraría que la había cerrado al marcharse unos minutos antes. ¿Cuál sería el motivo? No eran horas de oficina.

Entró con el corazón martilleándole en el pecho y rogando que no le hubiese ocurrido nada grave a Tania. Escuchó unas voces procedentes del fondo de la casa. En un principio pensó en retirarse. Si ella tenía una visita, no era el momento de hablar. Pero las inquietantes palabras que escuchó, de una voz masculina que no reconoció en ese momento, lo impulsaron a correr hacia el salón.

Cuando irrumpió en él y vio a Tania forcejear con un hombre que intentaba agredirla, la ira lo cegó y arremetió contra él con una furia arrolladora. Lo cogió por el cuello y consiguió que la soltara. Una vez que ella estuvo libre, descargó un golpe contundente que derribó al hombre. Fue entonces cuando Max reconoció en el atacante a Bernat Pallarés.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Max a Tania con ansiedad.

Ella negó con la cabeza, pero eso no le tranquilizó.

—¿Qué hace, imbécil? ¡No se meta en este asunto y márchese! —ordenó Bernat encolerizado. Se puso en pie con dificultad.

Max se giró hacia él con toda la cólera que lo dominaba destellando en la mirada.

Bernat captó la intención e intentó atacarle primero. Max, que era más rápido y hábil, le propinó otro puñetazo con el que volvió a derribarlo.

—Se va a arrepentir de esto, Rovira. Le denunciaré y acabará en prisión; y esa ramera también —les amenazó Bernat con mirada feroz. Un hilillo de sangre le manaba de la nariz.

Max se le acercó con la intención de continuar golpeándolo, pero la voz de Tania lo detuvo:

—No merece la pena. Deja que se marche.

Él la recorrió con los ojos para detectar posibles lesiones.

—Créeme, estoy bien. No me ha hecho daño —le aseguró al advertir su preocupación.

Max pareció calmarse un poco. Agarró a Bernat de la camisa y le dijo:

—Si vuelve a acercarse a ella, nada me impedirá mandarle al hospital. Y, si es tan estúpido de intentar perjudicarla de alguna forma, piense que he sido testigo de una agresión. Mi testimonio, unido a la denuncia por acoso que ella interpuso contra usted hace tiempo, convencerá a cualquier juez de revisar el caso. Y en esta ocasión no se libraría con tanta facilidad, puede estar seguro. Iría a la cárcel por una buena temporada.

Las palabras de Max, y el brillo de determinación que mostraban sus ojos, convencieron a

Bernat de que no hablaba en broma. Decidió que era más conveniente retirarse. Se desprendió de la mano que lo agarraba y salió de allí con rapidez.

Una vez que se quedaron solos, Max se acercó a Tania. El rostro de ella reflejaba la tensión que acababa de vivir; y el de él, la furia que aún lo dominaba.

—¿De verdad que te encuentras bien? —volvió a preguntarle. No podía desprenderse de la preocupación que sentía.

Tania asintió con un gesto. Su cuerpo temblaba como una hoja a merced de la tormenta. Max le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su pecho, pero ella se mantuvo rígida. Se desprendió del abrazo y se recostó en el sofá. Necesitaba serenar su ánimo tras la terrible experiencia sufrida.

Él se sentó en una esquina, dispuesto a quedarse allí todo el tiempo que le permitiera.

—Me gustaría que te marcharas. Deseo estar sola —le pidió.

Max comprendía su estado de ánimo. Debía verlo como un traidor, y se merecía su desprecio por no haber renunciado a la investigación o, al menos, haberse sincerado con ella, aunque hubiese incumplido el compromiso de confidencialidad que la ética le exigía. Pero no podía marcharse sin exponerle sus motivos, por si con ello lograba paliar en algo el daño que le había causado.

—Tania, déjame explicarte...

Ella negó con la cabeza. No quería explicaciones; no por ahora. Le bastaba saber que Max se había enfrentado a Bernat, la había salvado de una agresión y hasta era probable que la hubiese librado de él para siempre. Con todo, no conseguía olvidar que antes de eso le había mentado.

—Por favor, Tania, solo será un momento. Luego me marcharé, te lo prometo —insistió. Necesitaba hacerle comprender que no era el desalmado que creía. Que, cuando habían hecho el amor, ya había tomado partido por ella.

Tania, a pesar de la gran decepción que había sufrido, quiso darle esa oportunidad. Se resistía a creer que se hubiese equivocado tanto con él. Max, animado por su silencio, se decidió a hablar:

—Verás, aparte de escritor, como te comenté, soy periodista *freelance*. La mayor parte de mi trabajo se centra en realizar reportajes de investigación de diferente tipo y en diversos lugares del planeta, que luego vendo a cadenas de televisión, productoras independientes y prensa escrita. Además, acepto encargos de particulares que me parezcan interesantes y de los que pueda extraer buenos artículos. Palarés contactó por teléfono conmigo hace un par de semanas a instancias de un amigo común, que me recomendó. Tenía indicios de que una empresa de la competencia era la tapadera de un negocio de prostitución masculina y quería reunir pruebas para denunciarla. No me convenció el tema y lo rehusé. Llevo otros entre manos y no tenía tiempo para ese. Tampoco le veía interés profesional. Me parecía un asunto de rivalidad entre empresas que no me proporcionaría un buen reportaje para vender a algún medio de información. Pero él no se conformó con mi negativa y recurrió a algunas amistades. Al final, una productora de televisión me convenció para que aceptase. Si resultaba ser un tema con repercusión social, compraría el reportaje y yo obtendría un ingreso extra. —Max hizo un gesto de pesar. Se arrepentía de no haber seguido su primer impulso y rechazar un trabajo que le olía mal desde un principio. La avaricia le cegó.

Tania escuchaba sus explicaciones, sorprendida de lo que estaba oyendo, pero sin dar muestras de ello.

—Imagino que Pallarés los persuadió del gran éxito de audiencia que obtendrían debido a que todo lo relacionado con sexo, gigolós y prostitución en general atraía mucho a los telespectadores y haría subir los índices de audiencia, lo que es fundamental para cualquier cadena de televisión. Antes de comenzar, hice mis investigaciones y todo me pareció legal. Así se lo dije a Pallarés con la esperanza de que desistiera. No lo conseguí porque él insistió en que continuara indagando hasta encontrar algo que te incriminase; y así lo hice.

Tania continuaba en silencio, sin mirarle, y Max continuó:

—La única manera que veía de obtener información veraz era infiltrándome en la agencia. A la productora le pareció una gran idea porque, aunque no encontrase nada imputable, podía surgir un reportaje morboso; en especial si utilizaba cámaras ocultas, cosa a lo que me negué. Creo que en esa decisión debió influir también el hecho de que seas hija de un importante abogado, con contactos entre las personas más influyentes de la ciudad y del país, y cuya esposa es asidua en la prensa amarilla por proceder de la alta sociedad barcelonesa. Como te digo: cuanto más morbo, mejor para subir audiencia. —Le avergonzaba reconocer que en el pasado había colaborado en algunos reportajes de ese tipo, que solo buscaban el escándalo, y en los que algunas personas honradas salieron perjudicadas. Cuando comprendió que ese no era el camino que quería seguir, dejó de hacerlo. Ahora solo se dedicaba a temas de denuncia social contra organismos públicos y grandes corporaciones, que esos se ensuciaban las manos solo por ambición de poder y sin el menor escrúpulo.

Tania mantenía los ojos fijos en algún punto indefinido, sin revelar ninguna reacción, pero escuchando con atención todo lo que decía.

—Lo demás ya lo sabes —continuó Max—. Contacté con la agencia, me hice pasar por un solicitante de empleo, te conocí, me gustaste, comencé a desconfiar de las intenciones de Pallarés, que ya me parecieron poco limpias cuando me propuso investigarte, me convencí de que tú no escondías nada ilegal... Así se lo comuniqué en varias ocasiones, pero él insistía en que debía encontrar pruebas para aportar a la denuncia. No dudo de que su intención era que, de no encontrarlas, las falseara o algo por el estilo. Cuando esta tarde me has explicado el problema que tuviste con él, decidí abandonar la investigación de inmediato. Pensaba llamarle cuando me marchara de aquí, pero no tuve tiempo. —Hizo un gesto de pesar. Si hubiera actuado antes, Tania se habría evitado ese desafortunado encuentro con Pallarés porque él habría permanecido allí toda la noche.

—Le llamé al marcharme de aquí, después de que descubrieras su llamada, para comunicarle mi renuncia y aconsejarle que no siguiera con la investigación. Puede que eso le haya impulsado a venir. Si es así, me siento responsable de lo ocurrido. Espero que puedas perdonarme algún día. —La expresión de Max mostraba un gran arrepentimiento mezclado con un atisbo de esperanza.

Tania continuaba en silencio, sin dejar aflorar ninguna de las emociones que la embargaban. Se sentía herida, humillada y muy defraudada con el hombre en el que había depositado su confianza y que había despertado en ella unos sentimientos olvidados desde hacía años.

Ante su mutismo, Max continuó. Sabía que había perdido su confianza y, con ella, la posibilidad de una relación futura, pero quería convencerla de que sus sentimientos eran sinceros y de que nunca tuvo la intención de perjudicarla.

—Quiero que sepas que, cuando nos abordó en el bar del puerto aquella noche, yo no sabía quién era. Solo había hablado con él un par de veces por teléfono. Ni siquiera reconocí su voz, pues en aquella ocasión debía de estar alterada por la bebida. En cuanto al nombre, Bernat es

común en esta comunidad, y no lo relacioné con mi cliente hasta horas después y sentí curiosidad por conocerle. En esos momentos, no estaba fingiendo, como debes pensar.

Tania levantó la cabeza, que había mantenido gacha, y lo miró durante largos segundos. Se inclinaba a creer lo que le había explicado, pero no ahora; cuando el dolor remitiese y pudiera pensar con serenidad. Los traumáticos momentos vividos, junto al doloroso descubrimiento de que él la había engañado, estaban muy recientes aún y necesitaba tiempo para procesarlos.

—Gracias por las explicaciones, pero es mejor que te marches. —La desolación de su voz dejaba traslucir toda la amargura que sentía.

Una intensa congoja embargó a Max al observar la tristeza que asolaba el rostro de Tania. Sabía que le había hecho daño y que le costaría perdonarle, si es que llegaba a hacerlo algún día. No quiso insistir más. Aceptó su decisión y se marchó.

## CAPÍTULO 26

La amarga experiencia me ha mostrado que lo que sostiene al mundo son las relaciones sexuales.

**Henry Miller**

—¿No crees que ya va siendo hora de que le perdones? —dijo Jana al leer la tarjeta que acompañaba el ramo de flores, el último de los muchos que habían llegado en los últimos días.

Tania la miró con el ceño fruncido.

—No lo es. Y no pienso perdonarle, aunque convierta la oficina en una floristería —replicó tajante.

—Esa frialdad que muestras no es propia de ti, querida. Y el ramo es una preciosidad.

—Entonces es que no me conoces, Jana. En cuanto a las flores, puedes llevártelas, al igual que las anteriores, pero quítalas de mi vista —añadió sin levantar la cabeza, y continuó con lo que estaba haciendo.

A Jana le dolía ver a su amiga y socia, una persona alegre y vitalista, en ese estado de melancolía que trataba de disimular con una actitud de dureza, pero a ella no la engañaba. Era fácil leer en su rostro y en sus gestos que había sufrido una desilusión amorosa, aparte de lo que consideraba una traición por parte de la persona en la que había depositado su confianza. Y lo sabía porque había preguntado a Max.

Cuando al lunes siguiente se presentó en las oficinas para que la pusiera al tanto del funcionamiento de la agencia en la que iba a trabajar, Tania le confesó lo que había ocurrido dos días antes: cómo descubrió que Max, el nuevo aspirante del que le había hablado con ilusión, era un periodista que colaboraba con un antiguo adversario para descubrir alguna ilegalidad que le permitiera presentar una demanda contra ella.

Jana imaginaba que se había visto obligada. Con ello le daba la oportunidad de renunciar a trabajar allí y evitar verse involucrada en una denuncia, si el tal Bernat Pallarés persistía en la idea, ya que era la que se iba a hacer cargo de esa sección del negocio. Pero, por la amargura que destilaban sus palabras, intuyó que había ocurrido algo más y se convenció de ello cuando, un par de días más tarde, se presentó Max en la oficina y Tania se negó a hablar con él.

Cuando se marchó abatido, ella salió con una excusa y lo interpelló. Max le contó la parte que le quedaba por conocer y Jana lo entendió todo. Su amiga no le perdonaba que la hubiese engañado, sobre todo porque se había enamorado y se sentía traicionada por partida doble.

Jana pensaba que Max no era merecedor de tal castigo. Le creía cuando afirmaba que abandonó la investigación al comprender que Pallarés solo buscaba venganza, pero era Tania quien debía creerle.

A Jana le ilusionaba el trabajo, en el que se había integrado plenamente, y no lo ocultaba. Era relajado y con grandes perspectivas de futuro; aparte de eso, le proporcionaba tiempo libre para visitar a su hijo con mayor frecuencia y para atender a sus «amigos especiales».

Llevaba toda la semana acudiendo a la agencia para conocer su funcionamiento, familiarizarse con las tareas que iba a desarrollar y ayudar con los preparativos para el inminente traslado a las nuevas oficinas, que ocuparían una planta de un moderno edificio en una de las

calles más cotizada de la ciudad, donde tendría su propio despacho y no como ahora, que compartía el de Tania.

Le asombraba la gran labor que había realizado su amiga para llevar la empresa en solitario, debido al gran volumen de trabajo que tenía. A ella no le importaba. Al contrario, le estaba resultando muy gratificante y entretenido. Requería creatividad, algo que iba mucho con su carácter, y le permitía llevar unos horarios más regulares.

Tania le había proporcionado la suficiente libertad para hacer cambios en la sección que iba a dirigir, y Jana estaba diseñando algunos proyectos para ampliar los servicios que se ofrecían, muy limitados a su parecer, y que pensaba exponer a Tania en cuanto estuviese de mejor humor para apreciarlos.

—Opino que te estás excediendo con el castigo y, con ello, te estás castigando a ti misma, lo que considero absurdo —opinó Jana, que no pensaba dejarlo así.

—En modo alguno. Estoy mejor que nunca. —Tania no daba su brazo a torcer. El desengaño, en todos los sentidos, que había sufrido con Max seguía muy vivo.

—No mientas, querida. Admite que estás coladita por él. Y el sentimiento es recíproco, sin duda. El pobre cometió un error, que subsanó a tiempo; todo solucionado. ¿Por qué continúas con esa postura de diosa ofendida? Si te vale el consejo de una dama del amor retirada, no dejes pasar la ocasión; o, cuando te des cuenta, será demasiado tarde.

Tania sabía que Jana tenía razón. Lo que sentía por Max iba más allá de un simple encaprichamiento fomentado por el deseo que sentía por él. Esos sentimientos, desconocidos hasta entonces, tenían mucho que ver con el amor. Lo que no estaba tan segura era de que él sintiera lo mismo por ella, como Jana afirmaba.

—Gracias por el consejo, pero estoy muy dolida por su traición. No va a ser fácil que la olvide.

—¿Traición? ¡Por Dios, qué exagerada eres! Tampoco fue tan grave lo que hizo. Era su trabajo, y bien arrepentido que está de haberlo aceptado, créeme —opinó.

Tania le dedicó una mirada acusadora y Jana decidió no insistir de momento.

Había pasado más de una semana desde el incidente con Bernat y en todo ese tiempo Tania no había vuelto a ver a Max. Sin embargo, él seguía presente en su vida, y no solo porque la llamaba todos los días varias veces —llamadas que ella no respondía— o le enviaba costosos ramos de flores.

Max ocupaba sus pensamientos día y noche, pese a los esfuerzos que hacía por olvidarle: unas veces enfadada, al recordar sus mentiras; otras agradecida, por haberle librado de Bernat; muchas excitada, cuando acudían a su mente imágenes de los gloriosos momentos de placer que habían compartido. Después se torturaba preguntándose si la había llevado a la cama como parte de su trabajo o por propio deseo. Por mucho que Jana dijera lo contrario, no estaba convencida de que Max no le hubiese mentido en eso igualmente.

¿Qué debía hacer?, se preguntaba. Y, al igual que en todas las demás ocasiones, no supo qué contestarse. Suspiró y se esforzó en centrarse en el trabajo. Era el mejor remedio para superar la melancolía.

—Buenos días, Tania.

Tania levantó la cabeza, sorprendida al escuchar la voz de Mónica. ¿Qué hacía la mujer de su padre allí?

—Hola, Mónica. ¿Le ha ocurrido algo a mi padre, o a los niños? —preguntó con alarma. No veía otra explicación para que se arriesgara a visitar la agencia, a la que consideraba un antro de

perdición, y ver comprometido su elevado estatus social si llegaba a saberse.

Impeccable, con un costoso modelo de cóctel de la última colección de Oscar de la Renta, y peinada y maquillada para asistir a un importante evento de los muchos que solía acudir con sus amistades vips, Mónica miraba a su alrededor con un mal disimulado gesto de desdén.

—No, todos gozan de perfecta salud. Necesito hablar contigo... en privado —señaló, en clara indirecta para que Jana abandonara el despacho.

Su voz destilaba autoritarismo y presunción, lo que encrespó a Jana. Dedujo quién era porque Tania le había hablado de la esposa de su padre y de la difícil relación que mantenían ambas. Se había olvidado de mencionarle que se trataba de una persona grosera y despectiva, y ella toleraba muy mal a esos especímenes.

Al ver que Jana no se marchaba, Tania la miró con un ruego implícito. Por no causarle ningún bochorno, Jana se levantó y salió. La mirada venenosa que le dedicó a la recién llegada reflejaba con fidelidad lo que sentía.

Mónica rehusó sentarse en la butaca que Tania le ofrecía y permaneció de pie, dominando con su alta estatura el pequeño despacho. Cuando estuvieron a solas, fue directa al tema que le interesaba.

—Tu padre me ha comentado que va a darte dinero y no puedo dejar de expresar mi más enérgico rechazo a esa idea. Me parece vergonzoso que recurras a él, teniendo en cuenta la dudosa legalidad y obvia inmoralidad de tu... agencia y la gran afrenta pública que nos vemos obligados a soportar —dijo con voz dura.

Llevaba tiempo intentando convencer a Albert de que presionara a su hija para que liquidase el negocio, por lo que su disgusto fue enorme cuando, tras varios días eludiendo darle una franca contestación, acabó confesándole que iba a financiar la ampliación que Tania quería llevar a cabo.

Fue entonces cuando le explicó la crisis a la que se enfrentaban y las graves consecuencias que acarrearía para todos. Si el colegio tomaba medidas drásticas y acababa expulsando a Sonia y a Mario, la mayoría de sus amistades les darían de lado y sería su ruina social y económica. El bufete sufriría las consecuencias del desprestigio que se les vendría encima. Sus importantes clientes no verían con buenos ojos que la hija de su abogado fuese una *madame* que regentaba un burdel, cosa que hasta ahora se había logrado ocultar con éxito y solo los más allegados conocían.

Su marido no había querido escucharla, ni le había concedido importancia. Ya encontrarían un buen colegio para los niños si acababan invitándoles a abandonarlo, le había dicho, y eso la sulfuró. Decidió, entonces, recurrir a la fuente de sus problemas.

Tania, que había imaginado el tema que Mónica quería tratar con ella, intentó permanecer serena para evitar una discusión que terminaría perjudicando a su padre. La hostilidad que su madrastra mostraba echaba por tierra los buenos propósitos.

—No creo que te haya dicho que me va a dar dinero porque no es así, solo me lo va a prestar. No debes temer que vuestra economía se tambalee. Podrás continuar derrochando todo lo que te apetezca. En cuanto a la opinión que tienes sobre mi negocio, hace tiempo que la conozco y no me quita el sueño. La agencia cumple todos los requisitos legales y morales, por lo que tengo la conciencia tranquila; y nadie me va a convencer de lo contrario.

—Lo de la moralidad es muy discutible, por supuesto. Y sobre la legalidad, también te equivocas. Puede que estés en el punto de mira de la justicia.

—¿Estás segura?

—Así es. Según me han comentado fuentes fidedignas, podrían denunciarte por incitación a la prostitución y blanqueo de dinero —inventó. En realidad, lo que había escuchado a una de sus amigas, esposa de un magistrado, en la tertulia del té de los jueves en El Palace, era que el incremento de la prostitución en la ciudad estaba llevando al Govern a pensar en una legislación más severa que le pusiese freno a esa lacra.

Tania se esforzaba en ocultar el negativo impacto que esa noticia le había provocado. No quería darle la satisfacción de verla alterada. Podía tratarse de un subterfugio para que no aceptase el dinero de su padre, pero ¿y si no lo era? Desde la disputa con Bernat, y a pesar de las amenazas de Max, temía que él quisiese vengarse. Era un ser retorcido y la afrenta sufrida habría acrecentado su inquina hacia ella. Mónica tenía contactos importantes que la habían alertado de ese suceso.

Mónica reparó en la lividez que cubrió el rostro de Tania y se sintió muy satisfecha. «Así comprenderá lo mal que nos sentimos los demás por su obcecación», se dijo. No era honrado por su parte mentir de esa forma, pero su familia estaba por encima de todo y haría lo que fuese necesario para mantenerla a salvo. Si con ello la asustaba lo suficiente para que dejara ese inmundo negocio, conseguiría su objetivo.

—No importa. Quien me denuncie, perderá. Como te he dicho, no tengo nada que ocultar. —Quiso dar a sus palabras un tono de despreocupación que no sentía.

—Lo tengas o no, el simple hecho de que te veas involucrada en una investigación ya es nefasto para la reputación de todos. ¿No te das cuenta del gran agravio que supondría para tu padre? ¡Lo perdería todo!

—Dejémonos de hipocresías, Mónica. No sería la primera persona que se ve involucrada en una investigación policial, justa o arbitraria. Muchas de tus amistades han pasado por ello y continúan gozando de todos sus privilegios; incluso los que han sido declarados culpables y tienen cuentas pendientes con la justicia no han dejado de codearse con lo mejorcito de la sociedad —rebatió. Si pensaba que iba a amedrentarla con tanta facilidad, estaba muy equivocada.

Mónica se encrespó. Tania no daba importancia al escándalo ni el descrédito social si se aireaba en lo que estaba implicada. Vivía al margen de la sociedad, relacionándose con depravados como ella, y no tenía nada que perder. Era una persona amoral a la que no le importaba nadie, ni su padre ni la nueva familia que había creado. Siempre supo que no la aceptaba, pero no llegó a sospechar cuánto la odiaba.

—Eres cruel y egoísta. Si tuvieras un mínimo de decencia, dejarías esta repugnante profesión o te trasladarías bien lejos, donde nadie pudiese relacionarte con nosotros —le espetó con el rostro congestionado por la indignación, que ni el compacto maquillaje lograba ocultar.

—Si lo que te preocupa es tu reputación, solo tienes que desvincularte. Divórciate de mi padre y ya no tendrás que sufrir la afrenta a la que te arrastraría —sugirió con mordacidad. Sabía que nunca pediría el divorcio; estaba demasiado apegada al dinero para hacerlo. Además, perdería la elevada categoría social que había alcanzado y que por sí sola no lograría mantener.

Aunque Tania animó a su padre a que se casase con Mónica, pronto comprendió el gran error que había cometido. Dudaba de que lo amase. Se trataba de una mujer sórdida y pretenciosa a la que solo le importaba su bienestar y, como mucho, el de sus hijos.

Mónica bufó de forma muy poco elegante y se marchó sin añadir nada más. Cuando la puerta se cerró de un fuerte golpe tras ella, Tania abandonó su pretendida impasibilidad y hundió los hombros. Las palabras de su madrastra la habían preocupado. Su negocio era honrado y no



tenía nada que ocultar. Estaba bien cubierta legalmente; su padre se había encargado de ello. Pero se basaba en la discreción y, de llevarse a cabo una investigación policial, los nombres de sus clientes podrían salir a la luz y nadie volvería a confiar en su agencia.

Y no solo debía pensar en ella. Sus empleados y colaboradores sufrirían las consecuencias, y ellos no estaban tan protegidos. ¿Cómo justificarían los ingresos extra que recibían de sus clientes?

Abrumada, salió del despacho y se dirigió a la parte privada de la casa. Necesitaba unos momentos de soledad para recomponerse y sabía que Jana comenzaría a indagar. No estaba preparada para darle explicaciones, porque no podía verificar la información que acababa de recibir.

Cuando Tania salió del despacho, Jana entró en él. Había dejado el teléfono móvil en modo grabación para enterarse de la conversación entre Tania y la mujer de su padre, y le preocupó lo que escuchó de ella. Si era cierto lo que había dicho y se realizaba una investigación, podrían surgir problemas. Y a ella no le interesaba verse envuelta en ellos. No tenía modo de justificar el tren de vida que llevaba con los mínimos ingresos que declaraba todos los años. Tenía que salir de dudas para decidir si continuaba trabajando allí o abandonaba antes de que la incluyeran también.

Entre sus clientes fijos, a los que no había abandonado, había un juez y dos altos cargos de la policía y los Mossos d'Escuadra, a los que no quería recurrir aún. Pero había una persona que podía ayudarle; y lo haría encantado con tal de redimirse.

# CAPÍTULO 27

Montaña de versos,  
brazada de sueños ardiendo,  
tú sobre mi sexo.

**Pablo de Rokha**  
*La idolatrada (fragmento)*

—¿Qué es esto? —preguntó Tania con el sobre cerrado en la mano. Solo ponía «Para Tania» con la peculiar letra de Jana.

—Léelo y saldrás de dudas —sugirió ella con taimada sonrisa.

Tania llevaba varios días, desde que Mónica había estado allí, con una constante angustia, esperando ver aparecer de un momento a otro a un agente judicial con una citación. Había hablado con su padre en dos ocasiones y no quiso transmitirle su inquietud para no preocuparle. Si al final ocurría, ya intentarían ponerle solución al problema. Estaba segura de que su padre presentaría una dura batalla en los tribunales, y rara vez perdía.

En la anterior ocasión que tuvo que ver con la justicia, cuando demandó a Bernat por acoso, no quiso pedirle ayuda y bien que se arrepentía. Si él hubiese llevado el caso, lo habrían ganado. Ahora no pensaba cometer el mismo error, por mucho que fastidiase a Mónica. Pero la zozobra la consumía; no por ella, sino por su padre, al que no quería que le salpicase el escándalo, y por las personas que trabajaban para ella y confiaban en que las protegería.

Tania abrió el sobre y extrajo de él el folio que contenía. Comenzó a leer con creciente expectación, que fue convirtiéndose en alivio cuando asimiló su contenido. Miró a Jana con una muda pregunta.

—Escuché la conversación con la mujer de tu padre y me inquietó. Necesitaba saber que no tendría complicaciones y tú tampoco, por eso encargué a una persona que investigase el asunto. Ese es el informe que me ha enviado. Creo que podemos estar tranquilas.

El informe incluía un relato detallado de sus pesquisas. Había indagado entre sus contactos del Departamento de Justicia de la Generalidad y en las fuerzas de orden público de la ciudad. Todos le aseguraron que no se había recibido ninguna denuncia sobre la empresa de Tania ni sobre su persona y tampoco había una investigación abierta con ese motivo. Pero quiso profundizar y acudió al origen de esta, a la persona de la que había partido la información. Tras un poco de presión por su parte, Mónica acabó confesando que fue una invención para forzar a Tania a abandonar el negocio.

Tania terminó de leer con un regusto agridulce. No esperaba esa vileza por parte de Mónica. Había sido una crueldad emplear ese subterfugio sabiendo la alarma que le causaría. Y lo peor era que no podía echárselo en cara para no hacerle sufrir a su padre.

—Me cuesta admitir que Mónica haya actuado de forma tan indigna —reconoció con pesadumbre—. Imaginaba que era cosa de Bernat, aunque no podía demostrarlo ni tampoco quería enfrentarme a él; por suerte, no lo hice. Gracias por tomar la iniciativa para aclarar este asunto, Jana. El contratar a un detective ha sido una gran idea. ¿Cómo habrá conseguido que confiese? Debe ser muy hábil, porque Mónica no es dada a admitir sus errores —se regodeó con

una risita—. Dime cuánto te ha costado y lo pagaré con gusto.

—No es necesario. Es un favor especial de una persona que te tiene en gran estima —dijo en tono enigmático.

Tania no tuvo que deducir mucho para dar con el nombre de esa persona.

—¿No habrás recurrido a...? —preguntó con tono acusador, sin atreverse a pronunciar en voz alta el nombre que ambas conocían.

—Pues sí, al mismo que estás pensando. Sabía que Max no nos defraudaría; y así ha sido —dijo complacida, mientras se dirigía a la puerta—. Hasta el lunes, querida. Espero que pases un delicioso fin de semana.

Tania vio marchar a Jana y sonrió por primera vez desde hacía casi dos semanas. La alegría que sentía al estar libre de sospechas, y más sabiendo que era él quien la había ayudado, paliaba en gran medida la decepción que Mónica le había causado.

Se estaba comportando como una niña rencorosa al insistir en culpar a Max de algo de lo que no era responsable. Con las últimas revelaciones, ya no tenía excusa para no perdonarle. La había librado de una agresión y ahora le proporcionaba la tranquilidad que necesitaba. Podría haber lidiado con los chismorreos, como venía haciendo desde que comenzó con la agencia, pero no con una investigación policial; eso era algo que sus clientes no pasarían por alto y acabaría hundiendo su negocio al igual que había ocurrido con otros, que sí tenían algo que ocultar.

Le debía mucho a Max. Aunque hubiese comenzado mintiéndole, en el fondo le creía cuando afirmaba que estaba arrepentido y que había abandonado el encargo desde el mismo momento que comprendió que Bernat le había mentado y no le guiaba nada más que el deseo de vengarse de ella.

Le gustaría agradecerle en persona su ayuda, pero él parecía haber renunciado a verla tras los reiterados rechazos por su parte.

Decidió dejar el trabajo para el día siguiente y darse un capricho. Encargaría en Koy Shunka, su restaurante japonés favorito en la ciudad, algunos platos y pediría que se los trajeran a casa. Sabía que no podría conseguir una mesa para esa noche. Tampoco le apetecía salir. Echaría demasiado de menos la compañía de Max y volvería a entristecerse.

El lunes iría a ver a su padre para comunicarle que le devolvía el dinero que le había prestado. No quería que tuviese problemas con Mónica. Con el aval que en un principio le pidió, sería suficiente para los gastos de ampliación que tenía previstos; y, por supuesto, no le diría nada de lo ocurrido. ¿Para qué hacerle sufrir? No quería que tomase partido por ninguna y, el enterarse de la naturaleza mezquina y revanchista de su esposa, podría hacerle reflexionar. En cuanto a ella, le haría saber que, por el bien de su padre, continuaría tolerándola, pero nunca le perdonaría...

—Hola, Tania.

La inconfundible voz de Max le hizo levantar la cabeza con la sorpresa pintada en su rostro.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has...? —No era necesario continuar preguntando. Jana había decidido hacer de celestina.

—Me he encontrado con Jana en la puerta y me ha pedido que te dé esto.

Max le entregó el papel doblado que llevaba en la mano. Tania lo leyó.

*Lo siento, querida, pero necesitabas un empujoncito para derribar el muro que has levantado con tanta tozudez para proteger tu orgullo herido. Espero que recapacites y lo aproveches, porque las buenas oportunidades se presentan pocas veces en la vida y sería una*

*estupidez dejarla pasar.*

*Y recuerda: si necesitas ayuda para domar a ese semental, yo me ofrezco encantada para echarte una mano. Lo pasaríamos de maravilla los tres juntos.*

Tania sonrió a su pesar. Jana tenía razón, se estaba comportando como una adolescente ante su primer fracaso amoroso. Ella era adulta y deseaba a ese hombre con locura, ¿por qué continuar con el rencor, que solo le estaba causando sufrimiento? Era hora de acabar con la batalla interna que estaba librando y pasar página. No dejaría que Bernat le amargase la vida. Si se negaba a seguir los dictados de su corazón y, como Jana decía, dejaba pasar la ocasión de ser feliz con el hombre que despertaba en ella sentimientos intensos y maravillosos, él ganaría.

Miró a Max a los ojos y vio en ellos, aparte de ardiente deseo, inseguridad y una muda súplica.

—Tania, solo quiero repetir lo que ya te dije, que nunca quise perjudicarte, ni siquiera cuando no te conocía ni había escuchado la otra versión de la historia. Si de algo me siento orgulloso es de desempeñar mi trabajo con honradez, de indagar concienzudamente y contrastar una noticia antes de dar por terminada la investigación; y nunca, créeme, me dejo presionar para falsear un informe —expresó con voz firme.

Max había recibido una oferta para trabajar como corresponsal de un periódico en Londres y no quería marcharse sin haber hablado con Tania. Sabía que no tenía posibilidad de nada serio con ella, pero intentaría limpiar su nombre. Era muy importante para él que no le considerara un tipejo como Bernat.

Tania emitió un suspiro de aceptación. Se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a su cuerpo con anhelo.

—¿Has venido a hacerme el amor o a continuar con tus sobradas disculpas? —preguntó en un sensual susurro muy cerca de su oído—. Y no se te ocurra mandarme un ramo de flores más o te lo haré tragar —añadió cambiando de tono.

Él rio divertido y pasó de inmediato a la acción. La abrazó y le tomó la boca con furor, demostrándole cuáles eran sus intenciones.

Tania, que no había olvidado el sabor de los besos de Max —y lo había intentado con todas sus fuerzas—, desechó los rencores y se dispuso a disfrutar de sus caricias... y de las muchas que vinieran a continuación.

## CAPÍTULO 28

Tú justificas mi existencia:  
si no te conozco, no he vivido;  
si muero sin conocerte, no muero,  
porque no he vivido.

**Luis Cernuda**

*Si el hombre pudiera decir lo que ama (fragmento)*

Varias horas más tarde, mientras descansaban de la dura contienda amorosa que acababan de librar uno en brazos del otro, Tania estaba deseosa de conocer los detalles de la investigación.

—¿Cómo conseguiste que Mónica admitiera que había mentido? No es una persona que reconozca sus malas acciones con facilidad. Se tiene por una mujer de intachable moralidad, lo que le da derecho a juzgar a los demás según sus rígidas creencias. En el fondo es una hipócrita santurrón que solo le mueve el dinero y la admiración de los que la rodean. —Era fácil advertir el calado moral de la mujer de su padre. Lástima que él no se diera cuenta. Debía de ser el tupido velo que el amor ponía en los ojos de los enamorados, y que los cegaba ante los defectos de la persona amada.

Max valoró durante unos segundos la conveniencia de poner al corriente a Tania de lo que había descubierto sobre su madrastra. No quería herirla más, aunque estaría bien que lo supiera por si necesitaba utilizarlo. Además, no creía que le profesase mucho cariño con la jugarreta que le había gastado; sus palabras así lo daban a entender.

—No fue difícil; me limité a chantajearla —explicó con sonrisa gozosa. No podía negar que había disfrutado con aquel trabajo. Fue muy reconfortante observar cómo aquel rostro insolente se demudaba ante las evidencias que le mostraba.

Tania, que apoyaba la cabeza en el pecho de Max, se incorporó de golpe y lo miró con estupor; no porque no le creyese capaz, sino porque se negaba a creer que Mónica tuviese nada que ocultar.

—¿Cómo?!

Él torció el gesto. Le avergonzaba admitir que, a veces, empleaba trucos poco éticos, aunque necesarios, para conseguir testimonios. Le compensaba saber que con ello beneficiaba a otras personas, como en esta ocasión; aunque puede que Tania no lo entendiese así.

—Descubrí que se ve con un hombre que no es tu padre, y se lo hice saber.

Tania contuvo la respiración. ¿Mónica tenía un amante?! No lo podía creer.

—Explícate —le pidió con gesto serio.

—Cuando Jana me llamó para contarme lo que había escuchado, lo primero que hice fue descubrir si había una demanda o investigación en curso, como ya reflejé en el informe. Al confirmar que no había nada por el estilo, el siguiente paso era averiguar quién había proporcionado la falsa información a tu madrastra y con qué finalidad. Recordé que me habías hablado de la tensa relación que mantenías con ella porque no aceptaba tu medio de vida y que presionaba a tu padre para que te obligara a liquidar la agencia, y se me ocurrió que podía tratarse de una maniobra para conseguir que acabaras cediendo y te dedicaras a otra cosa. Pero

sabía que no iba a conseguir que lo admitiera por propia voluntad. Necesitaba algo con lo que forzarla a hacerlo. Es por ello por lo que decidí investigarla y valorar qué tipo de persona es y si había algo con lo que pudiera presionarla.

—Muy hábil —reconoció Tania—. ¿Y...?

—Y después de varios días de montar guardia frente a la casa, seguirla a té aburridos en hoteles de lujo, compras interminables, salones de belleza fabulosos y una larga sucesión de eventos más, comencé a pensar que era la esposa perfecta que aparentaba. Pero no. Una tarde se dirigió en su coche a los suburbios de la ciudad, algo inusual porque no se apartaba ni unos metros de las zonas más glamurosas, y aquellos barrios son muy modestos, de población inmigrante en su mayoría. Estacionó en una gasolinera, recogió a un joven de color que esperaba y condujo en dirección norte hasta una masía cerca de Moncada y Reixach, en una zona apartada y solitaria. Espié por las ventanas y descubrí a qué habían ido; lo que tampoco era muy inverosímil. Tengo fotografías, por si quieres verlas.

Tania negó con la cabeza. Sospechaba que no le quería y que solo se había casado con él por su dinero y la posición social, pero el saber que le era infiel a su padre le había impactado. No obstante, él parecía feliz y eso era suficiente para ella. Si se enteraba de la promiscuidad de su esposa, le partiría el corazón. Por muchas ganas que tuviera de desenmascarar a Mónica, debería ocultarlo de momento.

—¿Cómo reaccionó cuando se lo dijiste? —quiso saber.

—Intentó negarlo... hasta que le enseñé las fotos. —Su sonrisa le dio a entender a Tania lo que había disfrutado con ello—. La presioné con difundirlas en internet y acabó confesando, entre lágrimas y patéticos intentos de justificarse, lo que quería saber. Según ella, lo hizo para proteger a su familia, tu padre incluido. Alega que lo único que pretendía era que dejases la agencia y abrieses otro negocio más respetable. Parece ser que le han llegado comentarios malintencionados de varias de sus importantes amistades y teme perderlas. También es probable que acaben expulsando a sus hijos del elitista colegio al que asisten, ya que varios padres se han quejado de la mala influencia que supone el que un familiar de alguno de los alumnos se dedique a negocios poco respetables, en su opinión; como si la mayoría no tuviese otros mucho más sucios que ocultar, y no los crucifican por ello —comentó con rabia. Sabía de lo que hablaba, ya que había realizado varios reportajes en los que puso al descubierto la corrupción de algunos eminentes ciudadanos—. En fin, la hipocresía de las altas esferas, en la que tu madrastra está encantada. Pero puedes estar tranquila. No creo que vuelva a molestarte con ese tema. Sabe que tengo a buen recaudo las imágenes de su desliz y no dudaré en utilizarlas si es necesario.

Tania suspiró. Podía entender los razonamientos de Mónica, el que quisiese proteger a sus hijos y asegurarles un futuro, aunque eso no justificaba su mezquindad, y menos con la doble moral que se gastaba. Su padre no se merecía que lo tratase con tanta indignidad. Tendría una charla con ella y le haría saber que estaba al tanto de su infidelidad y le advertiría que, de continuar, le revelaría a su marido la vida licenciosa que llevaba. Mejor que su padre se enterase por ella que por algún amigo bien intencionado.

—Gracias —dijo Tania con voz cargada de sentimiento.

En su mirada se reflejaban importantes emociones, aparte de la gratitud, que Max supo interpretar, y sintió una increíble ternura. Amaba a esa mujer como nunca se creyó capaz de hacerlo, pero aún era pronto para confesárselo. No quería forzar una respuesta que ella no estaba preparada para darle. Tendría que enamorarla poco a poco.

En un rápido movimiento que cogió a Tania desprevenida, la tumbó en la cama y se colocó

sobre ella.

—Olvidemos a la pérfida madrastra por un rato, que no quiero que me amargue la tarde, y regresemos a asuntos más placenteros —sugirió con beatífica sonrisa—. Por cierto, tu socia me parece una gran mujer, y muy atractiva. Su propuesta es de lo más tentadora, ¿no crees?

Tania lo miró con una mezcla de diversión y reproche.

—¡Has leído la nota! —acusó con fingido enfado.

—No he podido evitarlo. Entiéndeme, es deformación profesional —respondió con inocencia, mientras lamía uno de los erectos pezones.

Tania ahogó un gemido. Ese hombre era un auténtico demonio.

—Tal vez, si te esfuerzas lo suficiente y te haces acreedor de un premio, decida aceptar la oferta de Jana —aventuró sin comprometerse. Ella no era partidaria del «nunca jamás».

Max formó una radiante sonrisa en su apuesto rostro y Tania lo miró embelesada.

—No lo pongas en duda, amor, soy la persona más esforzada que puedas encontrar. Desde niño ha sido uno de los rasgos destacados de mi carácter. Te prometo que perseveraré hasta la extenuación, si es preciso, para conseguirlo —declaró con entusiasmo.

Se tendió de espaldas y cogió a Tania por la cintura para sentarla sobre su congestionado miembro.

La carcajada se le atragantó a ella en la garganta cuando Max la penetró con fuerza, y fue sustituida por musicales jadeos a los que pronto se unieron los gemidos de él para, entre ambos, crear una apasionada melodía que les guiaría en su camino hacia el éxtasis.

# AGRADECIMIENTOS

Siempre me ha gustado la literatura erótica y he leído mucho a los clásicos del género: Marqués de Sade, Marguerite Duras, Pauline Réage, David H. Lawrence, Vladimir Nabokov, Henry Miller, Anaïs Nin... También me encantan las historias románticas, como sabéis. Es por ello por lo que en esta novela vuelvo a mezclar esos dos géneros literarios. Que tenga más de erótica que de romántica, lo dejo a la percepción del lector. Con todo, he intentado que el resultado sea sutil y elegante. Espero haberlo conseguido.

Me gustaría mucho conocer tu opinión, lector; que me cuentes qué te ha parecido esta novela y, si te apetece, dejes un comentario en cualquier plataforma de venta o en mis redes sociales. Los escritores necesitamos de vuestras opiniones para continuar escribiendo y mejorando en nuestro trabajo. ¡Muchas gracias!

Como siempre, mi agradecimiento también va para mi familia, que lleva años conviviendo con mi otro yo literario y sin graves conflictos (¡Qué alivio!).

A mis lectoras 0, por su paciencia, comprensión y sabios consejos.

Y a Ediciones Kiwi, por continuar apostando por mis historias.